

Bianca®

$3.99 U.S./$[illegible].50 CAN.

Noche de amor italiana

Anne Mather

Noche de amor italiana

Anne Mather

Noche de amor italiana!(01—12—2004)

Título Original: In the italian's bed

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1547

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Rafe di Castelli y Tess Daniel

Argumento:

No podía dejarse llevar por el intenso deseo que sentía por ella...

El nuevo empleo de Tess Daniel en Italia no empezó con buen pie cuando el adinerado Rafe di Castelli la acusó de ser la responsable de la desaparición de su hijo adolescente. En realidad a la que Rafe buscaba era a la hermana de Tess, que también había desaparecido. Tess no tardó en darse cuenta de que tenía que ayudar a Rafe a localizar a los dos jóvenes.

Donna Huxley — ¡Jamás me rendiré!

La situación ya era bastante inquietante sin la tensión sexual que había surgido entre ellos. Rafe prefirió alejarse de Tess... era diez años más joven que él y no tenía responsabilidad alguna.Reid le había infundido confianza, pero era su marcado interés lo que desconcertaba a Joanna.

Capítulo 1

AQUEL hombre estaba de pie en la puerta de la galería Medici cuando Tess pasó con el coche por delante. Sólo le dirigió una breve mirada, pues estaba concentrada en mantener el coche de Ashley en el lado correcto de la carretera. Vio cómo la miraba mientras aparcaba el coche en el aparcamiento, que había detrás de la fila de cafés y tiendas elegantes que se extendían por el paseo marítimo de Porto San Michele. Se preguntaba si no estaría siendo una paranoica al imaginarse que había un cierto aire de hostilidad en la mirada de aquel hombre.

Intentó dejar de pensar en eso. Estaba imaginándose cosas. No estaba esperándola a ella. Además, no llegaba tarde. Bueno, sólo unos minutos. Dudaba que la puntualidad de Ashley fuera mucho mejor que la suya.

Había pocos coches en el aparcamiento a esas horas de la mañana. Tess había descubierto que las tiendas italianas rara vez abrían antes de las diez y tenían un horario muy flexible. Sus vecinos en el paseo, los de Ashley en realidad, rara vez se ajustaban a horas estrictas de apertura. Pero eran encantadores y muy serviciales, y Tess les estaba muy agradecida por sus consejos durante los tres días que llevaba sustituyendo a Ashley.

Mientras entraba en la galería por la puerta trasera, Tess deseaba haberse equivocado con respecto al hombre. Se apresuró por el pasillo que daba a la tienda y desconectó la alarma. Quizá fuera un amigo de Ashley. Quizá no sabía que ella estaba fuera. Tess miró hacia la ventana y vio su sombra en el cristal. Fuera quien fuera, iba a tener que enfrentarse a él.

Tras decidir que aquel hombre podría esperar unos minutos más, Tess regresó al pasillo y entró en la pequeña oficina que había a la derecha. Ahí era donde Ashley hacía todo el papeleo y llevaba todas las cuentas. También era donde se tomaba sus descansos. Tess miró ansiosa la cafetera vacía y deseó poder tener tiempo para rellenarla.

Pero al jefe de Ashley no le haría ninguna gracia si su tardanza se convertía en una costumbre, así que se miró en un pequeño espejo que había junto a la puerta y se dirigió a abrir la galería.

La puerta era de cristal pero, al contrario que las ventanas, tenía una reja de hierro.

Tuvo la precaución de subir las persianas antes de abrir, de

modo que pudo ver al visitante.

Era más alto que la mayoría de los italianos, y tenía los rasgos morenos. No era guapo, pero dudaba que cualquier mujer viese eso como una desventaja. Sus rasgos tenían una apariencia peligrosa, la cual era puramente sexual, una crueldad sofisticada que le produjo un escalofrío por la espalda.

Desde luego, se dio cuenta de que aquél era el tipo de hombre por el que Ashley se sentiría atraída, y supuso que su visita a la galería sería por un motivo más personal que comercial. Cuando Tess abrió la puerta, él la miró con una ceja levantada. Aquel gesto hizo a Tess querer volver a *cenar* la puerta para demostrarle lo segura que estaba de sí misma.

Sin embargo forzó una sonrisa y dijo con el mejor italiano que pudo:

—*Bnon giorno. Posso ahitare?*

El hombre puso una cara como si ella hubiese dicho algo incorrecto, pero no la contradijo. Ni tampoco respondió inmediatamente. Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y echó un vistazo al interior de la galería. Tess se preguntó en ese momento si se habría equivocado al asociarlo con Ashley pues, quizá, desearía una visita guiada.

¿Quién diablos era? Estaba segura de que no era un turista, y era una hora demasiado temprana para que fuera un coleccionista serio. Además, los cuadros que exponían difícilmente serían del gusto de un coleccionista.

Sabiendo que probablemente se equivocaba, Tess sospechó que aquel hombre no había ido allí para ver los cuadros. A pesar de su aparente interés, las duras líneas patricias de su perfil mostraban un desdén hacia ellos, ó hacia ella. No sería fácil deshacerse de él, pero si Ashley estaba implicada, Tess no la envidiaba en absoluto.

Tess dudó un momento. No sabía si dejarlo que deambulara por ahí o volver a preguntarle si podía ayudarlo. Su elegante traje la hizo desear llevar otra cosa que no fuera aquella falda que le llegaba hasta los tobillos. Los tirantes de su top hicieron que se sintiera totalmente expuesta. En su lugar, Ashley habría llevado tacones y un traje elegante. Uno de lino, probablemente, con una falda que casi le llegara a la altura de las rodillas.

Entonces el hombre se giró para mirarla y ella tuvo que hacer un

esfuerzo para no darle la espalda. Tenía unos ojos dorados que la observaron con una negligencia estudiada. Tess se dio cuenta de que era más joven de lo que había imaginado en un principio, y de nuevo se sintió atraída por su magnetismo primitivo. Una arrogancia sensual innata que la hizo sentirse extrañamente débil.

—¿Señorita Daniels? —dijo él con suavidad, con casi ningún rastro de acento—. Es un gran.. ¿cómo decirlo? Placer conocerla al fin. Debo decir que no la había imaginado así en absoluto. Pero, aun así, va usted a decirme dónde puedo encontrar a mi hijo.

¿Era una amenaza? Tess se sintió desconcertada por el tono de su voz, y al tiempo se dio cuenta de que había cometido un error. Debía de ser a Ashley a quien buscaba, no a ella. Pero aun así, ¿qué tendría que ver Ashley con su hijo? Ella estaba en Inglaterra cuidando a su madre.

—Me temo que se ha equivocado, *signare* —comenzó el a.

—No, señorita Daniels, es usted la que se equivoca. Sé que usted sabe dónde está Marco. Mi, mi *investigatore* los vio a los dos juntos subiendo a un avión.

—No, se equivoca.

—¿Por qué? ¿Porque está usted aquí? —dijo él chasqueando los dedos—. Compró bil etes a Milán, pero debe de haberlos cambiado por Génova. Cuando el avión aterrizó en Malpensa, usted y Marco no estaban a bordo. Entonces no me quedó más remedio que venir aquí. Dé gracias de que la haya encontrado.

—Pero si y o no. .

—*Prego?*

—Quiero decir que no soy la señorita Daniels. Bueno, sí. Pero no soy la señorita Ashley Daniels.

El a es mi hermana.

—¿Es eso lo mejor que puede inventarse? —dijo el hombre con incredulidad.

—Es la verdad —dijo Tess indignada—. Mi nombre es Tess. Teresa, en realidad. Pero nadie me l ama así.

El hombre la miró de arriba abajo con sus ojos de depredador.

—Es verdad —repitió el a al borde de la desesperación—. Puedo probarlo. Tengo el pasaporte aquí. ¿Es suficiente para usted?

—Déjeme ver.

Tess abrió los ojos con mirada desafiante, pero había algo en

aquel hombre que la hizo darse prisa para entrar en la oficina a por su bolso. El pasaporte estaba en un bolsil o lateral. Lo sacó y, al darse la vuelta para volver a la tienda, vio que el hombre estaba detrás de ella. Con gesto desafiante, Tess le colocó el pasaporte en la mano.

Sintió algo de pánico al ver que el hombre bloqueaba su única salida. No sabía nada de él, al fin y al cabo. Sólo que, aparentemente, conocía a su hermana, y lo que sabía de el a no era nada bueno.

—Mire —dijo ella mientras él examinaba el pasaporte con detenimiento—. No sé quién es usted ni lo que quiere, pero no tiene ningún derecho a entrar aquí y acosarme, acusar a Ashley de. . de. .

—¿Secuestrar a mi hijo? —sugirió él mientras tiraba el pasaporte sobre el escritorio—.

Attenzione, señorita Daniels —añadió retirándose su negra cabellera de la cara—. El hecho de que usted sea su hermana no cambia nada. Marco sigue desaparecido. Se marchó con su hermana. Por tanto, usted debe de tener alguna idea de dónde están.

—¡No! —dijo Tess sin saber lo que estaba diciendo aquel hombre—. Quiero decir que. . sé dónde está Ashley. Está en casa de su madre en Inglaterra. Su madre está enferma. Ashley está cuidando de el a.

—¿Y por eso está usted aquí ocupando su puesto? —preguntó él sin cambiar de gesto.

—Sí. Yo soy profesora. Estaba de vacaciones. Por eso pude ayudarla.

—Está mintiendo, señorita Daniels. ¿Por qué no está usted cuidando de su madre? Acabo de leer en su pasaporte que vive usted en Inglaterra. Así que dígame por qué no está usted cuidando de el a en lugar de su hermana.

—No es mi madre. Mi padre se casó de nuevo después de que mi madre muriera. Creo que eso contesta a su pregunta. Siento mucho que su hijo haya desaparecido, pero eso no tiene nada que ver con nosotras.

—Se equivoca —dijo él. Parecía que no aceptaba su explicación, pero al menos se apartó un poco para dejarle algo de espacio. Tess caminó hacia la relativa seguridad de la tienda y él la siguió—. Diga

lo que diga, su hermana no está cuidando de su madre enferma. El a y Marco aún están en Italia. Él no l eva su pasaporte consigo, *capisce?*

Tess se cruzó de brazos, nerviosa, y notó cómo el corazón se le aceleraba en el pecho.

—Ha dicho usted que el a lo ha secuestrado —dijo el a—. Esa acusación es ridícula. Si, y es un gran si, mi hermana y su hijo están juntos, me temo que es asunto de ellos y no de usted.

—*Non credo* —dijo él con desprecio—. Mi hijo tiene dieciséis años de edad, señorita Daniels. Aún va a la escuela, con gente joven de su edad, no se dedica a ir por el país detrás de su hermana.

Tess tragó saliva. ¡Dieciséis! No podía creerlo. Ashley no sería capaz de liarse con un chico de dieciséis años. La sola idea era absurda. Liada con el padre quizá, pero no con su hijo adolescente.

Además, recordó, aferrándose a lo que sabía y no a lo que sospechaba, que Ashley estaba en Inglaterra. Maldita sea, había hablado con ella dos noches antes. Por eso Tess estaba pasando parte de las vacaciones de Semana Santa en su puesto. Ashley no podía dejar la galería desatendida y había prometido que sólo serían unos días.

—Si no conoce a mi hermana, ¿cómo puede estar tan seguro de que tiene algo que ver?

—preguntó ella, dándose cuenta de que no sería fácil hacerlo cambiar de idea. Al fin y al cabo Ashley podía no haber estado en Inglaterra cuando la había telefoneado. Podía haber usado su móvil. ¿Cómo podría estar segura?

—Creo que la vi una vez. Pero eso fue hace algunos meses, y he conocido a mucha gente desde entonces. En cualquier caso, la persona que la ha estado observando no puede haberse equivocado. Yo por desgracia he estado fuera del país, pero mi ayudante contactó con su hermana hace sólo una semana. Ella juró que hablaría con Marco y lo convencería de que no había ningún futuro en su. . asociación. ¿Qué tiene?

¿Veinticuatro? ¿Veinticinco? Demasiado para un chico de dieciséis.

—En realidad tiene veintiocho —dijo Tess apretando los labios. No sabía qué más decir, ni qué pensar. Pero, si era verdad, convendría con él. ¿Podría Ashley haberle mentido?

Se dio cuenta de que sí podía haberlo hecho. Y tenía que admitir que cuando Ashley le había pedido ayuda para ir a cuidar a su madre, no había sonado como algo típico de ella. La madre de Ashley, Andrea, nunca había sido una mujer particularmente fuerte, y desde la muerte del padre de ambas de un ataque al corazón hacía sólo un año, había sufrido de diferentes males de poca importancia. Tess suponía que ésa había sido la razón de que Ashley aceptara el trabajo en Italia. Cuidar de una madre, a la que le queda poco para ser una hipocondríaca, nunca había sido muy de su estilo.

Aun así, la situación no dejaba de ser increíble. Incluso Ashley tendría principios a la hora de no liarse con un chico de dieciséis años. Sólo había una manera de averiguarlo, y era llamar a la madre de Ashley. Pero a Tess le aterrorizaba la idea. Si Ashley estaba allí, parecería que no confiaba en ella.

—No sé qué decir —murmuró ella deslizando los dedos por los mechones de pelo rubio de su nuca. Se había cortado el pelo antes de ir, y no estaba convencida del todo de que el pelo corto fuera con ella. Esperaba que le diera madurez, pero tenía la sensación de que no había funcionado. Él la miraba como si no tuviera más edad que cualquiera de sus alumnos. ¿Qué diablos iba a hacer?

—Podría decirme dónde están —dijo el hombre—. Me imagino que sentirá usted lealtad hacia su hermana, pero también se dará cuenta de que esta situación no puede continuar.

—No sé dónde están —insistió Tess—. De verdad que no lo sé. Por lo que yo sé, y como ya he dicho antes, Ashley está en Inglaterra.

—*Bene,* entonces puede usted telefonearla —dijo él, dando voz al pensamiento que ella había tenido minutos antes—. Si está con su madre le ofreceré a usted mis más sinceras disculpas.

—¿Y si no está?

Tess lo miró, incapaz de disimular su temor, y por un momento pensó que iba a ablandarse. Pero entonces él agregó:

—Usted está muy segura de que estará.

A Tess se le pasó por la cabeza que aquel hombre no podría hacer prisioneros. Sólo esperaba que Ashley hubiera pensado lo mismo antes de fugarse con su hijo.

Si es que se había fugado con su hijo, se recordó instintivamente. Solo tenía la palabra de aquel hombre para aceptar

aquello. Y aquello de su investigador. Pero cada vez se sentía más inclinada a pensar que lo que decía aquel hombre era verdad.

—Si.. si está allí, ¿quién debo decir que pregunta por ella? —preguntó Tess, dándose cuenta de que había estado mirándolo durante más tiempo del necesario. En esas circunstancias, no sería muy positivo que aquel hombre pensara que la hermana de Ashley se sentía atraída por él.

Él dudó por un momento, mientras consideraba su pregunta.

—Dígale que es Castelli. El nombre le recordará algo, estoy seguro.

Tess supuso que sería cierto, aunque no se atrevió a especular lo que sería.

—De acuerdo —dijo ella—. La llamaré. Si me deja un número donde pueda localizarlo, le llamaré en cuanto hable con ella y le diré lo que ha dicho.

—Si es que dice algo —murmuró Castelli—. Pero quizá sería mejor que la llamase ahora, señorita Daniels. Yo esperaré mientras hace la llamada.

Tess se quedó sin aliento. Estaba decidido a salirse con la suya. Pero ya era demasiado.

—No puedo llamarla ahora —dijo ella sin dejarse intimidar—. La llamaré más tarde. Y

ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer.

—¿Ah, sí? —dijo echando un vistazo a la galería—. Pues no parece tener muchos clientes esta mañana.

—Mire, he dicho que llamaré a Ashley y lo haré. ¿No es suficiente para usted?

—Tiene miedo de hacer la llamada, señorita Daniels —dijo él con cierta impaciencia—.

Tenga cuidado, o empezaré a pensar que me ha estado mintiendo desde el principio.

—Oh, por favor —dijo Tess visiblemente ofendida—. No tengo por qué aguantar esto. Yo no tengo la culpa si su hijo ha sido tan tonto para liarse con una mujer mayor, Usted es su padre. ¿No es acaso su responsabilidad?

Por un momento se sintió aterrorizada. El hombre parecía un depredador, y ella esperaba a que se abalanzara. Pero de pronto sus labios se tornaron en una sonrisa des—caradamente sensual.

—*Dio mió* —dijo él—. La gatita tiene uñas.

Aquella analogía resultó curiosa. Era exactamente lo que ella había pensado de él, aunque se daba cuenta de que él no era un felino domesticado.

Y a pesar de su determinación para que él no se saliese con la suya, se encontró a sí misma disculpándose.

—Lo siento. No he debido hablarle así. No tiene nada que ver conmigo.

—*No, mi scusi, signorina.* Tiene usted razón. No es su problema. Por desgracia mi hijo siempre ha sido un poco, ¿cómo dicen ustedes? ¿Cabezón? No debería haber dejado que mi enfado con él cayera sobre usted.

Tess se estremeció. Él suavizó su mirada y la hizo más gentil. La miró fijamente y ella sintió que se quedaba sin aire. Sintió un escalofrío que la dejó tremendamente vulnerable. ¿Qué le pasaba? Se estaba comportando como si nunca un hombre la hubiera mirado.

—No importa —dijo finalmente, pero él no lo dejó correr.

—Sí importa —dijo—. Soy un maleducado insensible y no debería haber puesto su sinceridad en duda. Si me da el número de su hermana, yo haré la llamada.

Tess tuvo que aguantarse un gemido. Justo cuando pensaba que lo peor había pasado, le decía aquello. La había reducido considerablemente con su mirada y en ese momento entraba a matar. No se había rendido. Sólo había cambiado de estrategia. Y

no estaba segura de que ésa no hubiese sido su intención desde el principio.

Tess meneó la cabeza con gesto desesperado. ¿Cómo iba a darle el número? ¿Cómo iba a permitir que hablase con la madre de Ashley ,Si Ashley no estaba allí? A Andrea le daría algo si se enteraba de que su hija estaba desaparecida. Y si añadía que sospechaba que se había fugado con un chico de dieciséis años, Dios sabe cómo reaccionaría.

Concentrándose en el nudo de su corbata, Tess buscó una razón para no darle el número. Pero ya era suficientemente duro encontrar excusas para su reacción ante un extraño sin la carga añadida de su culpabilidad.

—No creo que ésa sea una buena idea —dijo deseando que

alguien entrara en la galería—.

La madre de Ashley no está bien. No me gustaría preocuparla.

—Señorita —dijo Castelli.

—Por favor, llámeme Tess.

—Tess, entonces —convino él, aunque a ella le resultó casi imposible reconocer su nombre en su lengua. Su acento extranjero le daba un tono extraño y melódico—. ¿Por qué mi llamada iba a preocuparla? No tengo intención de intimidar a nadie.

Pero sí que intimidaba. Estaba en sus genes, una arrogancia aristocrática que dominaba sus gestos. ¿Quién era? ¿Cuál sería su pasado? ¿Y qué pensaría su mujer de la situación? ¿Estaría ella tan en contra de la relación como él?

Por supuesto que lo estaría, se dijo Tess severamente mientras apartaba nuevamente la mirada del rostro de Castelli. Pero, si Marco era como su padre, podía entender la atracción de Ashley. Si se había sentido atraída hacia su hijo, lo comprendía.

—Yo.. la señora Daniels no lo conoce —dijo ella con firmeza—. Y, si por casualidad, Ashley está fuera y contesta ella el teléfono, seguro que se preocupa.

—¿Por qué? —preguntó él invadiendo de nuevo su espacio con sus inquietantes ojos—.

Vamos, Tess, sé sincera. Tienes miedo de que tu hermana no esté en casa de su madre.

¿Me equivoco?

—De acuerdo —dijo ella—. Admito que existe la posibilidad, una posibilidad muy pequeña, de que Ashley no esté en Inglaterra. Pero eso no significa que esté con Marco.

Con su hijo. Puede que necesitara un descanso. Es semana santa. Yo estaba disponible y…

—Eso no te lo crees ni tú —dijo él con suavidad mientras deslizaba una mano por la corbata con un gesto innegablemente sensual. La sensualidad era una parte de su esencia, como su cara intrigante y su poderoso cuerpo bajo el traje de Armani—.

También pienso que estás siendo muy comprensiva. Espero que Ashley se dé cuenta de la personita tan leal que tiene en ti.

Fue la «personita» lo que la hizo saltar. Llevaba toda su vida intentando que la gente no la juzgase por su tamaño.

—De acuerdo —dijo ella con una rabia que le daba cierta

seguridad—. La llamaré. Ahora.

Pero si está allí. .

—Encontraré la manera apropiada de recompensarte. Y si tu hermana es como tú, entonces entenderé por qué Marco la encuentra tan.. atractiva.

—No me trate con condescendencia. Ashley no tiene nada que ver conmigo. Es alta y más. . más. . —¿cómo podría explicarle a él que tenía curvas?—. Ella es morena y yo soy rubia.

—Así que. . una vez más te he ofendido, *cara.* Perdóname. Supongo que ser la hermana pequeña..

—No soy la pequeña —interrumpió Tess, preguntándose por qué habría imaginado que cortarse el pelo iba a ayudarla en algo—. Ya dije que mi padre se casó otra vez después de que mi madre muriera.

—*Non posso crederci!* No puedo creerlo. Dijiste que tu hermana tenía veintiocho, ¿no?

—Yo tengo treinta y dos —dijo Tess brevemente, tratando de tener paciencia—. No se moleste en decir que no los aparento. Llevo los diez últimos años intentando convencer a la gente de que soy mayor que los crios a los que doy clase.

—La mayoría de las mujeres te envidiarían, Tess. Mi propia madre se gasta una fortuna en intentar conservar su juventud.

—Pero yo no soy la mayoría de las mujeres —contestó ella, dándose cuenta de que no hacía sino aplazar lo inevitable—. Y ahora, supongo que será mejor que haga la llamada.

Capítulo 2

RAFE di Castelli caminaba impaciente por la galería. Todos sus instintos le urgían a reunirse con ella en la oficina, para estar presente mientras hacía la llamada. Para asegurarse de que en efecto llamaba a su hermana. A pesar de su aparente inocencia, no tenía más razones para confiar en Tess Daniels de las que tenía para confiar en su hermana.

Pero la cortesía, y el presentimiento de que no le mentiría, hicieron que se quedara fuera. No quería escuchar cómo formulaba la pregunta. No quería notar su desilusión si él tenía razón. Y no paraba de repetirse a sí mismo que tendría razón. Verdicci había parecido muy convencido. Dos personas habían subido a un avión con destino a Milán, una de esas personas era su hijo.

Pareció durar una eternidad. Estaba muy seguro de que el italiano de Tess no era fluido y habría sido más fácil si él hubiese hecho la llamada. Pero eso habría parecido una interferencia por su parte. Además, impaciente como estaba, estaba preparado para darle tiempo a Tess mientras organizaba sus pensamientos.

Ella salió de la oficina momentos después y pudo ver al instante que estaba disgustada.

Tenía el pelo revuelto, como si hubiese estado recorriéndolo con los dedos mientras hablaba. Y sus mejillas estaban rojas.

Tenía un aspecto adorable. ¿Sería así como se levantaría de la cama?

Era una imagen curiosamente inquietante, la cual decidió ignorar. Simplemente le parecía inocente, nada más.

—No está allí —dijo, e hizo una pausa para ver si él decía algo —. Andrea, su madre, no la ha visto.

Rafe sintió una mezcla de resignación y alivio. Resignación porque sus informaciones eran correctas, y aliviado de saber que no había ninguna mujer desconocida implicada.

—Usted ya lo sabía, claro —continuó ella, mirándolo con desprecio con sus ojos verdes—.

Así que usted tenía razón y yo no. ¿Ahora que hacemos?

—¿Hacemos?

—Quiero decir —dijo ella avergonzada—, yo. ¿Qué hago yo? No puedo quedarme aquí para siempre. Se supone' que debo volver al colegio dentro de diez días.

—Marco también —dijo él con cierta amargura—. ¿Puedo preguntar qué es lo que dijo tu hermana cuando te dio las llaves de la galería? ¿No dijo cuando regresaría?

—No he visto a Ashley —dijo ella con un suspiro.

—¿No la has visto? No lo entiendo.

—Ashley me llamó —explicó ella—. Dijo que su madre estaba enferma y que si yo podía venir unos días mientras ella iba a Inglaterra. Dijo que quería marcharse inmediatamente. Que dejaría las llaves al conserje del apartamento.

—¿Y viniste sin más?

—Más o menos. Es que la madre de Ashley y yo vivimos en partes diferentes del país.

—Ah —asintió él—. Así que tu hermana tenía toda seguridad de que no la pillarían en su mentira.

—Supongo —dijo ella, aunque no quería admitirlo, pero Rafe notó la certeza en su cara.

Ella meneó la cabeza—. No puedo creer que pensara que podría salir impune. Yo podría haber llamado a Andrea. Podría haber descubierto que no estaba enferma por mí misma.

—Pero no lo hiciste.

—No —dijo Tess encogiéndose de hombros—. Ashley sabe que yo no haría eso, en cualquier caso. Andrea y yo nunca hemos estado muy unidas.

—Pero tú debías de ser muy joven cuando tu madre murió —dijo él, dándose cuenta de su insensibilidad, así que procedió a explicarse—. Supuse que esa mujer, la segunda esposa de tu padre, también cuidó de ti.

—Andrea siempre ha sido una mujer muy delicada —dijo ella—. Tener que ocuparse de dos niñas pequeñas habría sido demasiado para ella. Yo me fui a vivir con la hermana de mi madre. Ella no estaba casada y también era profesora.

Pobre Tess. Rafe no hizo ningún comentario, pero parecía que Andrea Daniels era tan insensible y egoísta como su hija.

—Parece que a los dos nos han engañado —dijo él suavizando el tono a propósito—. Es una pena que tu hermana no lleve móvil. El de Marco está apagado.

—Pero ella sí que lleva uno —exclamó Tess. Sonrió abiertamente y Rafe tuvo que advertirse a sí mismo de los peligros

que tendría el responder a su feminidad—, ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Me dio el número cuando se mudó a Porto San Michele.

—¿Tienes el número aquí?

—Por supuesto —dijo Tess, se dio la vuelta y se dirigió a la oficina a por el bolso. Salió unos segundos después con un pedazo de papel—. Aquí está. ¿La llama usted o llamo yo?

Rafe se dio cuenta entonces de que se habían convertido en conspiradores. Ella estaba tan ansiosa por saber dónde estaba su hermana como él. Y una vez más se dijo a sí mismo que no debía unirse mucho a ella, aunque sólo fuera de manera inocente.

Seguía siendo la hermana de su enemiga. En cualquier conflicto moral, siempre elegiría a Ashley.

—Si piensas que debería hacer yo la llamada lo haré —dijo él educadamente—. Aun así creo que sería más sabio si llamaras tú. Si ella oye mi voz..

—Ah, sí. Claro.

Tess comprendió enseguida lo que él quería decir. Entonces se metió en la oficina de nuevo y regresó momentos más tarde con cara de no haber tenido mucha suerte.

—El teléfono de Ashley también está apagado —dijo ella, y Rafe vio que estaba empezando a perder la fe en su hermana—. Perece que tenía razón desde el principio.

¿Qué va a hacer ahora?

Rafe deseaba poder tener una respuesta. No serviría de nada decir lo que realmente le gustaría hacer.

—Seguir buscando, supongo —contestó finalmente—. Hay muchos complejos de vacaciones de aquí a Génova. Es posible que tu hermana alquilara un coche en el aeropuerto. Podrían estar en cualquier parte. No va a ser tarea fácil.

—Mm. —dijo Tess pensativa mientras se humedecía con la lengua el labio superior. Rafe se dio cuenta de que ella no sabía lo provocativo que aquello resultaba—. ¿Me lo dirá si los encuentra? —preguntó—. Quiero decir, si encuentra a Ashley. Ya sabe lo que quiero decir.

Rafe sabía lo que quería decir. Lo que no sabía en ese momento era si quería volver a verla. Ella era demasiado joven para él, demasiado vulnerable. A pesar de ser la mayor, estaba seguro de

que Ashley conocía mucho más mundo que ella.

Aquel pensamiento lo incomodó. ¿En qué diablos estaba pensando? Ella ni siquiera había dicho que quisiera volverlo a ver. Sólo le estaba pidiendo que la mantuviese informada si encontraba a su hermana. Su ayudante podría ocuparse de eso con una simple llamada.

—Sí —dijo él de pronto mientras se abotonaba la chaqueta y se dirigía hacia la puerta.

Cuando llegó al marco se dio la vuelta para decir adiós y quedó sorprendido al ver la cara de desilusión de Tess. Con sus pequeñas manos sobre la cintura parecía perdida y sola, así que antes de poder evitarlo añadió—: Quizá podrías tú hacer lo mismo.

—No sé dónde encontrarlo —dijo ella abriendo mucho sus ojos verdes. En ningún momento él había pretendido darle su número. Había caído en la trampa muy fácilmente.

Decidió que tendría que darle su tarjeta. De ese modo Giulio podría encargarse y él no tendría que hacer nada. Obviamente darle su móvil habría sido más educado, pero

¿por qué habría de hacer eso con la hermana de la mujer que había seducido a su hijo?

Retrocedió unos pasos dentro de la galería y le dio la tarjeta. Ella rozó sus nudillos con los dedos y Rafe no pudo negar la ráfaga de deseo que se extendió por su cuerpo en ese instante. Se dio cuenta de que la deseaba. O quizá sólo se daba cuenta de su edad y seducirla supondría algún tipo de compensación por lo que su hermana le había hecho a Marco. ¿Qué otra razón podría tener para los sentimientos que ella inspiraba en él?

En cualquier caso, desechó la idea inmediatamente. Evidentemente estaba teniendo la típica crisis de mediana edad porque las chicas como Tess nunca le habían atraído de aquel modo. Le gustaban las mujeres jóvenes, pero bastante más sofisticadas. Llevaban vestidos de diseño y tacones, y jamás se les ocurriría salir a la calle sin maquillaje.

En su tarjeta ponía *Vigneto di Castelli,* y vio la expresión de Tess al leerla.

—Tiene un viñedo —murmuró—, ¡Qué interesante! Nunca había conocido a alguien que tuviera un viñedo.

Su hermana tampoco, pensó Rafe amargamente. Era demasiado

cínico como para pensar que la estabilidad económica de Marco no había sido decisiva en los planes de Ashley. Aún no tenía ni idea de cuáles eran sus intenciones, pero sospechaba que tendría que ver con un soborno. Ya le había pasado otras veces con su hija. Pero, por fortuna, María tenía dieciocho, no dieciséis, cuando ocurrió.

—Es poca cosa, *signorina* —dijo él—. Muchas familias en Italia se dedican ahora a eso debido al incremento del consumo de vino en los últimos años.

—Ya veo —dijo ella, y sonrió. Entonces Rafe sintió otra vez la ola de deseo y supo que era hora de irse, antes de que acabara invitándola a visitar los viñedos. Imaginaba la cara de horror que pondría su madre si regresaba con una chica como Tess.

—*Ci vediamo, signorina* —dijo educadamente mientras se dirigía a la puerta, pero ella no iba a dejar que tuviera la última palabra.

—Me llamo Tess —le recordó ella mientras lo acompañaba fuera de la tienda para ver cómo se alejaba hacia su coche.

Como había imaginado, su madre estaba esperándolo cuando regresó a Villa Castelli.

Era una mujer alta y elegante de sesenta y tantos años. Había regresado a la villa hacía seis años, cuando Rafe se había separado de su mujer. El padre de Rafe había muerto hacía casi veinte años, y él estaba seguro de que cuidar a Marco y a María le supondría a su madre una alegría en su vida.

—¿La has visto?

Las palabras de su madre le recordaron a Rafe que, para Lucia di Castelli, Ashley Daniels aún seguía trabajando en la galería Medici. Su principal razón para visitar la galería había sido encontrar a Ashley para ver si sabía dónde estaba Marco. Sin embargo había encontrado a su hermana y se había dado cuenta de que no era lo suficientemente mayor todavía como para no poder quedar como un tonto.

—No está en la galería —dijo él mientras entraba en el porche donde su madre disfrutaba tranquilamente de un capuchino. Hacía mucho calor y Rafe tuvo que aflojarse la corbata antes de acercarse a una mesa de cristal para servirse uno de los panecillos dulces que a su madre le encantaban—. Parece que Verdicci tenía razón. Se han ido juntos —agregó, y vio cómo una criada uniformada venía a ver si deseaba tomar algo—.

Sólo café, gracias, Sophia. Solo —luego se giró para dirigirse a su madre—. Su hermana lleva la galería mientras ella está fuera.

—¿Su hermana?

Su madre se mostraba escéptica, y Rafe supuso que había llegado a la misma conclusión que él.

—Su hermana —repitió él mientras se sentaba en una silla para contemplar los jardines que se extendían más allá del porche—. Créeme. No tiene nada que ver con la mujer con la que se ha ido Marco.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Lucia con los ojos entornados—. Pensé que habías dicho que no reconocerías a esa mujer aunque la vieras.

—Y es cierto —dijo Rafe—. Pero Tess es profesora en un colegio. Y, créeme, está tan perdida como nosotros. Ash—ley le contó una historia de que se iba a cuidar de su madre enferma.

—¡Tess! —dijo Lucia—. ¿Qué tipo de nombre es ése?

—Es Teresa —contestó Rafe tras agradecerle a la criada el café —. No llegaremos a ninguna parte culpando a la única persona que puede que nos ayude.

—¿Cómo puede ayudarnos esa mujer? Acabas de decir que no sabe dónde está su hermana.

—Puede que Ashley se ponga en contacto con ella. Si quiere que Teresa siga creyendo la historia que le contó, tendrá que llamar para darle credibilidad.

—Me da la impresión de que la hermana de la señorita Daniels te ha causado muy buena impresión, Raphael —dijo Lucia—, ¿Por qué la crees? ¿Qué prueba tienes de que te esté diciendo la verdad?

—Créeme, ella estaba tan sorprendida como nosotros —respondió Rafe—, No puedes culparla por lo que ha hecho su hermana.

—¿Y ha contactado con su madre? —preguntó Lucia—. Perdóname, sé que estoy anticuada, pero creí que las chicas inglesas solían mantenerse en contacto con sus padres.

—Claro que lo hacen. Pero la madre de Ashley no es la de Tess. Su padre se casó dos veces. Teresa es la hermana mayor.

—*¡Che sorpresa!* —dijo Lucia sardónicamente—. La gente se casa y se divorcia por menos de nada en estos tiempos que corren. Al menos la mayoría de los católicos se toman sus votos en serio.

Rafe sabía que aquel comentario iba dirigido a él, pero prefirió

no hacer caso. No valía la pena.

—La madre de Teresa murió. En cualquier caso, como habrás imaginado. Ashley no estaba en casa de su madre. Parece que no ha hecho más que mentir a su hermana.

—Me suena raro —dijo Lucia.

Rafe tuvo que controlar su rabia.

—Bueno, pues no puedo hacer nada por evitarlo.

—Pero has de admitir que es extraño que esa mujer, esa Teresa, no sepa dónde está su hermana. ¿Por qué diablos iba a querer ocultarle a ella su paradero?

—¿Porque sabía que su hermana no lo aprobaría al igual que no lo hacemos nosotros?

—sugirió Rafe sarcásticamente—. No sé, mamá. Pero yo la creo y pienso que tú deberías hacer lo mismo.

Rafe se dio cuenta de lo ridículo que era tener que darle explicaciones a su madre. A veces se comportaba como si no tuviera más edad que Marco. Suponía que era por haberle dado rienda suelta en el orden de la casa después de que Gina se hubiera marchado.

—¿Y ahora qué ocurre? —preguntó ella al ver que Rafe no iba a decir nada más—. ¿Debo suponer que, a no ser que esa mujer se ponga en contacto con su hermana, la información que Verdicci nos dio es nuestra única fuente?

—También hablaré con María —dijo Rafe—. Ella y Marco comparten muchas cosas y puede que sepa dónde ha ido. Por el momento lo único que sabemos es que desembarcaron en Génova. Supongo que Ashley sabía que comprobaríamos las líneas aéreas, así que compró billetes a Milán para despistarnos.

—¿Y en qué nos ayuda saber que desembarcaron en Génova?

—Bueno, obviamente no sabía que la estábamos observando. No tiene razón para pensar que nosotros podamos haber investigado si terminaron su viaje o no. Luego, esperará que realicemos nuestras pesquisas en Milán. Pesquisas que, ahora sabemos, no nos habrían conducido a nada.

—Muy bien —dijo Lucia aceptando su razonamiento—. Pero Génova es una ciudad muy grande. ¿Cómo esperas encontrarlos allí?

—Espero que Ashley haya alquilado un coche —contestó Rafe

tras terminarse el café. Se puso de pie y caminó nervioso sobre el porche, con la mirada perdida en los viñedos, iluminados por el sol de la mañana—, Verdicci está investigando las agencias de alquiler del aeropuerto. Si ha usado su verdadero nombre los encontraremos.

—¿Y si no?

—Las agencias de alquiler de coches necesitan una identificación. Si no me equivoco, habrá utilizado su pasaporte para confirmar su identidad. O eso o su permiso de trabajo. En cualquier caso habrá tenido que usar su propio nombre. Incluso puede que haya tenido que dar una dirección. Algún sitio en el que planee quedarse.

—Ah, esto es temblé. Cada vez que cierro los ojos lo único que veo es a Marco y a esa mujer, juntos. Es horrible. ¡Es asqueroso!

—No exageres, mamá —dijo Rafe al ver que se acercaba otro ataque de histeria—. Por lo que yo sé, Marco puede tener más experiencia de la que nosotros pensamos. Debe de tener algo para haber atraído a una mujer de esa edad.

—¡No me ofendas! —dijo Lucia con una mirada de horror—. ¿Cómo puedes decir algo así?

Marco no es más que un niño..

—Tiene casi diecisiete años, mamá —dijo Rafe con impaciencia —. Ya no es un niño. Es un hombre. Con las necesidades de un hombre y. . los deseos.

—Muy bien —dijo Lucia mientras se levantaba de la silla muy rígida—. Veo que no estás dispuesto a discutir esto de manera sensata, así que será mejor que me vaya. Debería haberme imaginado esto viniendo de ti. Nunca has tenido mano dura con ese niño y ahora todos sufrimos las consecuencias.

—Tú no sufres nada, mamá. Excepto quizá de celos. Sé que Marco siempre ha sido tu ojito derecho. Quizá deberías plantearte si no eres en parte responsable de su rebelión contra la autoridad paterna.

—No puedes culparme a mí.

—No estoy culpando a nadie. Tú lo haces. Lo único que yo hago es defenderme.

—¿Al igual que hiciste cuando Gina decidió que ya había tenido suficiente indiferencia por tu parte? —dijo su madre mientras se

dirigía a la puerta—. Siempre has descuidado a tu familia, Raphael. Primero tu mujer y ahora tu hijo. Contigo el trabajo siempre es lo primero.

—Gina se acostó con el administrador de la finca —dijo Rafe apretando los dientes, pero Lucia no se achantó.

—Se sentía sola, Raphael. Necesitaba amor y tú no se lo dabas. ¿Qué esperabas?

¿Confianza? ¿Lealtad? Rafe no tenía intención de discutir sus palabras. Era una discusión que venía de lejos y no tenía interés en reavivarla. Gina no había querido amor, había querido sexo. Su aventura con Guido Marchetta puede que hubiese sido la razón de su divorcio, pero no había sido la primera. Nunca se lo había dicho a su madre pero ése no era el momento.

—Mira —dijo él con tono neutral—. Vamos a no culparnos el uno al otro. Marco está ahí fuera en alguna parte y voy a encontrarlo.

—Si puedes —dijo Lucia encogiéndose de hombros, decidida a tener la última palabra, y Rafe la dejó disfrutar de su pequeña victoria.

Capítulo 3

COMO Tess había imaginado, la madre de Ashley telefoneó a la galería después de que Castelli se hubiera marchado.

Tess no la culpaba. No se habría quedado satisfecha con la escueta explicación que le había dado. Pero tan pronto como Tess había descubierto que Ashley no estaba allí, lo único que había querido hacer era colgar el teléfono.

Aun así, cuando el teléfono sonó en la oficina, Tess se detuvo un instante para rezar que fuese su hermana. La galería aún estaba vacía y no tenía excusa para no contestar.

—¿Teresa? —era evidente que la madre de Ashley no tenía dificultad alguna en distinguir las dos voces—. ¿Qué ocurre? ¿Qué haces en la galería? ¿Dónde está Ashley?

Tess suspiró. Cuando había hablado con Andrea la primera vez no había mencionado la galería. Pero sería algo natural llamar allí después de no haber obtenido respuesta en el piso de Tess. Al fin y al cabo, allí era donde se supondría que debía estar su hija.

—Um.. está de vacaciones —dijo Tess finalmente, decidiendo que los mejores mentirosos eran aquellos que se acercaban más a la verdad—. Me alegra saber de ti, Andrea. ¿Qué tal estás?

—No importa cómo estoy yo, Teresa. Hace cinco minutos llamas aquí preguntando por Ashley. Debes de imaginar lo preocupada que estoy. Lo único que yo sabía era que seguía en Porto San Michele.

—¿Has sabido algo de ella?

Tess no pudo contener la excitación y su madrastra lo notó.

—Claro que he sabido algo de ella. ¿Por qué no iba a saber nada? Ella aún se preocupa por mí.

—Sí, claro que sí. .

—Sólo porque tú la animaras a irse de casa y vivir sola como tú, no significa que no tenga conciencia. Sé que siempre has tenido celos de nuestra relación, Teresa, pero si se trata de un plan para hacerme pensar mal de. .

—No lo es.

Tess no podía ni imaginar lo que Andrea estaba insinuando. Ella no había instado a Ashley a irse a trabajar a Italia. Y nunca había estado celosa de su relación con su madre. Envidia quizá, porque su propia madre no estaba allí para compartir sus miedos y esperanzas. Pero la tía Kate había sido una sustituía maravillosa. Y su falta de

experiencia la había suplido con su amor.

—¿Y por qué me llamas? —preguntó Andrea acusadoramente—. Me preocupas innecesariamente y me haces pensar que le haya podido ocurrir algo malo.

—No es eso.

—¿Entonces qué es? Me preguntas que si sé algo de ella como si estuviera desaparecida.

¿No tienes su móvil? ¿Por qué no la llamas allí?

—Su teléfono está apagado —admitió—, Y me preguntaba si se habría ido a Inglaterra.

Como podrás imaginar, yo me ocupo de la galería mientras ella no está. Había venido un cliente suyo preguntando por un cuadro y. . pensé que, a lo mejor, estaba contigo.

Andrea resopló con incredulidad, y Tess tuvo una inminente sensación de injusticia por la posición tan incómoda en la que Ashley la había colocado. No solo la había dejado para enfrentarse al iracundo padre de su novio, sino que tenía que haber imaginado que Tess la llamaría a casa de su madre si creía que estaba allí.

En cualquier caso, no iba con Tess el preocupar a la gente innecesariamente, así **que** dijo:

—Estoy segura de que se pondrá en contacto conmigo dentro de unos días.

«Tendrá que hacerlo», se dijo a sí misma. Ashley sabía que ella tenía que estar de vuelta en el colegio dentro de diez días.

—Pero, si sabes algo de ella mientras tanto, dile que me llame. El cliente del que te he hablado tiene mucho interés en hablar con ella.

Andrea se quedó callada tanto tiempo que Tess comenzó a pensar que finalmente la había convencido. Pero justo cuando estaba a punto de excusarse diciendo que había entrado un cliente, la madre de Ashley habló de nuevo.

—¿Y no tienes ni idea de dónde puede estar Ashley? —preguntó de nuevo con cierta urgencia—. Si sabes algo, Teresa, quiero que me lo digas. ¿Crees que debería ir yo allí? Si Ashley ha desaparecido, la policía debería estar informada.

—Ashley no ha desaparecido —se apresuró a decir Tess, maldiciendo de nuevo a su hermana por haberla metido en eso—. De verdad, Andrea, no hay necesidad de preocu—parse. Ashley se

ha tomado un descanso, sólo eso. Probablemente ha desconectado el teléfono para no tener que atender llamadas sin importancia.

—¡Espero que no estés insinuando que si yo llamo a mi hija lo consideraría como una llamada sin importancia! —exclamó Andrea.

—Por supuesto que no —respondió Tess, decidida a preguntarle a Ashley qué diablos había ido diciéndole a su madre de su relación. Andrea nunca la había tratado con excesiva amabilidad, pero nunca antes la había considerado como una enemiga.

—Ah, bueno. Supongo que tendré que creerte. Pero recuerda, quiero que me tengas informada si surge algo. Y si hablas con Ashley, dile que espero su llamada.

—De acuerdo.

Finalmente Tess consiguió encontrar las palabras para finalizar la conversación y, con una tremenda sensación de alivio, colgó el auricular. Pero su sentimiento de indignación no finalizó con la conversación. Comenzaba a sentir que la habían tomado el pelo y pensaba que no debería haber aceptado ir allí.

Una imagen de Castelli se le pasó por la cabeza, pero trató de alejarla. No tenía intención de dejar que su encuentro con el italiano cambiase su estado. Además no era más que otra persona que no la consideraba digna de su respeto.

Así no era como Ashley le había dicho que sería su viaje. Su hermana le había pedido que se hiciese cargo de la galería, y había endulzado la petición con promesas de largos días soleados y noches explorando los bares y restaurantes del popular complejo. No es que a Tess le atrajesen mucho los bares, pero la idea de comer en verdaderos restaurantes italianos le había resultado apetecible. Además había imaginado pasar algo de tiempo en la playa.

Pero todo se había ido al traste. Tras pasar un par de noches ordenando el apartamento de Ashley, se había encontrado de golpe con aquello. Era muy típico de Ashley. Típico de su hermana pasar por encima de los sentimientos de la gente si eso la hacía feliz. Y

no cabía duda de que Ashley sabía cómo habría reaccionado su hermana si le hubiese dicho sus verdaderas intenciones. Por eso se habría asegurado de haberse marchado para cuando Tess llegara.

Fue muy frustrante y decepcionante. Tess debía haber imaginado que había más de lo que Ashley le había dicho. Debería haber llamado a Andrea antes de abandonar Inglaterra. Era culpa

suya por no haber mostrado ningún interés por la salud de su madrastra. Pero por el momento no podía hacer nada hasta que Ashley se pusiera en contacto con ella.

Había planeado ir a cenar a una pizzería antes de regresar al apartamento, pero cambió de opinión. Tras pasar el día sobresaltándose cada vez que alguien entraba en la galería, decidió que no quería tener a nadie alrededor. Compraría ingredientes para hacer una ensalada, los rociaría con una vinagreta de limón y gratinaría parmesano para darle sabor.

Estaba a punto de cerrar cuando un hombre apareció en la puerta. Tenía la luz a su espalda y por un momento Tess pensó que Castelli había vuelto. Se le aceleró el corazón y sintió cómo se le tensaba la garganta. Pero entonces el hombre se movió y ella fue consciente de su error.

Era Silvio Palmieri, el joven que llevaba la tienda de deportes de al lado. Aunque llamar a aquello tienda de deportes era quedarse corto. Tenía los escaparates llenos de fotos y artículos de grandes personalidades del deporte.

Se dio cuenta de que había sido un absurdo confundir a Castelli con aquel joven. Silvio era moreno, eso sí, pero ahí terminaba su parecido. No se movía con ese aire de depredador.

—*Ciao* —dijo él, y advirtió la expresión de Tess—. *Mi scitsi.* ¿Te he asustado?

—Eh, es que tenía la cabeza en otro sitio —dijo Tess—. Sólo me has sorprendido, eso es todo.

Silvio frunció el ceño.

—¿Te han dado malas noticias? —preguntó él—. La madre de Ashley, ¿no habrá tenido una recaída?

—No, que yo sepa —dijo Tess con amargura, sin saber muy bien cómo se sentiría Andrea en ese momento—. ¿Has tenido un buen día?

—¿Cómo decís vosotros? ¿Así, así? Eso, ha sido un día así, así. ¿Y **tú?**

Tess sintió ganas de reír, pero dudó que Silvio entendiera el porqué de su histerismo.

No podía implicarlo en sus problemas. A Ashley no le gustaría y Castelli no lo aprobaría.

—Ha sido.. interesante —dijo ella mientras se acercaba a echar

las persianas—. Pero me alegro de que se haya acabado.

—Vi a Raphael di Castelli entrar en la galería. Es muy conocido en San Michele. Mucha gente trabaja en su villa cuando llega la estación. Recogiendo la uva, ya sabe.

—¿Lo conoces? —preguntó Tess mientras asimilaba el hecho de que se llamaba Raphael—.

¿Entonces tiene un gran viñedo?

—Eso creo —dijo Silvio—. Y no, no lo conozco. No personalmente.

Tess dudó un momento. Los intereses de Ashley en Marco comenzaban a tener sentido.

—¿Y Ashley? —preguntó ella—. Creo que ella conoce a su hijo.

—Ah, Marco —asintió Silvio—. Sí. Marco, el artista.

—¿Marco es pintor?

—Le gustaría —dijo Silvio mientras señalaba los cuadros que colgaban de las paredes—.

Creo que le gustaría la exposición.

Tess contuvo el aliento. Castelli no había dicho nada de que su hijo quisiera ser pintor.

Pero quizá explicaba cómo Ashley había llegado a conocer a Marco.

—¿Alguno de estos cuadros es suyo? —preguntó Tess, y Marco se carcajeó.

—*A mala pena,* pero es ambicioso, ¿no?

—Ya veo —asintió Tess—. ¿Su padre lo aprueba?

—Creo que no —dijo Silvio—. Los di Castelli no emplean su tiempo en esas cosas. Además, Marco todavía está en la escuela.

—Ah —dijo Tess, pensando que eso explicaba muchas cosas—. Bueno, gracias por tu aportación. Ha sido muy. . interesante.

—¿Y el padre de Marco? No has dicho lo que quería.

—Ah —dijo ella sin ninguna intención de hablar de los motivos de la visita con él—. Estaba buscando a Ashley. No dijo para qué.

—Miran,

Silvio no sonaba convencido, pero Tess decidió que ya había dicho bastante.

—Ahora, tengo que irme. Quiero pasar por el supermercado antes de irme a casa.

—O podrías cenar conmigo —sugirió Silvio—. Mi *trattoria*

favorita está aquí cerca.

—Oh, no creo que. .

—¿No irás a dejarme plantado?

—Apuesto a que hay muchas mujeres dispuestas a cenar contigo, Silvio. Lo siento, pero ha sido un día muy largo y estoy cansada. No creo que yo sea muy buena compañía esta noche.

—Pero Ashley dijo que te encantaría salir conmigo —protestó él —. Me dijo que no estás. .

con nadie, ¿no?

—¿Eso dijo? —dijo ella, y comenzó a preguntarse qué más cosas les habría dicho a esa gente de ella—. Pues se equivocó, Silvio. Tengo novio.

No tenía ninguna necesidad de decirle que no había ningún hombre especial en su vida.

—Pero no está aquí.

—Da igual..

—Otro día, quizá —dijo él, incansable. Entonces, para alivio de Tess, salió de la tienda—. A *domani, cara. Arrivederci.*

—Arrivederci. Buenas noches —dijo ella.

Tess esperó a que hubiese salido de la galería para cerrar con llave. Luego se apoyó contra ella y suspiró. Menudo día. Primero Castelli y luego Silvio. Estaba deseando llegar al apartamento. Al menos allí podía estar segura de que nadie la molestaría. A no ser que Ashley tuviera otro secreto que no hubiese querido compartir con ella.

Durmió mal. No hacía más que pensar que oía el teléfono sonar, pero no era más que el viento que soplaba fuera. Consiguió quedarse dormida al alba, y cuando volvió a despertarse, el sol entraba con fuerza por la ventana.

Tras encender la cafetera, fue al baño para darse una ducha. El agua nunca salía caliente, pero por una vez apreció su frescura. Incluso giró el grifo hacia el agua fría antes de salir y envolverse en una de las toallas que Ashley le había dejado.

Tras servirse una taza de delicioso café solo, salió al balcón. El mundo parecía un poco menos hostil aquella mañana. Pero aquello era ridículo. Era la gente la que era hostil, no el mundo en general. Y si había algún culpable de su situación actual, era Ashley.

El apartamento de su hermana estaba en el último piso de un

edificio en la Vía San Giovanni. La carretera era una de tantas que se dirigían hacia el puerto. El edificio por fuera no era gran cosa, pero al menos los descansillos y las escaleras estaban limpios y no olía a cebolla y ajo como otros edificios.

El apartamento de su hermana era pequeño pero confortable. Le había puesto alfombras y unas bonitas cortinas, y Tess se había sorprendido al ver que tenía un dormitorio y un baño independientes, y además un comedor con cocina incorporada con todas las facilidades.

En ese momento, apoyada en la barandilla del balcón, se arrepentía de los sentimientos de traición que había experimentado la noche anterior. De acuerdo, Ashley le había mentido, había mentido a todo el mundo, pero desde el punto de vista de Tess, nada había cambiado. Seguía a cargo de la galería y era su culpa si no era capaz de disfrutar de unas vacaciones en un lugar tan maravilloso.

Pero era difícil no imaginarse lo que estaría haciendo Ashley. Liarse con un adolescente era una locura, incluso para su hermana. Era cierto que Ashley siempre había tenido sus propias normas. Tess recordaba a su padre murmurando sobre las locuras de su hija pequeña en una de sus infrecuentes visitas a Derbyshire a verla. Él y su nueva familia aún vivían en Londres por entonces, pero Tess se había mudado al convertirse en profesora. Había sido más fácil no tener que inventar excusas por las que no visitaba a su familia tanto como a su padre le hubiese gustado.

Tras darse cuenta de que se había acabado el café y de que ahí fuera no hacía más que perder el tiempo, Tess regresó al dormitorio. Dejó la toalla en el baño y caminó desnuda a la habitación para encontrar algo que ponerse.

Ignorando la sospecha de que la visita de Castelli del día anterior la estaba influyendo, eligió un vestido color crema adornado con ramitas de lavanda. Era largo, pero eligió unos mocasines de lona en vez de las botas que llevaba el día anterior.

Su pelo se había secado con los rayos del sol y ella observó sus rizos con resignación.

Algunas mujeres apreciarían su ingenuidad juvenil, pero ella no. Pensó que debía habérselo dejado largo. Al menos de ese modo podría habérselo recogido.

Apartando esos pensamientos de su cabeza, aclaró su taza y la dejó escurriendo justo antes de abandonar el apartamento. Bajó las escaleras y salió a la luz del sol sintiéndose bien. Decidió que no iba a dejar que Ashley o Castelli le estropearan las vacaciones.

Había planeado cerrar la galería pronto y pasar la última parte de la tarde en la playa.

El Renault de Ashley estaba aparcado a unos pocos metros del edificio, y tuvo que tener paciencia para conseguir sacarlo de entre un Fiat mal aparcado y una enorme furgoneta. No ayudó el hecho de que tuviera que mantener el control del vehículo usando el freno de mano, pues la inclinación de la carretera convertía cada maniobra en un acto de fe.

Consiguió salir y se dirigió hacia la galería. Fue recorriendo la calle con sus edificios pintados de colores, que estaban tan cerca los unos de los otros que no parecía haber espacio para nada más. Pero había jardines completamente verdes y árboles frutales. Y

las fragancias de los lirios, las rosas y los jazmines se mezclaban con el aroma de la pastelería de la esquina.

El teléfono estaba sonando cuando entró en la galería. «Ashley», pensó, y se apresuró a desconectar la alarma para contestar.

¿Sí?

—¿Teresa? —debía haberlo imaginado. Era la madre de Ashley de nuevo—. Teresa, ¿dónde has estado? He estado llamando al apartamento pero no había nadie.

—Estaba de camino hacia aquí —dijo Tess, adoptando un tono cordial a pesar de que quería chillar—. ¿Has sabido algo de Ashley?

—No. ¿Y tú?

—Si hubiera sido así te lo habría hecho saber —dijo Tess rotundamente.

—Al igual que yo, Teresa —dijo Andrea—. Y no hay necesidad de que emplees ese tono conmigo. Si no sabes dónde está tu hermana, me temo que es error tuyo, no mío.

Tess tuvo que tragarse la respuesta que le vino a los labios. No serviría de nada desahogarse con la madre de Ashley. Estaba disgustada, ¿quién podría culparla? Su hija había desaparecido y ella estaba a cientos de kilómetros de allí.

—Supongo que asumí que se mantendría en contacto —dijo finalmente, sabiendo que toda la culpa no era suya—. Además hablé

con ella hace unos días.

—No me dijiste eso ayer.

—Lo olvidé —dijo Tess con un suspiro.

—O te lo guardaste a propósito para preocuparme —dijo Andrea acusadoramente—. ¿Le preguntaste dónde estaba?

No, ¿Por qué iba a hacerlo? Pero Tess se guardó la pregunta.

—No se me ocurrió —dijo ella—. En cualquier caso, se volverá a poner en contacto cuando tenga tiempo, lo sé.

—Bueno, no estoy nada conforme con esto —dijo Andrea tajantemente—. Si no hubiera sido por ese cliente de Ashley que quería hablar con ella, no me habría enterado de nada.

Ella tampoco, pensó Tess con amargura. Pero ésa era otra historia.

Entonces hubo un incómodo silencio, y antes de que Tess pudiera pensar en algo que decir, Andrea habló de nuevo.

—Ya sabes que me da la impresión de que sabes más del asunto de lo que dices. Y si Ashley se vio obligada a pedirte que la sustituyeras, es que debía de estar muy desesperada.

«Gracias».

Tess se negó a contestar a eso y Andrea siguió incansable.

—Lo único que puedo hacer es confiar en ti de momento. Pero si no has sabido nada de ella para final de semana, iré a Italia para ver yo misma lo que está pasando.

—Es tu decisión, claro.

—Sí, lo es —dijo Andrea. Era evidente que esperaba una contra argumentación por parte de Tess, y su respuesta la dejó con poco que decir—. Muy bien. En cuanto sepas algo de ella me llamas. ¿Prometido?

—Por supuesto.

De algún modo Tess colgó el teléfono sin haberle dicho a la otra mujer lo que realmente pensaba del comportamiento de Ashley. Tras colgar el auricular se quedó unos minutos mirando al vacío. Ya no le apetecía cerrar pronto la galería y pasar el resto del día en la playa. Esas supuestas vacaciones se habían convertido en un juicio. Y ella era la acusada.

No era justo. No era culpa suya que Ashley hubiese desaparecido, y no era culpa suya que se hubiera llevado al hijo de Castelli consigo. ¿Entonces por qué estaba empezando a pensar que

sí era su culpa?

Capítulo 4

TESS consiguió pasar el resto del día. Por primera vez tuvo varios clientes en potencia, y estuvo un rato hablando con una pareja de Manchester que visitaba Italia por primera vez.

Aun así se sintió aliviada cuando llegó la hora de cerrar. Regresó al apartamento y a otra noche solitaria sintiéndose como la única persona de Porto San Michele que no se lo estaba pasando bien.

A la mañana siguiente se sintió mejor. Había dormido razonablemente bien y, negándose a considerar lo que ocurriría si Ashley no aparecía, se vistió con unos pantalones cortos de algodón de color rosa y un top que dejaba ver su ombligo. ¿Por qué iba a importarle lo que pensaran los demás de su apariencia?, pensó mientras se ponía unas sandalias. Eran sus vacaciones e iba a disfrutarlas.

Con ese pensamiento en la cabeza, decidió que iba a dejar el coche aparcado aquella mañana. Un paseo hacia la galería le permitiría disfrutar de un pastel relleno de crema de la pastelería, y el ejercicio le vendría bien. La comida italiana era muy buena, pero también muy abundante.

Era otra mañana radiante. Fuera el sol brillaba, lo cual la hizo sentirse optimista. Fuera lo que fuera lo que había hecho Ashley, le había permitido conocer aquel maravilloso rincón de la Toscana. y tenía que recordar eso.

Varias personas la saludaron mientras bajaba caminando hacia la galería. No siempre entendía lo que decían, pero casi siempre contestaba con algo apropiado. Su italiano iba mejorando, y antes de que surgiera lo de Ashley, había estado pensando en regresar al país, quizá para conocer Florencia y Venecia.

El pastel que compró le supo a gloria mientras caminaba. La alarma comenzó a emitir sus sonidos habituales cuando ella llegó a la tienda, y se apresuró a desconectarla antes de abrir la oficina y dejar su mochila sobre el escritorio. Entonces, antes de que tuviera tiempo de rellenar la cafetera, el teléfono sonó.

Parecía que no podía abrir la puerta sin que alguien necesitase hablar con ella. Dejó el pastel sobre un bloc de notas que había junto al teléfono y descolgó.

—Galería Medid —dijo esperándose lo peor.

—¿Señorita Daniels?

Tess tragó saliva. Habría podido reconocer su voz en cualquier parte.

—*Signor* di Castelli —dijo ella educadamente—. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Sabe algo de su hijo?

—Ah, no —dijo él con un suspiro—. Deduzco que tú tampoco has sabido nada de tu hermana.

—No. Su madre tampoco.

—Ya veo. ¿Tú has sabido de ella?

—Ah, sí. He hablado con Andrea.

—Pareces deprimida. La madre de Ashley te culpa a ti, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? —dijo Tess con amargura—. Sí, me culpa a mí. Debería haberle preguntado a Ashley dónde iba antes de salir de Inglaterra.

—Pero tú pensabas que iba a visitar a su madre. ¿no?

—Andrea no lo ve de ese modo. En cualquier caso no podía decirle lo que Ashley me había dicho a mí.

—*Povero* Tess —dijo él gentilmente—. Esto no es fácil para ti.

—No —dijo Tess sintiendo una leve punzada de auto—compasión—. ¿Y cuál es la razón de su llamada? ¿Saber si he hablado con Ashley?

—Entre otras cosas —dijo él con tono enigmático—. *Ci vediamo, cara* —añadió, y colgó sin más explicación.

Tess colgó el auricular con un sentimiento de derrota. Tanta compasión por parte de él se le hacía rara. Por un momento, había pensado que iba a ofrecerle alguna alternativa a su dilema pero, al igual que Andrea, él no tenía soluciones fáciles. Y, al contrario que Andrea, tenía otras cosas de las que ocuparse que no fueran su situación, aunque las dos cosas estuvieran unidas.

La crema del pastel había rebosado por encima del bloc de notas, donde lo había depositado, y ella lo recogió con resignación. Pensó que era demasiado para la hora del desayuno, mientras echaba agua en la cafetera y la ponía en marcha. Poco después el sonido del agua filtrándose inundó la pequeña oficina, y el delicioso olor del café le sirvió de antídoto temporal contra su depresión.

Al darse cuenta de que aún no había abierto la galería se apresuró a abrir la puerta. La luz del sol inundaba la tienda, e hizo que tuviera que parpadear un par de veces a causa del brillo, pero todo parecía más brillante con el calor del sol.

Fuera, el paseo ya estaba muy concurrido. Los coches y los autobuses de turistas iban y venían buscando huecos donde aparcar. Había turistas y pescadores locales apoyados en el rompeolas, y más allá de la playa podían verse varios yates atravesando la bahía.

Se dirigían hacia el pequeño puerto deportivo que había al sur de la ciudad, y Tess los envidiaba. Era muy excitante poder hacer lo que quisiera en un día tan espléndido.

Con la preocupación por su hermana casi había olvidado lo que era sentirse libre, y su plan de tostarse en la playa parecía muy lejano aquel día.

Se quedó de pie en la puerta durante unos minutos contemplando las actividades del exterior, intentando no sentirse muy abatida. No quería pensar en lo que haría si Ashley no había aparecido para el viernes. No se atrevía ni a pensar en la posibilidad de que su madrastra fuese allí a unirse a la búsqueda.

Había un windsurfista en el agua. Al principio parecía bastante competente, pero Tess cambió de opinión tras observarlo un rato. Probablemente seria un veraneante, ya que cada vez que venía una ráfaga de viento lo zarandeaba hasta tirarlo al agua de cabeza.

Para alivio de Tess, su cabeza siempre volvía a salir casi al instante junto a la tabla. Ella había visto cómo lo hacían los expertos, pero aquel pobre hombre casi no podía hacer otra cosa que conducir la tabla hacia aguas más tranquilas.

Tess no pudo evitar reírse. Todos los que había en la playa estaban disfrutando del espectáculo. No estaba bien reírse, pero no podía evitarlo. Era un alivio después de tanta tensión.

—Pareces más feliz, *signorina* —dijo una voz. Ella se giró y vio a Raphael di Castelli apoyado contra el escaparate. Sus rasgos morenos le resultaron absurdamente familiares.

—*Signor* di Castelli —dijo ella sabiendo que no sonaba nada cortés, pero no había imaginado que lo vería otra vez tan pronto—. No dijo que fuese a venir hoy a la galería.

—Fue un impulso repentino —dijo él apartándose de la pared. Tess se sintió inmediatamente intimidada por su presencia. Iba vestido de forma menos formal aquella mañana, pero sus pantalones negros y su chaqueta de seda a juego no eran menos exclusivos en diseño. Pero se dio cuenta de que no llevaba corbata, a pesar de que los pelos rizados que asomaban por el cuello abierto

de su camisa proporcionaban una visión inquietante—. ¿Y quién te ha dicho que mi nombre es di Castelli? ¿Acaso has conseguido hablar con Ashley?

—No —dijo Tess poniéndose a la defensiva mientras entraba en la galería. Él la siguió.

Tess pensó que los hombres casados no debían ser tan atractivos. No quería demostrar que no era mejor que su hermana, deseando algo o a alguien que nunca podría tener—.

Además, ése es su nombre, ¿no? Me han dicho que es usted toda una celebridad por aquí.

Él entornó los ojos. Era obvio que no le gustaba la idea de que hubiese estado hablando de él con otras personas.

—¿Es eso lo que te dijo tu informador? —preguntó—. Me temo que está equivocado. O

quizá tú lo malinterpretaste.

—No lo creo —dijo ella mientras se dirigía a subir las persianas, cualquier cosa para disipar la atracción que sentía al estar a solas y a oscuras en una habitación con él—.

¿Olvidó algo?

Castelli elevó una ceja. Era evidente que, al contrario que ella, él había tenido mucha experiencia con el sexo opuesto. Pero debía de saber por la actitud de Tess, que no lo quería allí, aunque parecía disfrutar al verla incómoda.

—De hecho iba de camino a Viareggio y te vi en la puerta —dijo finalmente siguiéndola con la mirada mientras ella se movía por la sala—. Parecías triste.

—No tiene por qué sentir pena por mí, *Signor* di Castelli —dijo ella secamente—.

Simplemente estaba haciendo tiempo hasta que estuviera listo el café.

—Si tú lo dices, *cara.* Pero sé lo que vi en tu cara.

—En realidad estaba observando a un windsurfista —dijo ella poniéndose rígida—. Me hizo reír. Quizá confundió mi expresión con la suya propia.

—No te pongas a la defensiva, *cara.* Es normal que sientas que tu excursión no está saliendo como planeaste.

—Tiene razón —dijo Tess mientras se dirigía a la oficina—. Ahora, si me disculpa..

Si pensaba que iba a marcharse así, sin más, se equivocaba. Mientras estaba de pie frente al escritorio, mirando los nada apetecibles restos de su desayuno, una sombra se cernió sobre la mesa.

—Ven conmigo —dijo él, asustándola más por sus palabras que por su apariencia. Tenía una mano colocada a cada lado de la puerta.

Su chaqueta estaba abierta, y Tess pudo notar su estómago plano y el modo en que su cinturón estaba ligeramente abrochado sobre sus caderas. Los músculos de su pecho hacían que los botones de la camisa apareciesen apretados. Aquella visión desencadenó una ola de calor por todo su cuerpo.

Al darse cuenta de que lo estaba mirando como una adolescente, Tess desvió la mirada hacia el pastel.

—No puedo —dijo sin darse tiempo para considerar la proposición. Él debía de saber que iba a negarse porque si no nunca se lo habría ofrecido—. Lo siento. Pero es muy amable de su parte.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —preguntó ella.

—¿Por qué no puedes venir conmigo? —preguntó él de nuevo—. Hace un día precioso,

¿no?

—No. Eso es, sí —dijo ella sabiendo que debía parecer una completa idiota, pero no era su culpa. No tenía ningún derecho a ponerla en aquella situación—. Hace un día precioso pero no puedo abandonar la galería.

—¿Porque Ashley te pidió que te quedaras aquí? —preguntó él sardónicamente—. Sí, ya veo que sientes la necesidad de ser leal con ella.

—No hace falta ser sarcástico. En cualquier caso, tengo que estar aquí por si llama.

—¿Crees que llamará? —preguntó Castelli apartándose de la puerta.

—Quizá —dijo Tess encogiéndose de hombros.

—Y quizá no —dijo él rotundamente—. Tengo la sensación de que tu hermana no se pondrá en contacto contigo hasta que no esté lista para regresar.

Tess tenía la misma sensación. No quería admitirlo, pero sería

contraproducente para Ashley contactar con ella si se había tomado tantas molestias en mantener su paradero en secreto.

—Da igual —dijo ella mientras buscaba la caja de pañuelos que Ashley guardaba allí. Sacó un par de ellos y comenzó a recoger los restos del pastel—. Prometí hacerme cargo de la galería y ya está.

Castelli meneó la cabeza y le quitó los pañuelos de la mano.

—Déjame a mí —dijo él mientras recogía las migas del pastel.

Tess sintió un escalofrío ante la asociación automática que sus sentidos hicieron de sus palabras.

Quena protestar, decirle que era perfectamente capaz de limpiar lo que ensuciaba, pero no lo hizo. En vez de eso se quedó en silencio mientras él arrancaba unas cuantas hojas del bloc de notas y lo tiraba todo a la papelera.

—La mujer de la limpieza lo limpiará —dijo él al ver la mirada ansiosa de Tess. Entonces se miró las manos y agregó—. Tienes baño, ¿no?

Tess se echó a un lado y señaló la puerta que daba acceso al pequeño lavabo. Cuando él salió tras haberse lavado las manos, apoyó la cadera sobre el escritorio, se cruzó de brazos y dijo:

—¿Es que no vas a ofrecerme una taza de café?

Tess se había olvidado completamente del café, así que tomó una taza vacía y la llenó cuidadosamente. Sus manos no estaban del todo firmes, pero consiguió no derramarlo y le entregó la taza.

—No tengo leche ni azúcar.

—¿Por qué estropear una buena taza de café? —preguntó él con suavidad, aunque ella sospechó que se arrepintió de sus palabras cuando probó el amargo brebaje—. Mmm

—dijo con una amable sonrisa, pero dejó su taza muy deprisa—. Tiene un sabor especial,

¿no?

—Está pasado —dijo Tess, tentada de decirle que no le había pedido que se uniera a ella—.

Estoy segura de que usted está acostumbrado a cafés mejores.

—Yo también estoy seguro —dijo él sin ninguna modestia—. Si vienes conmigo hoy te lo demostraré.

—He dicho que no puedo —dijo ella negando con la cabeza.

—¿Porque no confías en mí, quizá?

—La confianza no tiene nada que ver con esto —dijo ella,

aunque él tenía razón. No conocía apenas nada de él.

—¿Entonces cuándo? —preguntó él mientras echaba un vistazo a la galería—. No tienes clientes. No creo que nadie se sintiese desilusionado si cerraras. Por eso Scottolino está pensando en llevarse el negocio a Florencia.

Tess se dio cuenta de que estaba hablando del dueño de la galería.

—¿El señor Scottolino se va de San Michele? —preguntó sorprendida—. ¿Lo sabe Ashley?

—Lo dudo —dijo Castelli—. Augustin no es el típico hombre que mantiene a sus empleados informados de sus planes. Sobre todo si significa que tu hermana se quedará sin trabajo.

—¿Y las pesquisas que usted está realizando no habrán estropeado su reputación?

Su sarcasmo fue evidente y Castelli extendió las manos.

—Estás siendo injusta, Tess. No soy tu enemigo.

«Usted tampoco es mi amigo», pensó Tess, pero la manera en que pronunciaba su nombre volvió a hacerle sentir un escalofrío. Incluso había imaginado que lo habría olvidado. Era Ashley la que le interesaba. Sin embargo cuando pronunciaba su nombre con esa voz profunda y oscura, Tess sentía que todo le daba vueltas.

Por fortuna él no lo sabía, pero ella sí, y eso la molestaba. Como consecuencia su tono fue más frío de lo que le hubiera gustado cuando dijo:

—Aún no me ha dicho cómo conoció su hijo a Ashley. Considerando la opinión que le merece la relación, no creo que fuera una circunstancia agradable.

Castelli se quedó callado tanto tiempo que ella pensó que no iba a contestar.

«No quiere decirme que Marco quiere ser pintor», pensó ella.

Pero se equivocaba.

—Se conocieron el pasado septiembre —dijo él finalmente—. En la vendimia. Siempre hay una fiesta cuando las uvas están listas para ser pisadas. Supongo que alguien invitó a tu hermana. Durante una noche al año mantenemos las puertas de la casa abiertas.

—Entonces usted también debió de conocerla.

—Como ya te dije, estoy informado de que así fue —dijo él encogiéndose de hombros—.

Había mucha gente. , No la recuerdo.

—Supuse que se habían conocido en la galería ya que a Marco le interesa el arte.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó Castelli mirándola fijamente —. Parece que tú también has estado haciendo averiguaciones. Los intereses artísticos de mi hijo aparecieron después de conocer a tu hermana. Fue una excusa para visitar la galería, nada más.

—Parece muy seguro.

—Marco nunca había mostrado aptitudes para el arte con anterioridad. Es un estudiante de ciencias. Siempre ha estado más interesado en la realidad de la vida.

. —Ah, pero ¿no fue Jean Cocteau el que llamó al arte «la ciencia en la carne»? Y no podrá negar que Leonardo da Vinci era un científico, además de uno de los pintores más influyentes de su tiempo.

—Estás decidida a ganar esta pelea, ¿no? Y cuando se trata de citas de los clásicos, obviamente tienes ventaja. Pero, por favor, no me digas que el ensimismamiento de Marco por tu hermana es, como dijo Ruskin, «la expresión de un alma hablando con otra», porque no me lo creo.

Tess se quedó desconcertada por sus conocimientos, pero no sorprendida. Raphael di Castelli parecía ser un hombre muy inteligente y, contrariamente a lo que había dicho, Tess dudaba tener ventaja sobre él. Pero comprendía sus sentimientos, comprendía que debía de ser una frustración para él que Ashley hubiera causado esa disconformidad entre su hijo y él.

—No entiendo lo que puede estar pensado Ashley —dijo ella—. Su madre cree que debería denunciar su desaparición a la policía.

—¿La policía? —preguntó él desconcertado—. Pero esto no es un asunto criminal.

—No —dijo Tess—. He conseguido convencerla de que no es necesario de momento.

—Gracias.

Obviamente él se sentía aliviado y, aprovechándose de su debilidad momentánea, Tess dijo:

—Supongo que su investigador no ha llegado a ninguna conclusión.

—No —dijo él resignado—. Aún está en Génova investigando las

agencias de coches. Aún no ha tenido suerte.

—Lo siento —dijo Tess, y realmente lo sentía. Lo sentía tanto por él como por ella misma.

—No te estás haciendo una imagen muy favorable de mi país, ¿verdad, Tess? ¿O quizá debería decir de mi familia? A pesar de su edad, sé que Marco también es culpable.

—Gracias por decir eso —dijo ella con una sonrisa.

—Un placer —dijo él con voz suave—. No eres en absoluto como tu hermana, ¿verdad, pequeña?

A pesar de la referencia a su tamaño, la súbita intimidad de sus palabras no pudo ser ignorada y Tess contestó lo primero que le vino a la mente.

—¿Está seguro de que están en Génova, *signorel* —preguntó—. ¿Es una ciudad grande?

—Es una ciudad muy grande —dijo él con amargura—. Y en este punto ya no estoy seguro de nada. Por eso voy a Viareggio. Puede que Marco le haya contado sus planes a su hermana.

—¿A su hermana? No sabía que tuviera una hermana.

¿Y por qué iba a saberlo? Castelli en ningún momento le había explicado los detalles de su familia. Pero por alguna razón se había imaginado que Marco era hijo único. O

quizá eso era lo que había deseado. Si Castelli tenía más hijos significaría que estaba más fuera de su alcance.

—Mi hija se casó a finales del año pasado —contestó él—. María, ése es su nombre, ella y Cario, su marido, tienen un pequeño albergue en un pueblo no muy lejos de la ciudad.

Si vienes conmigo podrás conocerla por ti—misma.

Tess tomó aliento. No esperaba que fuese a insistir con la invitación, y volvió a sentirse incómoda. Sabía que debía decir que no. Cerrar la galería sería una irresponsabilidad.

¿Cómo se sentiría su hija si su padre aparecía con una extraña?

No podía hacerlo. A pesar de que la idea de tomarse el día libre era irresistible, tenía que mantener la cabeza fría. Los hombres italianos tenían fama de mujeriegos, y él era un hombre casado además. Estaría loca si se dejase llevar por él.

—Lo siento —dijo Tess finalmente—. No creo que a su mujer le gustara la idea.

—¿Mi mujer? ¿Qué tiene que ver mi mujer con que yo te pida

que me acompañes en el viaje?

—Bueno —dijo Tess, que sentía la cara ardiendo. Sonaba como si le estuviera atribuyendo motivos que en realidad no tenía—. Pensé que, bueno, que el resto de su familia pensaría mal si se presentara con una desconocida.

—Ah, herniosa mujer, cosí intendil —dijo él, y Tess sintió que no le quedaba aire que respirar—. Piensas que mi mujer y mi hija no aprobarían mi amistad con la atractiva hermana de la enamorada de mi hijo, ¿no?

Tess jamás se había sentido tan avergonzada en su vida.

—No puede decirse que seamos amigos, signore. Lo que quería decir es que. .

—Sé lo que querías decir, Tess. Relájate. No hay conflicto de intereses. Sólo está mi hija.

Mi mujer y yo llevamos vidas separadas.

—Pero ella aún vive en la casa, ¿no?

—No vive en mi casa, Tess. Estamos divorciados. Gina vive en Nueva Cork.

Capítulo 5

ELLA no pareció convencida y Rafe se dio cuenta de que el divorcio todavía no era algo muy común en su país. Hasta su madre se había mostrado horrorizada ante tal situación. Los católicos no se divorciaban, le había dicho en varias ocasiones. Los votos matrimoniales habían de durar.

Pero Rafe no creía que nadie tuviera que estar condenado a pasar su vida con alguien que se tomaba los votos a la ligera. Alguien que, según él sospechaba, se había casado con él para escapar de las dictatoriales normas de su anciano padre.

—Lo siento —dijo Tess—. En realidad no es asunto mío. —No —dijo él al darse cuenta de que lo que hacía no era típico de él. Era demasiado mayor para estar flirteando con una mujer que casi podría ser su hija. Él tenía cuarenta y tres años. Era lo suficientemente mayor para tener algo de sentido común.

—En cualquier caso —prosiguió Tess—. No debo entretenerlo. ¿Me lo dirá si su hija sabe dónde pueden estar?

Rafe sintió que su determinación se tambaleaba. Maldita sea, ¿qué había de malo en invitarla a ir con él a Viareggio? No era como si tuviera motivos ocultos para hacerlo.

Era la hermana de Ashley. Merecía saber lo que pasaba.

—Pensé que querrías preguntarle a María tú misma dijo él—. ¿No puedo convencerte para que cambies de opinión?

—Oh, de verdad —dijo ella—. No podría ir vestida así. —¿Por qué no? —a él le parecía que estaba perfecta, con sus piernas al descubierto. ¿Y cuándo se había dado cuenta de eso?—. No es una visita formal. Debes de haber pensado que lo que llevas era apropiado para venir al trabajo, ¿no?

Tess se encogió de hombros y volvió a llamar su atención una vez más. En esa ocasión se fijó en la porción de piel que quedaba al descubierto entre su top y sus pantalones.

—No sé —murmuró ella—. ¿Cuánto tiempo estaría fuera de la galería?

—Dos horas. ¿Importa eso? ¿Qué es más importante? ¿Tener contento al jefe de tu hermana o encontrar a Ashley?

—Bueno, encontrar a Ashley, claro.

—¿Entonces nos vamos? —preguntó Rafe inclinando la cabeza y sabiendo que no le dejaba otra opción. Ella se encogió de hombros

y tomó su bolso.

Rafe había aparcado el Ferrari en una zona no permitida y pudo ver cómo Tess se sorprendía al observar su audacia. O quizá solo estaba impresionada por el coche, aunque lo dudaba. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que las posesiones materiales no eran muy importantes para Tess Daniels. Lo cual era una novedad.

—Supongo que tu coche vale más que el trabajo de cualquier vigilante de parking —dijo ella mientras se sentaba en el asiento del copiloto.

Él se sintió indignado. No hacía falta que le recordara que las autoridades a veces hacían la vista gorda ante sus imprudencias. Pero dudaba que cualquier cosa que dijese en su defensa fuese a hacerla cambiar de opinión.

—¿Estás cómoda? —preguntó.

—¿Cómo podría no estarlo? —preguntó ella mientras Rafe encendía el motor—. Es un Ferrari, ¿no? He visto el caballo en el capó.

—Es un semental —dijo él, y luego deseó haberse quedado callado cuando ella habló.

—Ah, sí. Un semental italiano, lo había olvidado.

Rafe miró por el retrovisor y salió a la carretera. Pero las palabras de Tess resonaban en su cabeza. —Espero que eso no fuera una crítica. Ella separó los labios y giró la cabeza para mirarlo. —No sé lo que quieres decir —dijo mientras se retiraba algunos mechones de pelo de la cara.

—No importa —dijo él, aunque sabía perfectamente que sí sabía lo que quería decir. No podía dejar de pensar en que estaba sentada a su lado, con sus brazos al descubierto sólo a unos centímetros de su manga. Estaba atento a la manera en que sus pantalones cortos rodeaban sus muslos.

—¿Conoces Viareggio, *signorina?* —Nunca antes había estado en Italia, así que me temo que lo único que conozco es Porto San Michele. Y mi nombre es Tess. Sé que no lo has olvidado. ¿O es que te he ofendido y por eso te has puesto tan formal?

Estaban dejando la pequeña ciudad a sus espaldas, y el puerto dio paso a una carretera costera que se dirigía hacia el **sur.** Pero rafe no estaba pensando en el elegante puerto deportivo de Viareggio. Se preguntaba cómo contestarle sin que pareciese que

estaba yendo demasiado lejos.

—No me has ofendido —dijo finalmente con un tono neutral—. No me ofendo tan fácilmente. Pero quizá tengas razón. No nos conocemos el uno al otro muy bien.

—¿Entonces por qué me invitaste a venir? —preguntó ella, y Rafe apretó los dedos sobre el volante. «Buena pregunta», pensó él.

—Ya sabes por qué te he invitado —dijo con firmeza—. Para que pudieras hablar con María.

—Mmm —dijo sin sonar muy convencida—. ¿Crees que mi presencia la animará a hablar?

Si es que sabe algo, claro.

—No lo sé. Pero como es tu primera visita a Italia, supuse que te gustaría ver algo más del país.

—Pero no sabías que era mi primera visita hasta que te lo he dicho.

—No —dijo él con impaciencia—. Tú ganas. Quería tu compañía. Demándame.

—¿Querías mi compañía? —repitió ella—. ¿Por qué?

Si hubiese sido otra persona, Rafe hubiese pensado que estaba buscando que le dijese algún cumplido. Pero no con Tess. Había en su cara una expresión de perplejidad demasiado evidente que lo hizo sonreír.

—No sé más cosas de las que te he dicho del paradero de Ashley —continuó ella—. Quiero encontrarla tanto como quieres tú. Y si piensas que. .

—Te creo, *cara* —la interrumpió él gentilmente—. Sé que no me has mentido. ¿Por qué no iba a disfrutar de la compañía de una mujer joven? ¿Sólo porque tenga más de cuarenta significa que no puedo estar. . en el mercado?

Ella abrió mucho los ojos por un momento y negó con la cabeza.

—Me estás tomando el pelo. Es muy amable de tu parte, pero no creo que debieras.

Conozco mis limitaciones mejor que nadie.

—¿Y cuáles son?

Ella se puso colorada. Con la cara sin rastro de maquillaje y el pelo despeinado en su cabeza, parecía una adolescente, y Rafe se quedó de nuevo maravillado al pensar que era mayor que su hermana. Por las descripciones de Verdicci, sabía que Ashley era

más sofisticada y más viajada. Sabía lo que quería e iba a por ello, sin importar a quien hiciera daño. Incluyendo a su propia hermana.

—Son muchas como para decirlas ahora —dijo ella finalmente mientras observaba el paisaje—. Oh, ¿eso de allí es un monasterio?

—Creo que es una iglesia. Quedan muy pocos monasterios por aquí. Quedan las ruinas, claro, si es que te interesan. Pero me temo que la idea de los sacerdotes no me inspira ningún entusiasmo.

—¿Por lo de tu divorcio? —preguntó ella con inocencia.

—No —dijo él con una sonrisa mientras la miraba—. No creo que pueda culparlos por eso.

—¿Entonces por qué?

—Me educaron los jesuitas —dijo él—. Los cuales, como sabrás, no son conocidos por su misericordia ni su piedad. Fue hace mucho tiempo, pero no lo he olvidado.

—¿Fuiste a la escuela aquí, en la Toscana?

—No. Fue en Roma. El mayor deseo de mi madre era que entrara en el sacerdocio.

—¿El sacerdocio?

—Raro, ¿verdad? ¿Es lo que piensas? ¿Que un hombre que se casa y se divorcia debería haber sido carne de sacerdocio?

—No. Sólo es que me sorprende, eso es todo. Nunca había conocido a un sacerdote en potencia.

—Yo nunca fui un sacerdote en potencia —dijo él—. Ése era el sueño de mi madre, no el mío. Por suerte mi padre era más práctico. Yo era su único hijo. Tenía que heredar el viñedo.

—¿Tu padre sigue vivo?

—No. Murió hace casi veinte años.

—Debía de ser muy joven.

—Tenía cincuenta. Pero siempre había sido un fumador empedernido. Sabía el riesgo que corría, pero no pudo dejarlo.

—Mi padre también murió —dijo ella, confirmando algo que él ya sospechaba—. Murió de un ataque al corazón el año pasado.

—Ah. ¿Lo echas de menos?

—No tanto como lo habría hecho si hubiéramos vivido juntos —admitió Tess sinceramente—. Como creo que ya te dije antes, me crié con mi tía cuando mi madre murió. Después, tras la Universidad, cuando empecé a enseñar, me mudé a otro lugar del país. Papá y yo nos veíamos de vez en cuando, pero nunca volvió a

ser lo mismo.

—Me da la sensación de que tu madrastra tiene mucho que ver con eso. Me temo que se parece demasiado a su hija.

—Oh, no pasa nada con Andrea —dijo Tess—. Ella siempre quiso tener sólo un hijo. No estaba preparada para dos.

—Pero ella debía de saber que tu padre era un padre soltero antes de casarse con él

—señaló Rafe mientras Tess observaba un insecto que se había posado en su pierna.

—¿Esto es un mosquito? —preguntó ella, desviando la conversación a propósito. Rafe lo espantó automáticamente sin darse tiempo a pensar lo que hacía.

Fue cuando su mano se colocó de nuevo sobre el volante cuando se dio cuenta de lo que había hecho. Tuvo que recordar que no se trataba de su hija. Ni siquiera era su prima. Tess era una extraña y la estaba tratando como a una amiga. O más que a una amiga. Se dio cuenta de que deseaba volver a tocarla, en lugares calientes, húmedos y prohibidos.

Los dos se quedaron en silencio, cada uno ocupado en sus pensamientos, fingiendo un interés en los alrededores que Rafe sentía que ninguno tenía. O quizá sólo se lo estaba imaginando. En cualquier caso él ya era demasiado mayor para esos jueguecitos infantiles.

—Eso es Viali —dijo él tratando de recobrar su calma—. La verdad es que actualmente es una extensión de Viareggio. El puerto se ha extendido mucho. Pero Viali es precioso.

Tiene personalidad propia. Y aunque no puede competir con la arquitectura *art nouveau* por la que es conocida Viareggio, mucha gente lo prefiere.

—¿Es ahí donde vive tu hija? —preguntó Tess.

—Su *albergo* está situado justo a la salida de Viali, camino de Viareggio. No tendrán muchos huéspedes en esta época del año. Maria tendrá tiempo para hablar con nosotros.

La Villa Puccini parecía elegante a la luz del sol de mediodía. La vegetación exuberante proporcionaba un paisaje colorista en el que resaltaban las paredes color crema de la villa. Y la piscina de aguas cristalinas brillaba frente al mar. Al ver la cara de Tess, Rafe sospechó que le resultaba más atractivo de lo que había esperado en

un principio, y a él le hacía ilusión ver a su hija.

—¿Es esto? —preguntó ella mientras atravesaban un portón de piedra con el coche.

—¿Te gusta? —preguntó él—. La familia de Cario está involucrada en la industria de la hostelería. Ésta es una de sus propiedades más pequeñas y la primera que Cario lleva por sí solo.

—Una de las más pequeñas —repitió Tess con incredulidad—. Es mucho más grande de lo que había imaginado. Pensé que un albergue era algo en plan alojamiento y desayuno, como en Inglaterra.

—Creo que estabas pensando en un albergue francés. Un *albergo* aquí es un hotel. A veces grande, a veces pequeño. La Villa Puccini es de un tamaño intermedio.

Tess asentía con la cabeza mientras atravesaban los campos llenos de flores. Al fondo divisó un conjunto de pequeños edificios color naranja. Era evidente que la villa había sido reconstruida durante los años. Algunas casas eran más altas que otras. Pero el efecto general era encantador, colocado como estaba todo en el corazón de la bahía.

—Me parece impresionante —dijo ella, y Rafe vio cómo volvía a mirarse las piernas con mirada angustiosa.

—Es un hotel de vacaciones —dijo él—. Y tú tienes el aspecto de un huésped —añadió.

Apagó el motor y se quitó el cinturón de seguridad—. Pienso quitarme esta chaqueta tan pronto como salga del coche.

Ella no parecía del todo convencida y, ahora que estaban allí, Rafe no podía evitar sentirse un poco atemorizado. Era la primera vez que llevaba a una mujer a casa de su hija. Y no importaba lo mucho que se repitiese a sí mismo que sus motivos eran inocentes, porque sabía que no tenía ninguna necesidad de llevar a Tess consigo.

Ella se desabrochó el cinturón y salió del coche antes de que él pudiera decir nada. Con el sol dándole en la cara parecía absurdamente joven y hermosa. Mientras se quitaba la chaqueta y se la echaba al hombro, Rafe tuvo que admitir que María sospecharía algo.

No es que ella no le hubiese instado a encontrar a alguien durante los últimos seis años. Pero aquella chica inglesa con aire de

adolescente no era a lo que ella se refería.

Pero, antes de que pudiera elaborar cualquier argumento en su defensa, oyó cómo su hija lo llamaba. Se acercaba desde los jardines. Llevaba una cesta con flores blancas y amarillas. El pelo de Maria, que era oscuro como el de él, pero más largo, estaba recogido con una trenza, y el vestido que llevaba resaltaba muy bien su bronceado.

Parecía tan elegante como los alrededores. Era consecuencia de la teoría de su madre de que una mujer siempre ha de tener el mejor aspecto posible, en cualquier circunstancia. Incluso aunque hubiera estado plantando algo, lo cual en el caso de Maria era bastante improbable. A su hija le encantaba recoger flores, pero dejaba que la plantación la hiciera otra persona.

El contraste entre ella y Tess era evidente. Y era obvio que ninguna de ellas apreció la comparación. Cuando Tess se acercó, vio cómo Maria arqueaba las cejas, y Rafe observó que, por mucho que se alegrara de ver a su padre, no le importaba que hubiera llevado a una extraña sin avisar.

—Papá —lo saludó cariñosamente mientras se daban dos besos. Pero entonces, con un cambio evidente de actitud, prosiguió—. *Avresti dovuto dirmelo che. .*

—*Inglese, Maria, per favore* —la interrumpió su padre con suavidad mientras se giraba hacia Tess—. Tess, ésta es mi hija, Maria. Maria, ésta es Tess Daniels. Supongo que recordarás que su hermana es la que lleva la galería Medici en San Michele.

Hubo un momento en el que a Rafe le pareció que Maria se sentía culpable.

Obviamente reconoció el nombre, aunque trató de ocultar su reacción.

—*Buongiomo, signorina* —dijo Maria, olvidando en su confusión que su padre le había pedido que hablara inglés—. *Scusi, papa. Non ricordo.* ¿Qué tal, señorita Daniels? ¿Está disfrutando de sus vacaciones?

—Tess no está de vacaciones —señaló Rafe antes de que Tess pudiera explicarse. Lo último que quería después de ver la reacción de su hija era que sospechara de la razón por la que estaban allí—. Ella está a cargo de la galería mientras su hermana está fuera

—prosiguió él, y le puso una mano en el hombro a Tess—.

Espero que no te importe que la haya invitado a venir y ver los alrededores.

—Deberías habernos dicho que veníais, papá —dijo Maria apretando los labios—. ¿Es su primera visita a Italia, señorita Daniels?

—Me temo que sí —dijo Tess, y Rafe supo que debía de estar culpándolo a él por dentro por haberla llevado—. Y, por favor, llámame Tess. Es un lugar precioso. Tu padre no me dijo que esto sería así.

María se suavizó un poco, pero no paraba de observarlos atentamente y Rafe se vio obligado a retirar la mano del hombro de Tess.

—Sí. Es precioso —dijo Maria, y se dirigió a su padre—. ¿Vais a quedaros a comer, papá, o es una visita corta?

—No tenemos prisa, *cara* —dijo Rafe encogiéndose de hombros —. Pero tenemos calor y estamos sedientos. Una soda fría sería perfecta. Ya decidiremos lo de la comida más tarde.

Maria parecía como si hubiese preferido una explicación de algún tipo sobre los motivos de su presencia allí antes de ofrecerles ninguna bebida. Rafe dudaba que se hubiera tragado la historia de que quería enseñarle a Tess la zona. Pero la cortesía indicaba que tenía que ser una anfitriona correcta, así que sonrió y dijo:

—*Ma certo,* papá. Por favor, venid conmigo. Podemos beber algo en el jardín.

Capítulo 6

LA HIJA de Castelli los condujo a través de un camino rodeado de robles y cipreses.

Finalmente emergieron a una terraza privada y Tess vio a unos cuantos huéspedes tumbados en la playa. Había sillas a rayas, toldos inclinados y patinetes. Algunos niños chapoteaban en la orilla, buscando conchas, mientras sus padres tomaban el sol tumbados en las toallas.

No exageraba cuando le había dicho a Maria que era un lugar precioso. El pequeño pueblo de Viali ocupaba un saliente en la costa. La playa era profunda y había una distancia hasta el agua, con dunas y cactus.

La terraza donde Maria los llevó estaba separada de las zonas públicas por un enrejado lleno de flores. Había una mesa con varias sillas bajo una enorme sombrilla color verde. Enseguida apareció una chica vestida con uniforme de sirvienta que les preguntó si querían algo.

Maria pidió los refrescos, y le preguntó a su padre antes de añadir una botella de Chianti al pedido. Entonces, tras entregarle a la chica la cesta con flores, le indicó a Tess que se sentara.

Todo era muy educado, muy civilizado, pero Tess sabía que la hija de Castelli no se alegraba de verla. Pero lo disimulaba muy bien, debido sin duda a la influencia de su padre. Pero era evidente que la consideraba una intrusa.

Y lo era, pensó Tess con amargura. Nunca debería haber aceptado el ir allí. Con aquel viaje no iba a conseguir nada más que acentuar la gran diferencia que existía entre el estilo de vida de Castelli y el de ella y Ashley.

A no ser que fuera eso lo que pretendía en un principio, pensó ella mientras apoyaba los codos sobre la mesa y la barbilla sobre las manos. Aunque no entendía qué influencia creía él que ella tenía sobre su hermana. La situación era cada vez más extraña y aquélla debía ser la última vez que dejaba que él tomase decisiones por ella.

Él se había sentado a su lado, había dejado la chaqueta en el respaldo y se había remangado la camisa. Colocó su brazo fuerte y bronceado sobre la mesa, sólo a unos centímetros de su codo, así que ella se apartó inmediatamente de la mesa y se recostó en la silla.

No se había olvidado del tacto de sus dedos contra su muslo al espantar el mosquito, ni cuando le había puesto la mano en el hombro momentos antes. Ella sabía que era una estupidez pensar en eso, pero había algo casi posesivo en la manera en que la tocaba.

Probablemente lo había hecho para evitar que siguiese hablando y contase los motivos de su visita, pero aquello no había podido evitar la reacción nerviosa que se había desencadenado en su estómago.

¿Lo habría notado María? Había visto cómo le ponía la mano en el hombro, y era casi seguro que estaría especulando sobre la posible relación que podrían tener. Pero aquella visita era mucho más inocente de lo que parecía. María no tenía por qué preocuparse.

La sirvienta regresó con un carrito. De la pequeña nevera que llevaba, sacó una jarra con zumo de naranja recién exprimido, otra de lo que parecía ser limonada, y una jarra pequeña con nata. Sobre el carrito había una cafetera y algunas tazas pintadas a mano, al igual que un plato con galletas de almendra y la botella de vino que Castelli había pedido.

También había vasos y un estrecho jarrón con una rosa roja. La chica colocó todo sobre la mesa junto con las servilletas, y se tomó la molestia de servirlo todo, probablemente para que su jefa no tuviera ninguna pega, pensó Tess.

—*Grazie.*

Fue Castelli quien se lo agradeció, con una sonrisa que hizo a la muchacha sonrojarse.

Tess se dio cuenta de que tenía esa habilidad para hacer que cualquier mujer se sintiese importante. Habría de recordar eso también. No sería bueno para ella pensar que su interés por ella iba más allá de lo puramente egoísta.

Aun así había habido un momento en el coche en el que habían podido hablar sin dificultad. Le había contado algo sobre su niñez, y ella le había contado cómo se sintió cuando su padre murió. Era fácil hablar con él, y por un momento ella había olvidado lo que estaba haciendo allí y hacia dónde se dirigían. Sin embargo, cuando sus preguntas habían sido muy personales, Tess había cometido el error de usar el insecto como distracción, y de pronto se había dado cuenta de lo ingenua que era.

La manera en que la había mirado en aquel momento estaba muy lejos de ser impersonal. Había notado su mirada sobre ella como ya había hecho una vez, y había visto la curva de su boca esbozando una ligera sonrisa. La había mirado como si estuviera imaginando cómo se comportaría en la cama, pensaba Tess. Aquello la había dejado confusa y débil.

Claro que, momentos después, ella estaba convencida de que lo había imaginado todo.

No había vuelto a repetir aquella mirada. De hecho, había estado en silencio el resto del viaje. No había ayudado el hecho de que a ella no se le hubiera ocurrido nada que decir. Lo único que había hecho era pegarse a la ventanilla como si la mirada de un hombre la asustara horrores.

Pero era absurdo estar pensando en ese tipo de cosas allí, con su hija mirándola con suspicacia y con el propio Castelli a centímetros de distancia. Pensó que aquello se estaba complicando mucho. No quería involucrarse de ninguna manera, ni con él ni con nadie más.

—Y, dime, papá —dijo Maria cuando la sirvienta desapareció—. ¿Cómo llegaste a conocer a la señorita. . Tess?

—Teresa —la corrigió Castelli—. Nos conocimos en la galena Medici, naturalmente. Yo buscaba a su hermana y ella no estaba allí.

—¿No? —dijo Maria, y Tess se preguntó si sólo fingía tener interés—. No sabía que tenías contacto con la galería, papá.

—No lo tengo —dijo Castelli—. Pero tú hermano sí, *capisce?*

—¿Marco? —dijo María—. *Maperché? Prego.* ¿Por qué?

—¿Es qué tú no lo sabes? No me mientas, María. Tú sabías del súbito interés de Marco por la pintura. Le he oído hablar de sus aspiraciones contigo.

—Bueno, sí —dijo Maria elevando sus hombros a la defensiva—. ¿Pero por qué iba yo a asociar su interés por la pintura con la galería Medici?

—Tú me dirás —dijo Castelli entornando los ojos.

Maria le dirigió una mirada malévola a Tess. Si hubiera podido, Tess habría abandonado la mesa en ese momento, pues estaba tan incómoda con la situación como Maria. Pero ella era una extraña allí. Ni siquiera sabía dónde estaban los baños. Y se suponía que ella también debía observar las reacciones de la chica. ¿Sabía dónde

estaba su hermano o no?

—No sé de lo que estás hablando, papá —dijo Maria finalmente mientras se servía zumo en un vaso lleno de hielo. Le temblaba la mano y derramó parte del zumo de naranja en la mesa. Tomó una servilleta para limpiarlo y se dirigió a Tess—. ¿Zumo o café?

—Zumo está bien —dijo Tess, sin querer arriesgarse a que le derramase el café encima—.

Gracias.

—¿Papá?

Castelli se movió en su asiento y rozó con el muslo la pierna de Tess, que no pudo evitar sobresaltarse. A pesar de su determinación por no acercarse a él, no podía evitar la reacción que sentía ante el contacto físico. Su muslo era duro y cálido y masculino, y sintió cómo el calor que generaba su cuerpo se extendía por su abdomen y entre sus piernas.

Ella dudaba que Castelli se hubiese dado cuenta de lo que ocurría. Al fin y al cabo,

¿qué ocurría? Sólo un roce sin importancia de su pierna contra la de ella. Era su problema si era demasiado sensible. Castelli estaba totalmente concentrado en su hija.

—Chianti —dijo él tras un momento señalando hacia la botella —. Pero no me cambies de tema, Maria. Marco ha desaparecido. Si averiguo que tú sabes dónde está, no te lo perdonaré.

—¿Qué quieres decir, papá? ¿Marco ha desaparecido?' ¿Se ha escapado?

—No seas melodramática, Maria. Creo que tú sabes muy bien lo que está pasando. Pero en caso de que tengas alguna duda, deja que te lo explique. Tu hermano se ha fugado con Ashley Daniels, la hermana de Tess.

Tess no tuvo claro entonces lo que significaba la reacción de Maria. Estaba sorprendida, pero era imposible saber si su sorpresa era por el comportamiento de Marco o porque su padre la hubiera pillado.

—Pero, no puede ser —dijo finalmente con voz temblorosa—. ¿Dices que Marco tiene algún interés en la mujer que lleva la galería Medici? Eso es ridículo. Es demasiado mayor para él.

Tess decidió no ofenderse ante las palabras de Maria. Al fin y al cabo tenía razón, Ashley era demasiado mayor para Marco. Todos

estaban de acuerdo en eso.

—Tú sabías que se veía con ella, ¿no?

—Sé que visitaba la galería —dijo Maria con un suspiro—. Pero visitaba muchas galerías, papá. Me dijo que le interesaba el arte. ¿Por qué iba yo a pensar que sus visitas a esa galería significaban más que las demás?

—¿Porque te lo dijo? —sugirió su padre—. Maria, no soy tonto. Marco te lo cuenta todo. Si estaba interesado en esa mujer, no podía habértelo ocultado.

—Tienes que creerme, papá. ¿Crees que yo lo habría animado a hacer algo así?

—No digo que lo animaras —respondió Castelli—. Creo que eres demasiado sensata para eso. Pero sí creo que te mencionó su interés por esa mujer. ¿Te dijo qué tipo de relación tenían?

—No me lo creo.

—¿El qué no te crees? ¿Que Marco esté embobado por una mujer mayor? ¿O que te haya ocultado sus sentimientos?

—Que pueda ser tan.. estúpido —exclamó Maria mirando a Tess como si ella fuera la culpable—. Bien, papá. Yo sabía que él admiraba a esa mujer. Pero es mayor. Pensé que ella sería sensata como para no seguir adelante.

—¡Basta! —exclamó Castelli recostándose en la silla con evidente frustración—. Al menos ya sabemos la verdad. Tú lo sabías y no me lo dijiste.

—No era nada serio, papá. Era una tontería. Si Marco se ha ido no tienes ninguna razón para pensar que se haya ido con ella.

—Sabemos que se fueron juntos, María. Tomaron un avión hacia Milán hace unos días.

—¿Un avión?

—Pero cuando el avión aterrizó en Milán, no estaban a bordo — prosiguió Castelli—.

Sospechamos que se bajaron en Génova. Espero que tú puedas decirnos por qué.

—¿Yo?

—Si tienes alguna información, lo que sea, te aconsejo que me la digas ahora mismo.

—Pero yo no sé nada —dijo Maria completamente derrumbada mientras tomaba una servilleta. Las lágrimas le caían por las

mejillas—. Ya te he dicho todo lo que sé, papá. A mí me disgusta tanto la situación como a ti.

—¿De verdad?

Su padre no sonaba compasivo en absoluto, y Tess deseó de nuevo haber dicho que no al viaje. Eso era un asunto de familia y ella allí era una intrusa. De acuerdo, quería saber dónde estaba Ashley, pero no era el asunto de vida o muerte que parecía ser para los Castelli.

Con Rafe di Castelli a punto de estallar a su lado, y sintiendo que le faltaba el aire, Tess tomó su vaso y se levantó educadamente de la silla. Se acercó a uno de los muros que marcaban el final del jardín y dio un sorbo al zumo. Se sentía avergonzada y sabía que ella era en parte responsable. Si no se hubiera ofrecido a sustituir a su hermana, Ashley nunca habría podido organizar esta escapada.

Oyó pisadas tras ellos y se giró para descubrir a otro hombre que salía del edificio. El hombre, no tan alto como Castelli y evidentemente más joven, fue directamente hacia Maria y la abrazó.

—*Amatissima* —exclamó mirando acusadoramente a Castelli—. *Che c'e, cara. Si senté mole?*

—No le pasa nada, Cario —declaró Castelli en inglés mientras se levantaba de la silla—.

Está triste porque su hermano ha desaparecido y ella podía haberlo evitado.

Cario. Tess recordaba el nombre. Era el marido de Maria. Pero las palabras de su suegro hicieron que frunciera el ceño y se giró para consolar a Maria.

—*'Evero?*

Le preguntó si era verdad y ella asintió. Pero antes de que pudiera decir algo en su defensa, su padre intervino.

—Deja que te presente a mi acompañante, Cario —dijo señalando a Tess—. Su dominio del idioma no es muy bueno. Por eso hablamos en inglés. Tess, éste es mi yerno, Cario Zloty. Cario, ésta es Tess Daniels. Su hermana es la mujer de la que Marco se ha enamorado.

Tess permaneció junto al muro y sonrió a Cario a modo de saludo. Tenía la sensación de que Cario se sentía tan intrigado por su presencia como se había sentido Maria.

—Marco ha desaparecido —dijo Maria—. Papá dice que se ha

ido con la mujer que lleva la galería Medici en San Michele. Dice que yo debería habérselo contado. Pero yo no tenía ni idea de que Marco haría algo así.

—¿Qué hace aquí la hermana de esa mujer? —le preguntó Cario a Castelli—. ¿Sabe ella dónde han ido?

—Evidentemente no —dijo Castelli—. Y he invitado a Tess para que me acompañe. ¿Tienes algún problema con eso, Cario, o es así como tratas a los invitados inesperados?

—*Perdone, signorina* —dijo Cario—. No pretendía ser grosero.

—No importa —murmuró Tess—. Siento que hayamos disgustado a su esposa. Sólo estamos intentando averiguar dónde está mi hermana y su cuñado.

—Bien dicho —dijo Castelli mirando a Tess, y ella volvió a darse cuenta de lo inquietantemente atractivo que era. Incluso allí, con su hija y su yerno observándolos, era plenamente consciente de su masculinidad. Y los colores oscuros que llevaba la acentuaban aún más.

—No pasa nada —dijo ella—. Creo que deberíamos irnos. Yo tengo que volver a la galería.

Había esperado alguna pega por parte de Castelli.

—Creo que tienes razón —convino él. Debía de saber que su hija se sentiría molesta al ver la aparente familiaridad entre ambos. Se bebió el vino y dejó el vaso cuidadosamente en la mesa—. Nos habría gustado quedarnos a comer, María, pero Tess tiene razón.

Deberíamos volver.

—Pero, papá..

—Ahora no, María. Si se te ocurre algo más, estoy al otro lado del teléfono.

—¿Nos lo harás saber tan pronto como tengas noticias? —preguntó Cario.

—Sólo si yo puedo esperar lo mismo —dijo Castelli—. Puede que María recuerde algo que ha olvidado de momento.

Tanto Cario como María salieron a despedirlos. María se había secado los ojos y parecía más resentida que triste. Vio cómo Castelli le abría la puerta a Tess y esperó a que se sentara antes de cerrarla de nuevo. Una vez más, Tess volvió a ser consciente de sus piernas al descubierto, y de lo provocativa que debía de parecerle a Mari a su apariencia.

Pero no podía hacer nada por evitarlo. Sólo esperaba que María no pensase que tenía a su padre como objetivo. Por muy atraída que se sintiera hacia él, supuso que María sería lo suficientemente sensata como para saber que estaba fuera de su alcance.

Mientras se alejaban, Castelli parecía absorto en sus pensamientos, y Tess estaba relajada después de la tensión de la última hora. Sin embargo no hacía más que repetir en su cabeza todo lo que se había dicho y se preguntaba si Maria estaría haciendo lo mismo.

—¿Crees que he sido cruel? —preguntó él—. Veo que estás preocupada. No he sido muy comprensivo, ¿verdad?

—No.

—¿Y cómo lo habrías solucionado tú? —preguntó él apretando con los dedos el volante.

Tenía unas manos muy masculinas, anchas pero con los dedos largos.

De pronto, Tess se imaginó cómo sería sentir esas manos sobre su cuerpo.

Aún estaba intentando luchar contra esos sentimientos cuando la miró de nuevo y ella se dio cuenta de que estaba esperando una respuesta.

—Um.. no sé. No tiene nada que ver conmigo. Pienso que su sorpresa era real.

—Sí. Yo también lo creo. Estoy seguro de que Maria está triste porque Marco no le comunicó sus planes. Pero también tiene celos de tu hermana. Le cuesta aceptar que su hermano tenga necesidades que ella no puede satisfacer.

Tess sintió ese calor insidioso que le subía por la garganta e intentó cambiar de tema.

No podía hablar de las necesidades sexuales de su hijo con él.

—El *albergo* estaba bien —dijo ella mientras se secaba las palmas de las manos contra el pantalón. Entonces, al darse cuenta de que él vio lo que hacía, se colocó las manos entre las rodillas. Y, al darse cuenta de lo insípida que le había quedado la frase, añadió—.

Debe de ser maravilloso vivir en un sitio así.

—Me alegro de que te gustara —dijo él finalmente, y ella se preguntó si el retraso en la respuesta había sido a propósito para desconcentrarla. Desde luego había funcionado—.

Es una pena que no tuvieras ocasión de ver más.

—No creo que tu hija opine igual —murmuró Tess casi sin pensar—. Quiero decir que no creo que estuviera en disposición de recibir invitados. No lleva casada mucho tiempo y parece muy joven.

—María tiene diecinueve años —dijo él finalmente—. Y sé perfectamente lo que querías decir. Crees que mi hija no aprueba que te haya llevado conmigo. Pero, al igual que mi hijo, yo también tengo mi vida.

Tess no tenía respuesta para eso. Giró la cabeza y se quedó mirando al campo. Vio un pueblo en una colina. Trató de ser objetiva. ¿Cómo se suponía que iba a tratar con él?

Las experiencias que había tenido en Inglaterra, no muy frecuentes, no la habían preparado para aquel magnetismo que sentía.

Apretó los labios y decidió que no iba a dejar que la deslumbrara. Era una mujer adulta, no una chica fácilmente impresionable que estaba sobre excitada porque un hombre le había prestado algo de atención.

—Supongo que hay muchas mujeres en tu vida, *signare* —dijo ella con asombrosa despreocupación—. Alguien con tu experiencia debe de estar muy demandado.

—¿Tú crees? —murmuró él—. Y llámame Rafe. No *signare*. La verdad es que me has sorprendido. No sé si tomarme eso como un cumplido o no.

«Llámame Rafe», repitió Tess mentalmente. Podía imaginarse perfectamente lo que opinaría María de aquello.

—Simplemente estaba resaltando lo evidente —dijo ella—. Si María se ha sentido incómoda hoy, no es porque no te haya visto nunca con una mujer.

—¿No?

—No —había empezado y tenía que terminar—. Es sólo que yo soy diferente a las mujeres con las que sueles tratar. María estaba resentida por. . bueno, por quien soy.

—La hermana de Ashley.

—Eso es lo de menos y tú lo sabes —dijo ella, e hizo una pausa —. Yo no encajo con el patrón de mujer que tú prefieres.

—¿Y cuál sería ese patrón? —preguntó él haciéndola sentir

incómoda con su mirada—.

Vamos, Tess, no puedes decir algo así y no explicarlo. Dime. ¿Qué tipo de mujer crees que me gusta?

Ella movió la cabeza, confusa. Era evidente que él quería tener la última palabra, como siempre.

—Un tipo de mujer más sofisticada, más elegante —murmuró finalmente—, ¿Cómo lo sé?

Pues porque supongo que tus acompañantes no suelen llevar pantalones cortos.

El coche disminuyó la velocidad y, por un momento, Tess pensó que estaba deteniéndose para poder continuar la discusión de manera más convincente. Pero, sin embargo, se desvió hacia la costa, hacia un cabo que tenía la playa abajo. Había una furgoneta aparcada allí, la típica que vendía aperitivos y sándwiches a los viajeros y, tras apagar el motor dijo:

—Creo que es hora de comer.

Capítulo 7

RAFE vio que ella se sorprendió al ver el lugar. En ese momento deseó haberle dicho a su ama de llaves que le preparara una comida para llevar que podrían haberse comido en lugares más atractivos que ése. Pero se dio cuenta de que aquella mañana, cuando había dejado su casa, no sabía que le iba a pedir a Tess que fuera con él. Aquel impulso, como el impulso que sentía en ese instante de acariciar el pelo de Tess con los dedos, no era algo que debiera considerar repetir.

Sin embargo ella lo miraba por el rabillo del ojo y Rafe se dio cuenta de que había malinterpretado sus intenciones.

—¿Sueles frecuentar los bares de sándwiches, *signorel* —preguntó ella—. ¿O acaso ajustas tus elecciones culinarias en función de la sofisticación de la compañía?

—¿Estás ofendida porque no te he llevado a un restaurante caro? —preguntó él.

—Sabes que no es eso lo que quiero decir —declaró ella recostándose sobre el asiento—.

Pero si soy yo lo que te detiene, no te molestes. Normalmente no como. Puedo esperar a que lleguemos a san Michele.

—Pues yo no —contestó él mientras salía del coche—. Y, al contrario de lo que piensa la mayoría de la gente, la mejor comida se encuentra en estos quioscos.

—No te veo comiendo una hamburguesa, *signore* —dijo Tess mientras salía del coche, Inmediatamente el sol le dio en la cabeza y en los hombros—. Madre mía, qué calor.

Rafe observó sus brazos desnudos con preocupación.

—Quizá deberías quedarte en el coche —dijo él resistiendo la tentación de acariciar su piel—. Se está más fresco.

—¿Qué? ¿Y perderme la oportunidad de ver lo que nos ofrece el chef? —preguntó ella sarcásticamente.

—Muy bien —dijo Rafe, y vio cómo Tess observaba la línea de la costa—. Vamos a comprar algo de comer y de beber y buscaremos un sitio más agradable donde ponernos.

—¿Te refieres a ir a la playa? —preguntó ella mirando la pendiente con preocupación—.

¿No hay demasiada pendiente?

—No me digas que te dan miedo las alturas —bromeó él—.

¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—No creo que tenga, *signare* —murmuró inquieta—. Pero, si tú puedes hacerlo..

—¿Te refieres a un viejo como yo? —preguntó él.

—No eres viejo, *signore* —dijo ella con una mirada impaciente.

—¿Y por qué insistes en llamarme *signorel* Ya sabes mi nombre, Tess. Úsalo.

—No creo que deba llamarte Rafe —exclamó ella, y a Rafe le dio la sensación de que le costaba apartar su mirada de él.

—¿Por qué no?

—Porque no —dijo ella y, en un esfuerzo por distraerlo, añadió —. ¿No deberíamos elegir un sándwich o algo? El dueño pensará que hemos parado aquí sólo para ver la vista.

—Y menuda vista —murmuró Rafe sin poder evitarlo. Tess le dirigió una mirada de sorpresa y luego se dirigió hacia la furgoneta.

A Rafe le agradó ver que en la furgoneta vendían paninis rellenos de queso, porciones de pizza y los sándwiches más comunes. Había también ensaladas preparadas y brochetas.

Era evidente que Tess no sabía qué pedir, así que él se adelantó y pidió dos porciones de pizza y ensalada, y tira—misú de postre. Dos tazas de café sirvieron como comple—mento a la comida, y Rafe vio cómo Tess lo miraba mientras llevaba la comida al coche.

—¿Cómo pretendes llevar todo eso? —preguntó ella, y él recordó que Tess aún pensaba que iban a bajar el acantilado para llegar a la playa.

—Ya verás —dijo Rafe mientras abría el maletero del Ferrari para meter las bolsas dentro.

Tess tenía razón cuando había dicho que no estaba acostumbrado a comer ese tipo de comida, pero eso no quería decir que no fuera a disfrutarla igualmente. Cuando Tess se acercó al coche con el ceño fruncido, él abrió la puerta. —Entra, *per favore.* —Pensé que habías dicho que. . —Simplemente entra —repitió él con suavidad y ella obedeció.

Vio cómo ella metía las piernas dentro del coche y se aseguraba a sí mismo que estaba esperando a que entrara para cerrar la puerta, aunque en el fondo sabía que tenía razones más personales. Disfrutaba observándola, disfrutaba desconcertándola. Por mucho que fuese a arrepentirse al día siguiente por lo impetuoso de sus

actos, pensaba aprovechar el día como viniera.

Un momento después él estaba sentado a su lado, disfrutando del aroma de su piel.

Era una esencia inquietante y muy sensual. Lo excitaba más que cualquier cosa que pudiera recordar, y la necesidad de tocarla era casi agobiante.

Pero se controló y trató de expulsar de su mente la atracción que sentía. Él también notaba que ella experimentaba esa atracción, pero sabía que si hacía algo, saldría corriendo. Además, casi no se conocían. ¿Pero por qué se sentía como si la conociera de toda la vida?

Le dirigió una sonrisa, encendió el coche y se alejó del cabo. Pero no fue muy lejos.

Unos cientos de metros más allá, un sendero casi tapado por las moreras salvajes, se Alejaba de la costa. Cualquiera que no supiera que estaba allí no habría notado su existencia, sobre todo en esa época del año. Cuando no había flores.

—Nunca tuviste intención de bajar el acantilado, ¿verdad? —preguntó Tess—. ¿Se supone que este camino va a alguna parte o vamos a quedarnos parados a la mitad?

—Relájate —dijo él apartando una mano del volante para colocarla sobre su rodilla—. Sé lo que estoy haciendo.

¿Pero lo sabía? Una vez más había actuado de forma impulsiva y ella se mostraba confusa.

—Eso espero —murmuró Tess casi de forma inaudible, pero él la oyó y se maldijo a sí mismo por estar creando más tensión entre ambos. Había pretendido que aquello fuera una velada agradable antes de dejarla de vuelta en Porto San Michele, pero estaba arriesgándose a meterse en problemas más serios que el enamoramiento de su hijo.

El camino se estrechó mientras se acercaba al pie de los acantilados. Las ramas de los arbustos rozaban los lados del coche, pero no le importaba con tal de pasar un rato en compañía de Tess.

Como había imaginado, aquella parte de la playa estaba desierta. Había el sitio justo para dejar el coche, y se sintió satisfecho al ver la tranquilidad que se respiraba allí.

Seguía tan hermoso como lo recordaba. A cada lado de la pequeña playa había una enorme roca, y la arena era suave y

virgen. En la orilla las olas rompían formando es—puma, y más allá el mar brillaba con toda su intensidad. Habrían estado como en una isla desierta si no hubiese sido por un yate que se alejaba hacia el horizonte.

Tess abrió la puerta del coche tan pronto como el coche se detuvo. Salió y se dirigió hacia el mar tapándose la cabeza con las manos. Rafe se preguntaba en qué estaría pensando. Esperaba que no se estuviese arrepintiendo de haber ido con él. Por primera vez en muchos años se estaba divirtiendo y no quería que nada lo estropease.

Pero llevaba mucho tiempo sentado allí observándola, y cuando ella se dio la vuelta para mirarlo, Rafe pudo ver la duda en sus ojos. Finalmente abrió la puerta y se unió a ella.

—Supongo que sabías que esto estaba aquí —dijo ella—. Es un lugar maravilloso.

—¿Te gusta? Por fortuna aún no ha sido descubierto por los turistas.

—Sería imposible por ese camino —dijo ella con una sonrisa—. Me horroriza pensar lo que le has hecho al coche.

—Es sólo un coche. No pasa nada si necesita una mano de pintura.

—Dices eso muy a la ligera. La mayoría de la gente tiene que cuidar sus posesiones.

Rafe suspiró al darse cuenta de lo insensible que había sido.

—Quizá yo mido mis posesiones de forma diferente, *cara* —dijo él con suavidad—. La gente me importa más que los juguetes.

Ella se encogió de hombros y Rafe se dio cuenta de que el sol ya le había dejado marca en los brazos. Se quemaría con facilidad, pensó, y aquello incrementó el sentimiento de protección hacia ella que ya tenían. Deseaba. .

Pero no. Se dio la vuelta y regresó al coche para recoger las bolsas de la comida.

—Vamos —dijo él mientras caminaba sobre la hierba que bordeaba el lugar—. Podemos comer a la sombra de los acantilados.

—Muy bien.

Rafe vio cómo Tess le echaba otra ojeada al coche antes de seguirlo hasta la arena.

Entonces se quitó los zapatos, parecía relajada, y para cuando él

extendió la chaqueta en el suelo **para** que se sentaran, ella ya estaba detrás de él.

—Lo sé —dijo él mientras ella tiraba los zapatos junto a él—. Esto tampoco es bueno para mi chaqueta, pero en este caso se puede limpiar.

—Si tú lo dices.

Tess se sentó sobre la chaqueta y encogió las rodillas, colocando las manos alrededor.

Rafe se sentó junto a ella tratando de no pensar en la piel que desaparecía bajo sus pantalones cortos. Imaginar lo que había bajo sus pantalones no sólo era imperdonable, sino una estupidez, así que se distrajo abriendo las bolsas y los envoltorios y colocándolos entre ambos.

—¿Qué quieres comer? —preguntó él al ver que Tess parecía más interesada en las conchas que rodeaban sus pies en la arena que en la comida—. ¿Ensalada? ¿Pizza?

—¿Qué? Ah.. —dijo ella, y Rafe estuvo seguro de que se había dado perfecta cuenta de lo que había estado haciendo—. La ensalada suena bien.

—¿Sólo ensalada?

—Bueno, quizá una porción de pizza también —agregó ella mientras tomaba el envoltorio de la ensalada que él le ofrecía—. Gracias, tiene buena pinta.

—Eso espero —dijo él mientras tomaba su propia porción de pizza y daba un bocado. La salsa de tomate le goteó por la barbilla e inmediatamente tomó una servilleta y se limpió—. Hmm. *Molto bene,*

—Es muy amable de tu parte hacer esto. Gracias —dijo ella mientras comía ensalada.

—No lo he hecho por amabilidad —dijo Rafe, dolido al pensar en la implicación de que no había otra razón por la que pudiera desear su compañía—. Soy yo el que debería estarte agradecido por haberme acompañado.

—No sé por qué —dijo ella—. Habría sido más fácil para todos si yo no hubiera venido.

—Creí que ya habíamos hablado de eso. ¿Por qué no podemos olvidar las razones por las que nos embarcamos en este viaje y disfrutar del momento? ¿No te lo estás pasando bien? ¿De eso se

trata?

—¿De eso se trata el qué? —preguntó ella.

—Ya sabes —dijo él rotundamente—. Desde que dejamos el *albergo* has estado nerviosa y esquiva como un gato. ¿Qué he hecho? ¿Qué he dicho para disgustarte?

—Nada.

La respuesta fue demasiado rápida, Rafe dejó la pizza a un lado y se puso de pie.

—Si no te importa terminarte la ensalada en el coche, podemos marcharnos inmediatamente.

—No —aquélla también fue una respuesta rápida—. Por favor. No quería molestarte. Es sólo que. . bueno, que estoy segura de que hay lugares en los que preferirías estar antes que aquí.

—¿Y si no los hay?

—¿Estás seguro de que no lo dices por decir? —preguntó ella tras humedecerse los labios con la lengua.

—No —dijo él mientras se agachaba junto a ella. Le puso una mano en la mejilla e hizo que lo mirara directamente a los ojos—. Créeme. En este momento no hay otro lugar en el que preferiría estar —sus ojos se oscurecieron y se posaron en su boca. Pero sólo durante un segundo. Estaba pisando terreno peligroso, pensó al darse cuenta de lo que deseaba hacer. Retiró la mano de golpe y se levantó de nuevo—. *Bene.* Disfruta del resto de tu comida. No tardaré.

—¿Adonde vas? —preguntó ella extrañada. Rafe gimió. Se preguntaba cómo reaccionaría si le dijera la verdad. Ahí estaba él, desesperado por poner espacio entre ambos antes de hacer algo imperdonable. No quería sólo tocarle la mejilla o hablar como habían hecho en el coche. Quería colocar la lengua donde la suya había estado unos momentos antes, cubrirle la boca con la suya y besarla para que su frustración descendiera.

—Pensaba en ir a dar un paseo —dijo finalmente—. Necesito estirar las piernas.

Los ojos de Tess se posaron entonces en la superficie del mar y todo lo que dijo fue:

—Muy bien.

Entonces Rafe se sintió culpable por comportarse así.

Era él el que la había llevado allí. No era culpa de Tess que él no

pudiera controlar sus deseos.

—Ven conmigo, si quieres —dijo Rafe sin poder evitarlo.

Ella se puso de pie de inmediato.

—¿No te importa? —preguntó Tess dejando caer los restos de su ensalada a la arena.

Parecía que la decisión estaba tomada y no podía hacer nada por evitarlo.

Tess dejó los zapatos junto al resto de sus pertenencias y fue corriendo hasta la orilla para sumergir sus pies en el agua. Comenzó a reírse cuando la marea le cubrió los tobillos. Rafe pensó que parecía una niña. Tan natural y desinhibida como sus propios hijos habían sido antes de la adolescencia.

—Esto es maravilloso —dijo Tess estirando los brazos con evidente placer—. Gracias por traerme.

—Me alegro de que te lo estés pasando bien —dijo él educadamente. Estaba seguro de que ella no sabía el efecto que provocaba en él, pero era demasiado fácil imaginarse agarrándola por la cintura y tumbándola en la arena.

Sin darse cuenta, Rafe había acelerado el paso y caminaba unos metros por delante de ella. Ella lo seguía lentamente y Rafe se dio cuenta de que una vez más estaba estropeándole el día a Tess con su indiferencia.

A pesar de sus dudas, Rafe esperó hasta que ella se puso a su altura, pero ya no lo miraba. Se detuvo a su lado mirando al yate que se alejaba en el horizonte. Era evidente que había notado su ambivalencia y había confundido las razones.

—¿Qué ocurre? —preguntó él—. Hace mucho calor, ¿verdad? ¿Quieres que nos vayamos?

—¿Y tú?

—Se está haciendo tarde —dijo él sin saber muy bien qué contestar, a pesar de que sólo eran las tres—. No quisiera que te quemaras.

Entonces ella levantó los brazos y se los miró como si antes se hubiera olvidado de ellos. Pero no pareció convencida. A pesar de que sus hombros estaban un poco rojos dijo sin mucha convicción:

—Quizá tengas razón. Si es lo que quieres.

—Lo que yo quiera no importa.

—Oh, yo creo que sí —dijo ella con indignación—. Debí

haberme dado cuenta antes.

Cuando dijiste que ibas a dar un paseo. En realidad no querías que viniera contigo,

¿verdad?

—*lo* —dijo Rafe. No sabía que pudiera ser tan transparente—. No es verdad.

—No te creo, *signore* —dijo ella, utilizando el término a propósito, y eso lo enfureció—.

Todo esto de comprar la comida y traerme aquí no era más que una manera de limpiar tu conciencia.

—¿Limpiar mi conciencia? —repitió él, asombrado por la acusación—. ¿Por qué iba a tener la necesidad de limpiar mi conciencia? No he hecho nada malo.

—Pero te sientes como si lo hubieras hecho —dijo Tess. Por un momento Rafe pensó que le estaba leyendo el pensamiento—. Piensas que nos has disgustado tanto a tu hija como a mí. Así que decidiste pacificar a una de las dos ofreciéndole una hora de tu preciado tiempo, ¿verdad?

—Mentira —dijo él molesto—. Cuando te invité a comer conmigo fue porque quería, no por otra razón.

—¿Entonces por qué quieres que se acabe la tarde tan pronto? —preguntó ella impulsivamente—. ¿Te estoy retrasando para otro compromiso más importante?

—No. Lo siento si te he dado esa impresión.

—Bueno, ¿qué otra cosa quieres que piense cuando pareces decidido a evitarme? —dijo ella con una mirada desafiante—. Pareces dar una de cal y otra de arena todo el tiempo.

La verdad es que no sé cómo te sientes.

—No estaba tratando de evitarte —dijo Rafe secamente—. Si te ha parecido eso, y esto no significa nada, a lo mejor ha sido porque te encuentro demasiado atractiva.

En ese momento la sorprendió. Pudo verlo en su cara. Pero incluso se había sorprendido él mismo, y eso era más inquietante aún.

—No lo dices en serio —dijo ella.

Él supo que era su última oportunidad para poder escapar a sus impulsos. Si le decía que estaba bromeando podría quizá salir airoso.

Pero no lo hizo.

—Lo digo en serio —dijo Rafe—, Eres. . encantadora. Y preciosa. Y no sería un hombre si no te encontrara irresistible, *mi amore.*

Ella separó los labios pero no se apartó. Al contrario, se acercó ligeramente sin dejar de mirarlo. Casi involuntariamente ella levantó la mano y le acarició la barbilla y Rafe no pudo aguantar más la presión que sentía entre las piernas.

—¿Entonces quieres besarme? —preguntó ella casi sin voz.

—Tess —dijo él, y volvió a pensar que había encontrado la manera de resistirse a ella.

Pero cuando Tess deslizó la mano por el cuello abierto de su camisa y él sintió los dedos sobre su piel, no pudo aguantar más. El gemido que emitió fue puramente angustioso, e inmediatamente colocó las manos sobre sus hombros para abrazarla.

Tess tenía la boca abierta, invitando a su lengua a entrar. Él no la decepcionó. Colocó una mano en su nuca y apretó la boca contra la suya. Aquel beso desencadenó una respuesta en ella que hizo que la cabeza le diera vueltas. Él sintió que su ansia dominaba todos sus movimientos mientras sus sentidos escapaban a su control.

Ella colocó sus brazos a su alrededor, apretando con las palmas su espalda. Debió de notar la fuerza de su erección contra su estómago, pero no se apartó. Cuando él le apretó las nalgas para acercarla más, ella se arqueó contra él para que pudiera sentir lo receptiva que estaba.

Un sexy gemido emergió de los labios de Tess, lo cual le hizo recordar a Rafe donde estaba. *«Dio mió»,* pensó. Si no se detenía en ese momento, iba a llegar hasta el final.

Coma el riesgo de hacer realidad las fantasías que habían estado atormentándolo toda la mañana y, aunque no podía negar que la deseaba, simplemente no era para él.

Era demasiado joven y probablemente vería aquello como una manera más de pasar sus vacaciones. Lo había pasado mal con lo de su hermana y su madrastra siempre preguntando. Por no mencionar lo que él mismo pensaba de su familia. No era engreído, pero pensaba que tontear con ella podía suponerle alguna compensación.

Sobre todo si, como parecía, tenía poca experiencia con hombres mayores.

Sus propios sentimientos eran menos simples. Y por muy

tentador que fuera hacer el amor con ella, aún tenía suficiente sentido común como para retirarse a tiempo. Ya tenía bastantes complicaciones en su vida. Desde su punto de vista, no conduciría más que al desastre.

Fue por eso por lo que, cuando separó los labios de su boca, no sucumbió a la necesidad de introducir las manos bajo el top de Tess para acariciar sus pechos.

Deseaba hacerlo. Quería sentir sus pezones duros contra sus manos. Sin embargo agarró sus brazos y los apartó lentamente de él, sintiéndose culpable por haberla hecho empezar.

La confusión de Tess fue evidente y no podía culparla. Él no había sido capaz de ocultar la reacción de su cuerpo ante ella, y para Tess probablemente sólo habría una posible conclusión para esa historia. Pero cuando la miró con ojos de arrepentimiento, ella enseguida captó el mensaje. Dio un paso hacia atrás y se dio la vuelta antes de salir corriendo por la playa.

—*¡Cara!* —dijo sin poder usar su nombre. Eso sería demasiado familiar—. *Cara.* Lo siento.

No sé lo que me ha pasado.

Ella murmuró algo entonces, pero estaba demasiado lejos como para que pudiera oírlo.

Pero imaginaba que no se trataría de ningún cumplido, y no podía culparla. Se había comportado de forma horrible y ella merecía algo mejor. Probablemente pensaría que tenía muy poco respeto tanto hacia ella como hacia su hermana.

Capítulo 8

EL SONIDO del viento la despertó. Tess había imaginado que no iba a poder dormir, pero sorprendentemente había caído en un profundo sueño tan pronto como su cabeza había tocado la almohada. Quizá había sido el calor o el cansancio del viaje, pensó ella mientras observaba las motas de polvo que se veían en los rayos de sol que entraban por la ventana. Aunque, al recordar los acontecimientos del día anterior, imaginó que se trataba del estrés. Se había comportado de forma estúpida. Y eso después de haberse sentido avergonzada delante de Maria Sholti.

Se incorporó y apoyó los codos sobre las rodillas mientras se pasaba las manos por el pelo. Todo había sido un error, de principio a fin. Castelli nunca debía haberla invitado a ir con él, pero ya que lo había hecho, Tess nunca debió pensar que se sentía atraído hacia ella.

¿Cómo había ocurrido? De acuerdo, le había dirigido unas cuantas miradas, pero era italiano. Se suponía que los italianos eran los más románticos del mundo. Evidentemente ella había imaginado cosas que no eran ciertas. Debería haber estado en guardia. Tras los acontecimientos en el hotel Sholti, debería haber estado alerta de cualquier comportamiento extraño por parte de él. No se podía confiar en un hombre que era capaz de tratar a su hija con tanta frialdad.

Aunque se dio cuenta de que lo que había pasado en la playa no había sido del todo culpa suya. Lo había provocado, sí, y él había respondido. Había sido tan simple, y tan complicado, como eso. Ella debería haberlo dejado ir a dar el paseo solo. No debería haberlo seguido. Si se hubiera quedado terminando su ensalada, no estaría pensando en eso en aquel momento.

Y no estaría pensando en la humillación que sentiría cuando volviera a verlo.

Si es que volvía a verlo, pensó ella, aunque era casi seguro que así fuera. Ashley y Marco aún seguían desaparecidos. Y hasta que ese problema no se solucionara, iba a tener que vivir con eso. Y con él.

Pero daba igual, mientras estaba de pie en la ducha no pudo evitar revivir la agonía de la vuelta a casa. Aunque Castelli había estado todo el camino de vuelta intentando recuperar aquella

camaradería, en lo que a ella respectaba, era una batalla perdida. Sus propias respuestas habían sido monosilábicas. Le había dejado ver exactamente lo dolida que se sentía, y él debía de haberse sentido aliviado al llegar a San Michele y dejarla en la galería. Probablemente habría logrado convencerlo de que no era en absoluto mejor que Ashley.

Con aquel tipo de pensamientos, Tess no estuvo mucho tiempo en la ducha. Se secó con la toalla y se peinó antes de vestirse con un top color limón y una falda de algodón indio color verde y azul. Sus botas de lona completaron su atuendo y, tras mirarse al espejo sin demasiado entusiasmo, salió del apartamento.

La mañana transcurrió sin incidentes. El único visitante que tuvo no fue un cliente, fue Silvio.

—*Cara* —exclamó—. ¿Qué tal estás hoy? ¿Te sientes mejor?

—¿Mejor? —preguntó Tess frunciendo el ceño—. Me temo que no comprendo.

—*Mas, ieri* —dijo Silvio—. Ayer. Cerraste la galería pronto, ¿no? Naturalmente pensé que no estabas bien.

—Oh —dijo Tess sintiendo la cara ardiendo—. Um, sí. Cerré pronto. Tienes razón. Pero no fue porque estuviera enferma.

—¿No?

—No. Hacía un día estupendo y decidí tomarme un poco de tiempo libre.

—Ah—dijo Silvio entornando los ojos—. ¿Y disfrutaste de tu tiempo libre?

«No», pensó ella.

—Sí, mucho —dijo Tess tras decidir que una mentira piadosa no sería mala—. ¿No hace calor hoy? Tengo el ventilador puesto pero parece que sólo mueve el aire.

—Es aire caliente —señaló él—, ¿Tienes planes para comer?

—¿Comer? —Tess tenía la sensación de que no iba a tener ganas de comer nunca más—.

Oh, no. Estoy demasiado ocupada para pensar en comer. Tomarse el día libre está bien, pero significa que el trabajo se amontona para el día siguiente —dijo ella, sabiendo lo que él iba a decir.

—A mí no me parece que haya mucho trabajo —dijo Silvio mirando a su alrededor.

—Oh, es papeleo —dijo Tess, dándose cuenta de que estaba mintiendo de nuevo—. En serio, te sorprendería saber la cantidad de preguntas que recibe Ashley sobre tal o cual artista. Y luego están las facturas.

—En otras palabras, no quieres comer conmigo —remarcó Silvio rotundamente—. No tienes que hacerme un dibujo. Es evidente que otro hombre se me ha adelantado.

¿Quién es? ¿Lo conozco?

—¡No! —dijo Tess impulsivamente—. Quiero decir que no hay otro hombre. Al menos aquí. No puedo estar tomándome tiempo libre constantemente. No sería justo para el señor Scottolino.

—Lo que tú digas.

—Lo siento.

—Sí. *Anch'io, cara* —dijo Silvio con una sonrisa—. No trabajes mucho, *ragazza.* Mucho trabajar y poco disfrutar no es bueno. *Ciao.*

Tess dio un suspiro de alivio cuando Silvio desapareció, y decidió que se había ganado una taza de café, así que fue a preparar la cafetera. Pero no podía dejar de preguntarse si la visita de Silvio había sido tan inocente como pretendía. Quizá la había visto marcharse con Castelli el día anterior.

Pero de haber sido así, no había nada que ella pudiera hacer. Además tenía una excusa más que legítima para haber salido si se lo preguntaban. Pero no se lo preguntarían.

Sólo Maria y su marido podrían sospechar, y ni siquiera sabían lo que había ocurrido después de dejar el hotel.

¡Santo cielo!

A mediodía Tess ya se sentía más relajada. Su temor a que Castelli decidiera hacerle otra de sus visitas no se hizo realidad y, al sentir que su estómago le decía que no había desayunado nada, decidió ir a la panadería a por un sándwich para comer.

Había cerrado la galería sólo durante unos minutos. La panadería no estaba lejos. Pero cuando regresaba por el paseo a toda prisa, vio a una mujer intentando abrir la puerta con evidente impaciencia. Con las persianas levantadas, parecía que la galería estaba abierta, y Tess pensó que ya era mala suerte que un cliente apareciese justo en el escaso tiempo en que había salido.

—*Mi scusi* —dijo ella al alcanzar a la mujer, que ya se daba la vuelta para marcharse. La mujer la miró y Tess se dio cuenta de que

era mayor de lo que había pensado—. *Eccomi, signora. Posso ahitare?*

La mujer la miró arqueando las cejas. Era alta y estaba exquisitamente vestida con un traje de seda y tacones altos.

Tess sintió que había algo familiar en ella. Sabía que no había visto a esa mujer en su vida, pero esa sensación de familiaridad permanecía. No se había dado cuenta del hecho de que le recordaba a Maria Castelli hasta que la mujer no habló.

—¿Señorita Daniels? —preguntó la mujer fríamente pretendiendo intimidarla—. Veo que reconoce el nombre. Vamos dentro, señorita Daniels. Deseo hablar con usted.

—Muy bien —dijo Tess, demasiado desconcertada por el curso de los acontecimientos como para protestar, así que abrió la puerta y dejó pasar a la señora a la galería—. ¿Nos conocemos, *signora?*

La mujer no contestó inmediatamente. Por el contrario, se quedó de pie en el centro de la sala observando los cuadros de las paredes con evidente desprecio. No todos eran buenos cuadros, pero algunos tampoco eran tan malos, pensó Tess. No merecían aquel desprecio. Aquella mujer los miraba como si fueran basura.

O quizá se había equivocado. Quizá era a ella a la que la mujer consideraba basura. Eso tendría sentido si es que tenía algún parentesco con Maria Castelli, o mejor Maria Sholti. Y, a pesar del alivio que había sentido al ver que Castelli no había aparecido, de pronto sintió una inminente sensación de resentimiento porque hubiera mandado a aquella mujer en su lugar.

—He oído hablar de usted, señorita Daniels —dijo la mujer finalmente—. Mi hijo me ha hablado de usted. Soy Lucia di Castelli. El chico al que su hermana ha corrompido es mi nieto.

Tess contuvo el aliento. Así que aquélla era la madre de Castelli. Debía haberlo imaginado. La similitud no sólo era con respecto a su hija.

Pero Castelli no iba a ayudarla en aquella ocasión, así que estiró la cabeza y dijo:

—Aún no sabemos que Ashley le haya hecho nada al chico.

—Oh, yo creo que sí, *signorina* —dijo Lucia—. No se me ocurre ninguna otra razón por la que una mujer cerca de los treinta pudiera acercarse a un niño impresionable.

—No creo que Marco sea un niño —protestó Tess indignada—. En Inglaterra los chicos de dieciséis años pueden ser muy. .

maduros.

—Eso es, señorita Daniels. Como usted ha dicho, en Inglaterra las cosas son muy distintas. Las chicas jóvenes no se lo piensan dos veces antes de tener hijos con diferentes personas. Allí el matrimonio está pasado de moda, e ignoran las enseñanzas de la Iglesia. Así no es como se hacen las cosas en Italia, señorita Daniels. Aquí respeta—mos nuestras instituciones y a nuestros mayores. Y esperamos que los visitantes hagan lo mismo.

—Está usted haciendo un retrato muy poco atractivo de mi país, *signora* —dijo Tess tratando de mantener la voz calmada—. Pero puedo asegurarle que no somos una so—ciedad totalmente atea. Como con todo, hay un término medio.

—Es lógico que diga usted eso.

—Sí, es lógico —Dijo Tess, sintiéndose más fuerte por el hecho de que la mujer no la hubiese contradicho de inmediato—. No somos unos paganos. ¿Y cómo de honesto es que una mujer se case con un hombre y tenga una aventura con otro? ¿Eso es aceptable en Italia?

Un leve color rojo inundó las mejillas de Lucia ante esas palabras.

—Ha hablado usted con Rafe, ¿verdad? —preguntó secamente —, Claro que sí. Por eso él se siente tan sensible con sus sentimientos. Ve en usted una justificación para sus propios actos.

—¡No! —dijo Tess horrorizada. Había hablado impulsivamente. Jamás se le ocurrió que la madre de Castelli fuera a asociar sus palabras con el divorcio de su hijo—. Quiero decir que sí, he hablado con su hijo. Él pensaba que yo podía saber dónde estaba Ashley. —¿Y

no lo sabe? —No —dijo Tess con educación. —¿Le ha dicho mi hijo también que ha hablado con su hija? —continuó Lucia—. Maria está casada y vive en Viali. La frase parecía inocente a simple vista, pero aun así Tess se mantuvo alerta. ¿Sería posible que Lucia di Castelli supiera que ella había acompañado a su hijo el día anterior? ¿Se lo habría dicho? Y si no se lo había dicho, ¿cómo iba a contestar a aquello?

—Él.. sí. Lo sé —murmuró finalmente sin atreverse a decir más. Además, ¿por qué Castelli no iba a mencionarle que había ido con él a Viali? Con ciertas omisiones en su narración, claro.

Tomó aire y se sintió aliviada al ver que entraba una pareja joven en la galería. Parecían veraneantes y dudaba que fueran a comprar algo. Pero su inesperada visitante no lo sabía.

—¿Hay alguna razón en especial para su visita, *signora?* —preguntó Tess señalando a la pareja—. Porque si no, tengo clientes. Si esperaba que yo tuviera más información de la que le he dado a su hijo, siento decepcionarla.

—Creo que usted sabe más de lo que dice, señorita Daniels. Al contrario que mi hijo, yo no me dejo impresionar por una cara bonita.

Tess se quedó desconcertada ante su antipatía y miró a su alrededor para ver si podían ser oídas. Pero para su tranquilidad, la pareja estaba en el otro extremo de la galería y dudaba que hubieran oído algo.

—Creo que será mejor que se vaya, *signora* —dijo en voz baja—. Estoy trabajando y estoy segura de que usted tiene mejores cosas que hacer que quedarse aquí haciéndome perder el tiempo. Siento lo de su nieto, de verdad. Pero no hay nada que yo pueda hacer. Ashley no me contó nada antes de irse.

A Lucia se le inflaron las ventanas de la nariz y Tess pensó que se avecinaba otro temporal. Pero, sorprendentemente, la arrogancia de la mujer pareció disminuir y sacó un pañuelo del bolso con gesto de derrota.

Tess no sabía qué era peor, si tener a la madre de Castelli acusándola de cómplice o tenerla derrumbada frente a ella. Las lágrimas resbalaban por la cara de la mujer, que estaba visiblemente disgustada. En cualquier momento los clientes se iban a dar cuenta y ella no podía permitir que eso ocurriera.

Con un sentimiento de resignación Tess tomó a Lucia por el brazo y la llevó a la oficina. La sentó en una silla y le señaló el lavabo.

—Puede descansar aquí —dijo—. Salga cuando se encuentra mejor. Aquí nadie la molestará.

Como había sospechado, la joven pareja no tenía intención de comprar nada, y tuvo que admitir que el señor Scottolino tenía sus razones. Desde que ella estaba al cargo de la galería, había vendido tres cuadros, lo cual no servía para pagar las facturas.

Pasaron quince minutos hasta que se acordó de su sándwich. Lo

había dejado mientras hablaba con la señora di Castelli y lo vio entonces estropeándose al calor del mediodía.

Le hubiera gustado ir a la oficina y prepararse algo de café. Puede que incluso a la señora di Castelli le apeteciese uno. Aunque, al recordar la reacción que había tenido su hijo al probarlo, pensó que no era ninguna garantía.

Sin embargo, le había dicho a la mujer que nadie la molestaría y ella cumplía sus promesas. Era evidente que a Lucia le iba a llevar un tiempo recomponerse. Mientras tanto Tess se entretuvo colocando bien los cuadros, recogiendo una hoja que había salido volando por la puerta y ajustando las persianas para que no entrara mucho sol.

Pero media hora después ya empezaba a ponerse nerviosa. Todo tipo de pensamientos pasaban por su cabeza, junto con la preocupación de que Lucia hubiese hecho algo desesperado en su angustia. Lo cual, se dio cuenta, era una tontería. La situación no era tan seria. Puede que no supieran exactamente dónde estaba Marco, pero si estaba con Ashley, difícilmente podría sufrir ningún daño.

¿O sí? Tess supuso que eso dependía de la interpretación que cada uno hiciese de la palabra daño. Por lo que a Lucia respectaba, Ashley no era más que una secuestradora de niños. El hecho de que Marco fuera un adolescente no parecía significar nada para ella.

Pasados cuarenta y cinco minutos Tess estaba desesperada. De acuerdo, había prometido no molestar a la señora, pero eso había sido hacía siglos. Estiró los hombros, recogió su sándwich y se dirigió a la puerta de la oficina, que estaba medio abierta.

—*Signora* di Castelli —dijo ella empujando la puerta ligeramente—. ¿Se siente mejor?

No necesitaba haberse acercado tan lentamente. La oficina estaba vacía. Mientras ella estaba en la galería haciendo tiempo, Lucia debía de haberse marchado por la puerta trasera. Tess se había preocupado absurdamente. Era evidente que Lucia se había secado las lágrimas y se había marchado.

Tess no sabía si sentirse aliviada o resentida. Se alegraba de que la mujer se hubiese ido, pero podía haberle pedido permiso para usar la puerta trasera. Se había quedado entreabierta y Tess se dirigió a cerrarla. Habría dado igual si hubiese tenido cuadros de

valor en el local. Con la alarma desconectada, un ladrón podría haber hecho su agosto.

Revisó su bolso para comprobar que no había entrado ningún intruso. Su pasaporte seguía allí junto con los cientos de euros que había llevado para el viaje. De pronto frunció el ceño. Habría jurado que el pasaporte estaba en el bolsillo lateral de la mochila, como cuando se lo había enseñado a Castelli. Pero en esa ocasión estaba en el compartimento principal, junto con su cartera.

Se encogió de hombros. Se habría equivocado al volverlo a meter. No lo había necesitado en los dos últimos días, así que no podía recordar en dónde lo había dejado exactamente. Castelli la había pillado tan de sorpresa que lo habría dejado en cualquier sitio. En cualquier caso, lo importante era tenerlo consigo.

Estuvo un par de minutos limpiando la cafetera y rellenando el depósito. Luego, tras poner varias cucharadas de café molido en el filtro, se sentó para comer su sándwich.

Las dudas continuaban y comenzó a preguntarse si Lucia di Castelli había examinado la oficina antes de marcharse. Eso explicaría lo de su pasaporte. Y quizá también la razón por la que se había marchado sin decir adiós. Aunque, recordando a la madre de Castelli, Tess dudaba que a la mujer le importara si la ofendía o no.

Fue una tarde muy larga. Tuvo un par de clientes más, uno de los cuales compró un cuadro del bonito complejo de Porto fino, que estaba más arriba en la costa. El otro había sido un francés, obviamente de vacaciones. Su mayor interés había sido flirtear con Tess, y ella imaginó que a Ashley le había atraído esa parte del trabajo.

Pero a ella no le atraía. Tess no estaba de humor para cumplidos y se puso impaciente cuando el hombre se negaba a marcharse. Como último recurso trató de chantajearlo, descolgando el teléfono y amenazando con llamar a la policía. No lo habría hecho, por supuesto, pero por suerte su plan funcionó.

Cerró la galería pronto, pues no quería correr el riesgo de que apareciese Silvio para invitarla a comer. No podía dejar de pensar que nunca había sido tan popular en su vida. Claro que, en su país, el trabajo la mantenía ocupada y los hombres con los que trabajaba no eran su tipo. Los que no estaban casados, normalmente eran muy crios. Su amiga, Maggie, siempre decía que eran como estudiantes

creciditos.

Tess sólo había tenido una relación sería, y había sido con un chico que había conocido en la Universidad. Se mantuvieron en contacto durante un par de años después, pero cuando Tess se mudó a Derbyshire todo se acabó. Finalmente él le comunicó por carta que había encontrado a alguien, y Tess recordaba que se había sentido más aliviada que apenada. Quizá ella no estaba hecha para encontrar un compañero, pensaba mientras volvía al apartamento de Ashley. La quintaesencia de las maestras de escuela, ésa era ella.

Se le pasó por la cabeza una imagen de ella y Castelli en la playa, pero la apartó inmediatamente. Aparte del hecho de que había sido ella la que había iniciado aquel encuentro, era evidente que él había estado tomándole el pelo. Era un hombre viril, y quizá se había sentido hala—gado al ver que una chica joven se acercaba a él. Incluso si hubiera sentido pena por ella, y ésa era una alternativa que Tess no quería considerar, no le había resultado difí
—

cil fingir una respuesta convincente.

Realmente la había convencido. Su estómago aún le daba vueltas cuando recordaba los sentimientos que había despertado en su interior. Aún podía saborear su beso, sentir el calor de su lengua en su boca. Ella sabía que él estaba excitado físicamente. Eso era algo que no había sido capaz de ocultar. A pesar de eso, le había resultado muy fácil apartarse de ella.

Tess no comprendía cómo él había sido capaz de desconectar de sus sentimientos como si fuera una máquina. O quizá ni siquiera había utilizado sus sentimientos. Era evidente que Tess se había equivocado al pensar que él había estado tan ansioso como ella. Mientras que ella había estado imaginando lo maravilloso que sería hacer el amor con él, él había tenido en mente otros planes.

¿Pero qué planes? Si no hubiera sido porque había evitado el tema de Ashley durante todo el camino de vuelta a San Michele, Tess hubiera sospechado que encontrar a su hermana aún era su principal preocupación. Quizá había pensado que seduciéndola podría obtener alguna confesión.

Pero Tess se había equivocado. Mientras ella había estado conteniendo sus deseos, ahora reprimidos, él había estado hablando de sus intereses en el vino y la recogida de la uva, y de cómo mucha

gente estaba dejando las ciudades para comenzar una vida en el campo. Se había comportado como si nada hubiera ocurrido, como si no fuera consciente de cómo ella se sentía.

Estaba segura de que nunca lo perdonaría por aquello. Ser rechazada era una cosa, ser ignorada era otra muy distinta. Pero, siguiendo el ejemplo de Ashley, ¿qué había es—perado? Castelli no quería de ella más que información. No se preocupaba por ella.

Sólo se preocupaba por su hijo.

Capítulo 9

TESS compró algo de pollo y verduras de camino a casa y las salteó para la cena. No estaba particularmente hambrienta, pero no había razón para dejar de comer porque hubiera hecho el ridículo frente a un hombre. No era la primera mujer que hacía eso ni sería la última. Y ella al menos tenía la satisfacción de que Castelli no se había mostrado totalmente indiferente hacia ella.

También había comprado vino pero, aunque lo dejó sobre la encimera, no abrió la botella. Una cosa era prepararse una cena en condiciones por primera vez. Beberse ella sola una botella de Lambrusco era otra cosa. Por el contrario, tras hacer un esfuerzo supremo por disfrutar de la comida, se preparó una taza de café instantáneo y se lo llevó al balcón que había junto a la habitación.

Al día siguiente era viernes. Tess contuvo el aliento al recordar lo que había dicho la madre de Ashley, se sorprendió al no haber vuelto a saber de ella. Rezó para que la razón no fuera que Andrea hubiese decidido cumplir su amenaza y presentarse en Italia.

Eso era justo lo que necesitaba, que su madrastra apareciese de improviso. ¿Dónde se alojaría? El apartamento no era lo suficientemente grande para dos personas y Tess imaginaba que sería ella misma la que tendría que buscarse otro lugar para estar.

De pronto llegó una carcajada de abajo. Obviamente sus vecinos estaban dando una fiesta y ella los envidiaba por su diversión. Pensaba que si viviera allí, como Ashley, habría hecho un esfuerzo por hacerse amiga de los demás vecinos. Había visto a una pareja joven entrar y salir del edificio y le habían parecido simpáticos. Habría estado bien también el mejorar su italiano. Y también habría estado bien invitar a alguien para compartir la cena. Alguien que, al contrario que Silvio, no esperara algo más que comida y conversación.

Estaba planteándose abrir el vino como compensación por estar allí sola cuando todos los demás parecían pasárselo estupendamente y en ese momento alguien llamó a la puerta.

Tess se quedó helada por un momento y luego miró el reloj. Eran más de las nueve.

Demasiado tarde para una visita informal. Tenía que ser Andrea. ¿Quién más podría ser?

Estuvo tentada de fingir que no había nadie. La madre de Ashley

no tenía llave, evidentemente, y Tess dudaba que el conserje dejara que una extraña entrase en el apartamento. Pero tendría que enfrentarse a ella tarde o temprano y no tenía la maldad para no abrirle la puerta. Dejó la taza vacía en el fregadero y fue a abrir.

No era Andrea. El hombre que esperaba fuera era la última persona que hubiese esperado ver, y lo miró con incredulidad.

—Deberías haber mirado quién era antes de abrir la puerta —dijo Castelli a modo de saludo—. ¿A quién esperabas?

—A nadie —dijo ella demasiado sorprendida para mentirle—. No esperaba a nadie. ¿Qué haces aquí, *signorel* ¿Visitando los suburbios?

—No acepto eso como respuesta —dijo él—. ¿Estás sola?

—¿A ti qué te importa? —contestó ella sin ninguna intención de respetar sus sentimientos.

La imagen de la cara de arrepentimiento que había puesto cuando la había rechazado en la playa aún estaba demasiado presente. ¿Cómo se atrevía a ir allí y a comportarse como si tuviera algún derecho para cuestionar su comportamiento? A no ser que la visita fuera para hacer que se disculpara por lo que le había dicho a su madre. Si era así, estaba perdiendo el tiempo.

—¿Puedo entrar?

—¿Por qué?

—Porque deseo hablar contigo —dijo él pacientemente—. Y preferiría que hablásemos en privado.

—No creo que quiera hablar contigo esta noche, *signore* —dijo ella, intentando ignorar la esperanza de que hubiera ido allí para disculparse él. Además, pensó que sería mucho mejor si no pasaba mucho tiempo a solas con él. Aunque fuera una locura, no confiaba en ella misma cuando él estaba presente—. Iba a irme a dormir.

—¿A las nueve y cuarto? —preguntó él con escepticismo—. No creo, *cara.*

—No me llames así —dijo Tess furiosa—. Y la verdad es que no es asunto tuyo lo que yo haga, *signore.* Estaré en la galería por la mañana. Si tienes algo que decirme podrás esperar hasta mañana.

—¡Tess!

Su voz se había suavizado y era más profunda y persuasiva. Le hizo sentir un vuelco en el estómago, una sensación que se extendió por todo el cuerpo. Las emociones se extendían por todo su cuerpo,

de manera que tuvo que apoyar una mano en el marco de la puerta para evitar tambalearse.

Pero, de algún modo, encontró las palabras adecuadas para hablar.

—Si ésta es la manera que tienes de convencerme para que me disculpe por lo que le dije a tu madre, me temo que no vas a tener suerte. Lo que dije lo dije de verdad, y puedes decirle de mi parte que no me pareció correcto que se marchara sin ni siquiera cerrar la puerta.

Castelli frunció el ceño. Entonces le quitó la mano del marco a Tess y la obligó a quitarse de en medio y entró, cerrando la puerta tras él.

El portazo retumbó por todo el apartamento y Tess estaba a punto de pedirle que se marchara de allí cuando él habló.

—¿De qué diablos estás hablando? No sabía ni que habías conocido a mi madre.

Tess abrió la boca. No quería creerlo, pero había algo convincente en su mirada que la hizo no poder evitarlo.

—Vino a verme a la galería. Pensé que lo sabías.

—Pues es evidente que no.

—No —repitió Tess—. Lo siento. Había imaginado que ésa era la razón de tu visita.

Castelli puso cara de derrotismo.

—Naturalmente —dijo mientras se dirigía hacia el salón para observar las luces del puerto desde la ventana—. ¿Qué otra razón podría haber?

Tess se mordió el labio inferior. No iba a sentir pena por él. Porque entonces estaría en peligro. Y, como no tenía una respuesta satisfactoria para él, fue indulgente consigo misma por un momento y fingió que había ido a verla a ella.

De espaldas a ella, Tess podía mirarlo sin sentirse observada y pudo detenerse en sus anchos hombros, que resaltaban con el polo color negro que llevaba puesto. Los pantalones negros que llevaba eran ajustados y remarcaban sus fuertes piernas.

Viéndolo en general, su atuendo no era el típico que llevaría a una reunión social. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué había ido allí a verla a ella después de todo?

En ese momento se despertó en ella un deseo puramente

visceral, pero antes de que pudiera decir nada estúpido, recobró el sentido común.

—Ashley —dijo ella antes de que su respiración agitada pudiera delatarla—. Has venido por lo de Ashley. ¿Sabes ya donde están?

Entonces él se dio la vuelta mientras se metía las manos en los bolsillos, haciendo que la tela del pantalón a la altura de los muslos se volviera más ajustada. Tess tenía los ojos puestos justo ahí.

—No —dijo él con voz inexpresiva—. Verdicci no ha tenido suerte en Génova. Si tu hermana ha alquilado un coche, lo ha hecho con otro nombre.

—Oh —dijo Tess—. ¿Podría hacer eso?

—Si tiene un cómplice —contestó Castelli—. ¿Sabes si tiene amigos aquí en San Michele?

—No que yo sepa —contestó ella, segura de que Ashley nunca había dicho nada de ningún amigo en particular. Desde luego nadie que estuviera dispuesto a ayudarla a hacer algo ilegal—. Sólo lleva aquí nueve meses. Es poco para tener una relación cercana con alguien.

—Excepto con Marco —observó Castelli, y Tess notó su frustración—. Cuéntame lo de mi madre. Supongo que vino para preguntarte sobre tu hermana. ¿Qué hizo que te molestó?

—¿Por qué piensas que me molestó? —preguntó ella encogiéndose de hombros.

—Has dicho que si venía aquí en busca de una disculpa no iba a tener suerte. Por favor, cuéntamelo. Quisiera saber las razones que tenía para hablar contigo.

—Oh, ya sabes. Pensaba que yo sabía más cosas de las que había dicho.

—¿Que sabías más cosas de las que me habías dicho?

—Algo así.

—Mmm —dijo él mientras sacaba las manos de los bolsillos y se cruzaba de brazos—. Me temo que no quedó satisfecha con los resultados que yo conseguí. ¿Te contó lo decepcionante que había sido yo para ella como marido y como padre?

—¡No! —dijo Tess sorprendida—. No dijo nada de eso.

—¿Pero dejó implícito que era culpa mía que Marco se hubiera ido con tu hermana?

—No —dijo Tess negando con la cabeza—. Le echó la culpa a

Ashley, no a ti. Ni a Marco.

Dijo que Ashley había corrompido a su nieto. Que no era más que un niño. Y cuando le dije que los chicos de dieciséis años no se consideran niños en Inglaterra, también me criticó por ello. A ti prácticamente no te mencionó.

—Me decepcionas —dijo Castelli sardónicamente.

—Bueno, estoy segura de que no aprueba que te hayas asociado conmigo —dijo Tess colocándose las manos en las caderas y dándose cuenta de que se había puesto unos vaqueros rotos al llegar a casa, los cuales difícilmente eran atractivos—. Seguro que piensa que te corromperé a ti también.

—¿Crees que es eso posible, *coral* Yo no soy un chico que se deja impresionar por el aspecto de una mujer. Con mi experiencia, una cara bonita tiene un atractivo limitado.

Si tuviera que elegir, elegiría la inteligencia a la belleza.

—Qué noble de tu parte —dijo Tess sin poder ocultar su amargura—. ¿Por eso te dejó tu mujer?¿Porque no llegaba a esos ideales?

En ese momento Castelli se movió y Tess tuvo que resistirse para no meterse detrás de la barra que separaba la cocina del resto de la sala. Pero lo único que hizo él fue frotarse las palmas de las manos contra los pantalones. Parecía estar más pensativo que furioso. Era como si estuviese considerando sus palabras y pensando qué contestar.

—No voy a discutir de mi mujer contigo —dijo él—. **Sus** razones para haberme dejado no forman parte de esta ecuación.

—Así que yo tenía razón —dijo ella sorprendida por su propia temeridad—. Eres igual que tu madre y que Maria. Los Castelli pensáis que nunca os equivocáis.

— ¡No! —exclamó él, furioso, y por primera vez Tess fue consciente de que estaban solos— Te equivocas —añadió mientras se acercaba a ella—. Gina y yo no nos separamos porque yo tuviera en mente unos ideales. No, a no ser que consideres que el hecho de que prefiriera dormir en otras camas no sea justificación.

Entonces Tess sí se colocó detrás de la barra.

Se sentía avergonzada. Había estado tan empeñada en anotarse tantos que no se había dado cuenta de las heridas que podía estar causando.

—Lo siento —dijo ella—. No debería haber dicho eso. Culpa a tu madre. He aprendido a defenderme con ella.

—Pues lo haces muy bien —dijo él—. Pero te equivocas conmigo. La opinión que tengo sobre mi carácter es muy pobre.

—¿Ah, sí? —dijo ella mientras tomaba la botella de vino que había dejado en la encimera previamente. La etiqueta no le decía nada, pero fingió leerla. Cualquier cosa con tal de evitar la sensual mirada de sus ojos.

—Parece que tú tuviste la última palabra. En lo que respecta a mi madre —dijo él tras un momento. A Tess cada vez le resultaba más difícil recordar por qué estaba enfadada con él.

—Fue sólo porque se disgustó —admitió ella abriendo un cajón tras haber dejado la botella. Buscar el sacacorchos le proporcionó otra excusa para no tener que **mirarlo—.** Le sugerí que se fuera a la oficina a calmarse un poco. Luego se marchó por la salida trasera sin ni siquiera cerrar la puerta.

—Se disgustó —repitió él con incredulidad—. Eso no suena mucho a la mujer que yo conozco. Lucia no se disgusta. No a no ser que sea por algún propósito suyo.

—Bueno, quizá quería estar un rato sola en la oficina —sugirió Tess tras encontrar el sacacorchos—. Yo.. bueno, no estoy segura de esto pero creo que estuvo registrando el escritorio de Ashley.

—*Non credo!* —dijo Castelli sorprendido—. No. Lucia puede ser muchas cosas, *cara,* pero no es una ladrona.

—Te creo —suspiró Tess—. Pero creo que estaba buscando algo.

—¿Qué?

Tess se encogió de hombros y, al haber encontrado el sacacorchos, se vio obligada a usarlo. Estaba comenzando a clavar el gancho en el corcho cuando Castelli rodeó la barra para hacerlo él.

—Déjame a mí —dijo él con evidente impaciencia—. Entonces a lo mejor me explicas de lo que estás hablando.

Tess no lo contradijo. Se echó hacia atrás y le dejó hacer. Pero la cocina era muy pequeña y él estaba demasiado cerca. No podía pasar por detrás de él sin rozar su cuerpo. Y eso era lo último que quería hacer en su estado.

En vez de eso se quedó mirando sus manos mientras descorchaba la botella en un intento por distraerse. Pero era

demasiado consciente de la fuerza de sus brazos y de su pecho.

Era toda masculinidad, todo hombre, y ella no habría sido humana si no hubiese reaccionado ante eso. Sobre todo después de lo que había ocurrido entre ellos. Sus pechos palpitaban anticipando una caricia que no iban a recibir y Tess se cruzó de brazos para ocultar su reacción.

Tenía la boca seca y, dándose cuenta de que él esperaba una explicación, dijo rápidamente:

—Creo que tu madre estaba buscando información sobre Ashley. Quizá pensó que a mí se me había pasado algo cuando lo examiné.

Castelli sacó el corcho antes de contestar. Luego dejó la botella sobre la encimera y dijo:

—¿Y encontró algo?

—No que yo sepa —dijo Tess—. ¿Por qué? ¿Crees que sí?

—Hasta este momento ni siquiera sabía que te había visto —dijo él secamente y frunciendo el ceño—. Pero hoy no la he visto, así que ¿quién sabe?

—Espero que no sigas pensando que te he ocultado el paradero de Ashley —dijo ella indignada—. No hace falta que lo niegues —continuó acaloradamente—. Por eso has venido, ¿verdad? Porque tu madre ha desaparecido y pensabas que yo sabría dónde estaba, ¿no?

—No seas ridícula —dijo él con impaciencia—. Acabo de decirte que no sabía que Lucia había ido a la galería hasta este momento.

—Eso has dicho.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, sólo tengo tu palabra de que no sabías de su visita —dijo Tess con aire desafiante—. Y has de admitir que aún no me has dado una razón convincente por la que has venido.

Castelli se apoyó sobre la encimera y dijo con ironía:

—Bueno, es evidente que no estoy aquí porque me hayas invitado. Seamos sinceros el uno con el otro. ¿Tú quieres que me marche?

« ¡Sí!».

Pero no podía decirlo. No quería decirlo, para ser sincera consigo misma.

—Creo que sabes exactamente lo que quiero —dijo ella finalmente mientras se daba la vuelta para abrir un armario que tenía encima. Como Castelli había abierto el vino, habría sido una

grosería no ofrecerle una copa—. Creo que hay vasos en alguna parte.

¿Por qué no te tomas una copa antes de irte?

—¿Tengo otra opción?

Ella estuvo a punto de dejar caer los dos vasos que había encontrado en el armario.

Aquellas palabras habían sonado justo detrás de ella, y pudo sentir su aliento caliente en la nuca.

Miró hacia abajo y vio que había colocado cada mano a uno de los lados de la encimera, cortándole la salida. Si se daba la vuelta, su cara estaría sólo a unos centímetros de la de él. No sabía siquiera si habría espacio suficiente para respirar, pero no se sentía lo suficientemente segura como para probar.

—¿Qué haces? —preguntó, sorprendida de que su voz sonara tan normal—. ¿Quieres vino o no?

—Si es como tu café, entonces debería pasar —bromeó él—. *Dio,* Tess. ¿Me perdonarás algún día por lo que ocurrió ayer? Sé que te hice daño. No hace falta que lo niegues. Y

quiero que sepas que he sufrido por ello desde entonces.

Capítulo 10

ELLA NO lo creía. —No te molestes —dijo ella ignorando los sentimientos de debilidad que sus falsas palabras provocaban—. Ya lo he olvidado.

—No creo. Si lo hubieras olvidado, no estarías aquí, atemorizada de darte la vuelta y mirarme —dijo él, y le sopló en el cuello—. *Non abbia paura.* No tengas miedo de mí, *cara.*

No haré nada que no quieras que haga.

Tess sintió una momentánea punzada de cinismo. Él podría decir eso porque pensaba que sabía lo que ella estaba pensando, lo que sentía. Y quizá era así, pero nunca lo sabría. No tenía intención de que volviera a dejarla por tonta.

Dejó el vaso en la encimera y reunió el valor para darse la vuelta. Pero se apoyó todo lo que pudo en la encimera para evitar el inevitable roce entre sus pechos y el de él. Hizo un esfuerzo por fijarse en un punto más allá de la oreja derecha de Castelli.

—¿Y si quiero que te vayas?

—Entonces haré lo que desees —dijo él dejando caer las manos —, Pero antes, hay algo que quiero decirte.

—¿Qué?

—Me has preguntado por qué he venido —dijo él con suavidad —. ¿Me creerías si te dijera que la única razón por la que he venido es para verte de nuevo?

—¡No! —la palabra salió disparada de sus labios y, en esa ocasión, no tuvo ningún reparo en echarlo a un lado y escapar de él al otro lado de la habitación. Debía haberlo imaginado. Él estaría dispuesto a usar cualquier, método para salirse con la suya y ella se lo estaba poniendo fácil—. Creo que deberías irte, *signore.* Antes de que llame al conserje y haga que te eche.

Lo cual era ridículo teniendo en cuenta que el viejo conserje tenía setenta años.

—No creo que hagas eso, *cara* —dijo él rotundamente—. No creo que quieras hacer una escena.

—No apuestes —dijo Tess, odiando el hecho de que pudiera adivinar sus pensamientos con tanta facilidad—. Sé que piensas que porque Ashley parezca que no tiene escrúpulos yo soy igual. Pero no, lo que ocurrió en la playa fue un error. Fue sensato parar.

—Puede que tengas razón —dijo él con un suspiro—. Y

probablemente haya sido un error también venir aquí. Ha sido un momento de debilidad. Quería verte y no me detuve a pensar lo que te parecería a ti.

—Oh, por favor —dijo Tess—. Ambos sabemos por qué has venido aquí y no ha sido para rogar que te perdonara ni nada de eso. No sabías qué hacer y recordaste lo fácil que había sido seducirme. No puedo culparte por eso, pero no tengo por qué demostrártelo.

—Te equivocas —dijo él vehementemente—. Confundes las razones por las que he venido y te equivocas con lo que pasó en la playa.

—No creo —comenzó ella, pero él la cortó. —¿Qué? —preguntó él con amargura—. ¿Crees que si yo fuera el tipo de hombre que crees que soy me habría comportado de forma tan galante? Y por cierto, no te seduje, *cara.* Lo deseaba. Admito que lo deseaba. ¿Por qué no? Eres una mujer muy deseable. Pero, al contrario de lo que crees, yo no me acuesto con mujeres que tienen pocos años más que mi hija. Tengo unos límites. Y sé que soy mayor para ti. Eso es lo que quería decirte.

—¿Y por qué venir aquí? —preguntó Tess—. ¿Por qué hacer un viaje especial para decirme algo que no me creo y que tú tampoco te crees?

—Eres muy testaruda, Tess —dijo él—, Y quizá tengas razón. Quizá he venido aquí pensado que te alegrarías de verme. Me gustas. Me gusta estar contigo. Y si piensas que quería dejarte marchar la otra tarde. . —suspiró—. Creo que ni tú podrías ser tan insensible.

Tess sintió la fuerza de sus palabras en su estómago. Su cuerpo vibró con la energía sexual que él generaba y, aunque estaba haciendo todo lo posible por mantenerse impasible, había algo en su cara que indicaba vulnerabilidad.

—¿Qué dices? —preguntó ella despreciándose a sí misma por estar dándole una oportunidad—, ¿Que la única razón por la que me dejaste escapar en la playa fue que piensas que eres demasiado mayor para mí?

—No del todo. También pensaba en mí mismo.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo ella moviendo la cabeza y tuvo que contener el aliento cuando él se acercó y la agarró por la

cintura.

—*¡Stammi a sentiré!* —dijo él—, ¡Escúchame! Crees que eres la única aquí con algo que perder, pero te equivocas. No voy a proporcionarle diversión a alguien que no busca más que una aventura para las vacaciones.

—Entiendo.

—¿Ah. Sí? ¿Y también entiendes que tocarte de este modo es un error?

—Entonces suéltame —dijo Tess sintiendo un escalofrío.

—¿Para hacer qué? —dijo él arqueando las cejas—. ¿Dejarte con la impresión de que no soy lo suficientemente fuerte para controlar mis propios sentimientos? *Dio,* Tess, esto no estaba destinado a ocurrir. Tú eres la conexión hacia mi hijo. Ésa debía ser la única razón por la que pasáramos tiempo juntos.

—Y así es —dijo Tess casi sin aliento, consciente de la fuerza con la que él le agarraba la cintura. El calor de sus dedos se extendió por su cuerpo. Se humedeció los labios, consciente de lo que estaba haciendo—. ¿Por qué no nos tomamos una copa de vino?

Creo que los dos necesitamos tiempo para relajarnos.

—¿Ah, sí? —dijo él. Entonces la presionó contra su cuerpo y la besó.

Su beso fue eléctrico. Tan pronto como sus labios se fusionaron, Tess sintió una debilidad insoportable, que amenazaba con quebrar sus rodillas. Le resultaba increíblemente difícil mantener los ojos abiertos. Él la observaba y veía lo fácil que le resultaba seducirla. Pero sus ojos de depredador también emanaban calor y sorpresa.

La boca de Castelli cada vez pedía más. Él soltó la cintura de Tess para posar sus posesivas manos sobre sus caderas. La acercó más a él para que pudiera sentir su erección contra su estómago y no dejarle duda alguna de que estaba tan excitado como ella.

Tess apretó los puños por un momento, pero su deseo por tocarlo se hizo irresistible.

Con un pequeño gemido de sumisión, alzó las manos y las colocó alrededor de su cuello.

La respuesta de él fue acercarla más aún, quedando sus cuerpos totalmente pegados.

Sus manos ardían en sus muslos justo antes de colocarlas en sus

nalgas para levantarla.

El efecto sexual de aquel roce fue increíble. Tess tenía los pechos duros y una gota de sudor resbalaba entre ellos. No llevaba sujetador y sabía que la humedad debía de estar humedeciendo su camiseta.

—*Ti voglio* —susurró él contra su barbilla—. Te deseo —repitió levantando la cabeza para mirarla—. Y esta noche estoy lo suficientemente loco para hacer cualquier cosa, así que si tienes alguna duda, detenme ahora.

Tess pensó que le habría resultado imposible. Sus propios deseos eran como un fuego que la consumía por dentro. Sabía lo que él quería decir. Que estaba dispuesto a entregarse del todo pero que no prometía nada. Pero dudaba que pudiera resistirse a él cuando aquélla podía ser su única oportunidad de estar con él.

—No soy una niña —dijo ella—. Ni una virgen. No tienes por qué preocuparte por mí. Sé lo que hago.

—¿Ah, sí? —murmuró él pasándole una mano por la mejilla antes de deslizaría hacia uno de sus pechos. El pezón estaba duro y él deslizó su dedo pulgar arriba y abajo—. La cuestión es ¿sé lo que hago yo?

Tess estaba temblando. Sus caricias la derretían por dentro, pero sus palabras la inquietaban ya que implicaban cierta ambivalencia.

—No tienes dobles intenciones, ¿verdad?

Castelli negó con la cabeza mientras deslizaba su mano por debajo de su camiseta con facilidad. Observó la reacción de Tess mientras le acariciaba el pecho y encontraba el pezón que había estado acariciando. Tess pensaba en el efecto mucho más erótico que tenía su pulgar sobre su piel desnuda.

Se estremeció y se inclinó hacia él.

—No estoy hecho de hielo, *cara.* ¿Crees que puedo tocarte así y no querer verte? Puede que no sepa lo que hago, pero no puedo parar. Te deseo desde el día en que te vi.

«Yo también», pensó Tess, aunque no tuvo el coraje para decirlo. Al contrario, se apartó de él y le tomó la mano.

—¿Quieres ver el dormitorio? —preguntó, sorprendida por su propia temeridad. Él inclinó la cabeza a modo de asentimiento.

No fue hasta que abrió la puerta que no recordó que no había hecho la cama aquella mañana. La sábana, lo único que usaba para

taparse, estaba revuelta y las almohadas aún tenían la forma de su cabeza. Le soltó la mano y salió corriendo para arreglarlo todo un poco. Pero Castelli la agarró antes de que pudiera hacer mucho y la abrazó con fuerza.

—Deja de tener miedo —dijo él—. Tenemos toda la noche —añadió mientras le quitaba la camiseta por la cabeza.

A Tess le resultó difícil no sentirse avergonzada mientras él la miraba. Pero sus pechos estaban firmes y no tenía razón para avergonzarse de ellos. De todas formas sintió un cosquilleo en el ombligo cuando él colocó sus manos sobre ellos. Y cuando Castelli inclinó la cabeza y hundió la cara en su escote, Tess se estremeció completamente.

Cuando él levantó la cabeza de nuevo, ella tenía la cara roja y los mechones de pelo húmedo enmarcaban sus mejillas. Le metió un muslo entre las piernas y ella las separó obedientemente.

—¿Sabes que llevamos demasiada ropa? —preguntó él con voz profunda. La soltó y se quitó la camisa por la cabeza. Entonces los pechos de Tess quedaron directamente expuestos sobre el torso de él, cuyo pelo oscurecía su piel morena.

Tess se quedó mirando. No pudo evitarlo. Ya se había imaginado antes que su cuerpo sería, fuerte y atlético y por fin podía comprobarlo. Él tenía los pezones erectos, el estómago plano y musculado y más abajo se adivinaba otra línea de pelo justo donde empezaban los pantalones.

Antes de poder evitarlo, Tess le quitó el cinturón. Casi inmediatamente los pantalones le cayeron hasta los tobillos y ella se quedó frente a frente con la erección más grande que jamás había visto.

—Puedes tocarme —dijo él mientras liberaba sus pies de pantalones y zapatos—, ¿Pero no crees que primero deberíamos quitarte esos pantalones?

Le bajó la cremallera lentamente y desabrochó el botón, pero cuando iba a bajárselos, ella los agarró alarmada.

—Me. . Me di una ducha cuando llegué a casa —dijo ella—. No me puse ropa interior. ¿No deberíamos cerrar las cortinas primero?

—¿Por qué? —preguntó él sorprendido ante su pudor—. ¿Quién puede vernos?

«Tú puedes verme», pensó Tess, y soltó los pantalones vacilante.

« ¿Qué diablos?», pensó. Iba a verla tarde o temprano.

Los vaqueros le cayeron hasta los tobillos. Entonces fue Castelli el que la miró, y ella se sintió incómoda.

—*Leí é bella* —dijo él—. Eres preciosa, *cara.* No te avergüences de tu cuerpo. Es perfecto en todos los sentidos.

Tess no le creía en absoluto. No tenía sobrepeso, era cierto, y sus piernas eran delgadas, pero distaba mucho de ser perfecta. Castelli, por otra parte, era magnífico. Se preguntaba por qué no habría vuelto a casarse. Estaba segura de que no sería por falta de ofertas.

—Ayúdame —dijo él. A ella se le secó la boca. No estaba acostumbrada a ese tipo de comportamiento desinhibido y quitarle los bóxers le parecía demasiado.

Pero quería estar cerca de él. Él señaló hacia sus bóxers y ella se acercó.

—¡Eh! —dijo él suavemente mientras la agarraba por la cintura sin dejar que se acercase más—. No tengas miedo. No muerde.

—No tengo miedo —dijo Tess—. Es sólo que no estoy acostumbrada a.. bueno, a esto.

—Oh, *amantísima* —dijo él con voz profunda—, ¿No crees que ya me he dado cuenta de eso? —dijo, y le tomó la mano—. Deja que te enseñe. Será un placer ser tu tutor.

Él le cubrió los dedos con los suyos y los utilizó para bajarse los bóxers. Tess se humedeció los labios al ver aquello. Quería probarlo, así que agarró suavemente el miembro de Castelli.

Sus dedos se movieron automáticamente y él emitió un gemido. La besó de nuevo y la acercó a él, pero en esa ocasión ya no había barrera alguna entre los dos.

El deseo de Tess aumentaba cada vez más. Se pegó a él, regocijándose en la libertad que él le había dado para hacer lo que quisiera. Sintió su erección contra el estómago y arqueó la espalda instintivamente. No podía esperar a tenerlo más cerca.

Cuando el beso acabó ella emitió un sonido de protesta. Pero entonces él la tomó en brazos y la llevó a la cama. Tess sintió la sábana fría contra su espalda mientras separaba las piernas casi instintivamente, invitándolo a poseerla para acabar con su deseo.

Pero en vez tumbarse entre sus piernas, él se colocó tumbado a su lado, apoyándose en un codo. Ella se giró para hacerle ver lo que realmente deseaba pero, aunque era evidente que él sabía lo que

ella quería, simplemente le rozó el hombro con los labios.

—Castelli. .

—Rafe —la corrigió él—. Mi nombre es Rafe. Quiero que lo uses. Estoy harto de ser Castelli para ti.

—Rafe —dijo ella obedientemente—. Rafe, por favor. ¿No quieres hacer el amor conmigo?

Lo necesito —dijo ella—. La necesidad crece en mi interior. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Tengo una vaga idea —bromeó él, y se acercó para darle un mordisquito en uno de sus pechos. Tess tembló violentamente.

«Oh, Dios», pensó ella. «No sé cuanto tiempo más voy a poder aguantar así».

Pero, aunque se retorcía bajo su tacto, era algo sumamente placentero. Mientras él se deleitaba con sus pechos, deslizaba los dedos por su estómago. Se detuvieron en el hueco de su ombligo y luego se deslizaron entre sus piernas. Estaba volviéndola loca y estaba segura de que lo sabía.

Rafe utilizó su pulgar para acariciarle su zona más húmeda, ignorando sus gemidos de protesta, mientras introducía dos dedos en su interior. Los dedos imitaban el movimiento de la cópula y, en poco tiempo, Tess se retorcía debajo de él.

Su orgasmo fue alucinante y le produjo a Rafe una cara de inmensa satisfacción. Se preguntaba si eso era todo lo que él deseaba, jugar con ella sin ninguna participación real por su parte. Entonces él apartó la mano y se la llevó a la boca.

—No, por favor —dijo ella desesperadamente, sintiendo cómo empezaba a excitarse de nuevo. Por muy placentero que fuera, no era eso lo que deseaba. Se apoyó sobre los codos intentando detenerlo. Pero Castelli continuó con su asalto sexual. Ella volvió a tener otro orgasmo, casi inmediatamente.

Él esperó hasta que ella se derrumbó sobre las almohadas antes de colocarse encima.

—Ha estado bien, ¿verdad? —preguntó él con voz profunda y ella movió la cabeza de un lado a otro.

—Ha estado bien —dijo, se incorporó y lo besó con fuerza.

El beso fue tan caliente y apasionado como antes, pero seguro que él notó las lágrimas de Tess en sus mejillas.

—¿Por qué lloras? —preguntó suavemente—, ¿Qué he hecho

mal?

—No has hecho nada mal. No has hecho nada —confesó ella con tristeza.

Ella no podía continuar y Castelli capturó una de sus lágrimas con la lengua.

—Ya te lo he dicho —dijo él—. Tenemos mucho tiempo. No voy a ninguna parte, *cara.*

Relájate. Sólo quiero que recuerdes esta noche.

No dijo «cuando me haya ido», pero las palabras estaban implícitas. Como si alguna vez fuese a poder olvidarlo, pensaba Tess. Se preguntaba si se arrepentiría de aquello cuando estuviese en Inglaterra, pero no era algo en lo que quisiese pensar. Aquélla era una noche sacada del tiempo. Un recuerdo que la consolaría en los años venideros.

Él se movió entre sus piernas, colocándose sobre ella, pero cuando ella intentó acariciarlo con sus labios, él se apartó.

—Ahora no, *cara* —dijo—. Soy humano. Y quiero estar dentro de ti cuando.. bueno, tú sabes lo que quiero decir.

Tess no lo contradijo. Estaba deseando que la penetrase y lo animó con sus ojos llenos de deseo. Había estado medio atemorizada ante la posibilidad de no ser capaz de albergar el tamaño de su miembro, pero su cuerpo se estiró y él la penetró sin dificultad.

Ella se sintió completa entonces y, aunque había imaginado que no podría excitarse una tercera vez, él pronto demostró que se equivocaba.

También se dio cuenta del control de hierro que Castelli parecía tener sobre sus emociones. Respiraba regularmente, tenía el labio superior sudoroso. Sus manos se deslizaron por debajo de sus nalgas, elevándola hacia él. Y, cuando comenzó a moverse, el sonido de sus cuerpos sudorosos frotándose, fue música a oídos de Tess.

—¡Dios! —gimió ella, dando voz a las sensaciones que se acumulaban en su interior y, casi sin darse cuenta, colocó las piernas alrededor de las caderas de Castelli. Nunca había imaginado poder sentirse así, **tan** desinhibida con un hombre. Las inadecuadas experiencias que había tenido con anterioridad no la habían preparado para hacer el amor con Castelli.

—Mírame —dijo él—. Quiero que sepas quién está contigo. Quiero que sepas que estamos juntos. No quiero que sepas dónde acaba tu cuerpo y empieza el mío.

Ella asintió, demasiado excitada para usar palabras que expresaran cómo se sentía. En vez de eso, le tomó la cara y le dio una respuesta con sus labios.

Sus movimientos se aceleraron y ella sintió que sus propias sensaciones se apresuraban también. Volvió a mirarlo y vio cómo sus ojos miraban al vacío, hasta que alcanzaron ese aspecto inconfundible cuando él alcanzó el orgasmo.

Capítulo 11

TESS se despertó a la mañana siguiente sintiéndose un poco mareada y dolorida mientras alguien llamaba a la puerta.

Pensó que había bebido demasiado vino la noche anterior y casi creía que los golpes estaban en su cabeza. Pero sabía que el dolor de cabeza era un síntoma menor de lo que realmente le ocurría y, aunque sabía que debía ir a ver quién era, decidió enterrar la cabeza en la almohada.

Castelli no se había marchado hasta casi el amanecer. Habían pasado casi toda la noche juntos y, aunque habían dormido muy poco, Tess pensaba que había sido la noche más maravillosa de su vida.

Mientras ella se recobraba de uno de sus encuentros sexuales, Castelli había ido a la otra habitación y había regresado con el vino y dos vasos. Sintiéndose como en casa, se había arrodillado junto a ella en la cama y le había ofrecido vino y besos, y el delicioso erotismo de beberlo de sus labios.

Su comportamiento desinhibido era contagioso y pronto ella se había puesto al día.

Después de beber habían hecho el amor de nuevo.

Habían vuelto a hacerlo dos veces más. La última vez tan lentamente como ella podría haber deseado. Su cuerpo le dolía, pero había sido un tormento dulce, un tormento que habría sufrido durante el resto de su vida.

Pero eso no ocurriría. Lo sabía. Lo sabía desde antes de invitarlo al dormitorio. Castelli no le había proporcionado ningún compromiso, no le había prometido nada. Cuando se marchaba aquella mañana, no le había dicho nada sobre volverla a ver. Y, aunque sabía que tendrían que ponerse en contacto otra vez cuando Ashley y Marco apareciesen, sabía que a él no le costana nada alejarse de ella.

Los golpes volvieron a empezar y Tess se colocó la sábana sobre la cabeza para acallar el ruido. No funcionó, pero apagó la luz de la mañana que entraba por las ventanas, que no tenían las cortinas echadas. Lo cual le recordó de nuevo lo que había ocurrido la noche anterior. Hacer el amor a la luz de la luna. Lo más romántico de todo.

Sabía que tenía que pensar en levantarse e ir a la galería. Aún

estaba sustituyendo a Ashley, al menos hasta principios de la semana siguiente. No contaba con el hecho de que le habría encantado quedarse donde estaba durante todo el día. Tenía que hacer lo que había dicho que iba a hacer, aunque a nadie más pareciese importarle las reglas.

Se dio cuenta de que algunos pensarían que había sido una tonta. Ashley desde luego, si alguna vez se enteraba. Su hermana nunca se habría comportado de aquella manera tan imprudente.

¡Su hermana!

Tess emitió un gemido. ¿Qué hora era? Existía la posibilidad de que Andrea apareciese en cualquier momento como había amenazado. Imaginaba lo que diría si su madrastra llegase y la encontrase aún en la cama.

Se quitó la sábana de encima e hizo un esfuerzo por incorporarse. Parpadeó y consiguió enfocar el despertador de la mesilla. Vio horrorizada que eran casi las once.

Debía de haberse vuelto a dormir después de que Castelli se hubiera marchado. Se había sentido muy cansada, aunque ésa no era excusa.

De pronto oyó a alguien gritar. Los golpes en la puerta aún proseguían, pero iban acompañados de una voz enfadada que gritaba su nombre.

—¡Tess! —dijo la voz—. Tess Daniels, ¿estás ahí? Abre la puerta, maldita sea. No puedo entrar ni en mi propio apartamento.

¡Ashley!

Tess abrió la boca de golpe y, antes de darse cuenta, ya estaba a medio camino para abrir la puerta. Recordó que la había cerrado cuando Castelli se marchó, sin imaginar que alguien pudiera querer entrar con una llave. Entonces recordó que no llevaba nada encima para cubrirse. Ni siquiera la camiseta de hombre extra grande con la que solía dormir.

Mientras corría hacia el dormitorio en busca de su bata, recordó que los dos habían dormido el uno en brazos del otro. Desnuda y sin vergüenza, se preguntaba por qué en ese momento aquello sonaba tan sórdido. Pensó que una vez que Ashley había vuelto ya no tendría ocasión de ver a Castelli a solas.

Encontró la bata colgada en la puerta del baño. Se la puso y retrocedió sobre sus pasos hacia la puerta del apartamento, Ashley

no se rendía y Tess supuso que habría ido primero a la galería a buscarla.

A su hermana no se le había ocurrido la posibilidad de que Tess hubiera pasado la noche en otro lugar que no fuese el apartamento. Que quizá hubiese ido a una fiesta y se hubiese quedado allí. A pesar de lo que le había dicho a Silvio, Ashley no imaginaría que su hermana pudiera haber hecho amigos.

—Ya voy, ya voy —gritó Tess. Quitó el pestillo y abrió la puerta —. Lo siento. Me he dormido.

—No me digas —dijo Ashley mientras entraba en el apartamento—. Ayúdame con la maleta —añadió mientras dejaba la mochila sobre una silla—. He tenido que cargar con ella desde la galería. Supuse que estarías usando mi coche y que podría recogerlo allí.

—Lo siento —repitió Tess, y metió la maleta en el apartamento mientras su hermana llenaba la tetera de agua—. Quizá si me hubieras dicho que regresabas, habría podido ir a buscarte al aeropuerto.

—No hacía falta —dijo Ashley retirándose el pelo de la cara—. Tomé un taxi en el aeropuerto. Pensé que te sentirías aliviada porque hubiera vuelto.

—Oh, y lo estoy —dijo Tess, pero sentía cómo su furia aumentaba por momentos—. ¿Cómo está Andrea, por cierto? La verdad es que debería llamarla.

—No te molestes —dijo Ashley mirando por encima de su hombro, y Tess se preguntó si realmente su hermana pensaba que había salido airosa de todo aquello—. Está bien. Ya sabes cómo es. Siempre exagera.

Tess se metió las manos en los bolsillos de la bata y apretó los puños.

—¿Entonces has hablado con ella?

—¿Por qué? —dijo Ashley tras volver a mirarla—. Claro que he hablado con ella. ¿De qué hablas, Tess? He estado con ella toda esta semana.

—¿Ah, sí? —preguntó Tess preparándose para la confrontación —. Qué curioso. Ella dice que no te ha visto.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Ashley con la ira reflejada en su cara—. ¿Qué estabas haciendo, Tess? Maldita sea, ahora se

estará preguntando qué está pasando.

—Como nos lo preguntamos todos —dijo Tess con frialdad—. ¿Realmente pensabas que no me enteraría? Dios, Ashley, nunca dejas de sorprenderme.

—No tenías ningún derecho a investigarme —declaró Ashley—. ¿Qué te importaba a ti donde estaba? Tú te ofreciste a cuidar de la galería mientras yo estaba fuera.

—Tú me lo pediste —la contradijo Tess—. Me dijiste que tu madre estaba enferma y te necesitaba. ¿A qué diablos venía aquello?

—Bueno. Parece que te lo has estado pasando muy bien de todas formas —señaló Ashley apuntando hacia su bata—. Es evidente que no te has ceñido a tu parte del trato.

¿Cuántas veces ha estado la galería cerrada hasta la hora de comer? Yo vivo de eso, ¿te enteras?

—Oh, por favor. La galería es el menor de tus problemas y lo sabes. ¿Dónde está Marco?

¿Lo has dejado en la villa?

Ashley se quedó mirándola con la boca abierta.

—¿Qué sabes tú de Marco? —preguntó con el ceño fruncido—. Oh, Dios, has visto a su padre, ¿verdad?

Tess se sintió mareada. Por un momento había deseado que todo hubiese sido un malentendido, que Ashley no hubiese seducido al hijo de Castelli. Pero era evidente por la cara de su hermana que Marco había estado con ella. Y, al igual que Castelli, ella se imaginaba lo peor.

—¿Es que pensabas que los Castelli no intentarían localizarte? —preguntó Tess con incredulidad—. Por el amor de Dios, Ashley, Marco tiene dieciséis años.

—Casi diecisiete —dijo Ashley con impaciencia—. Sólo que su familia no parece darse cuenta. Tienen a ese chico en una urna de cristal, Tess. Es lógico que no pueda esperar a romperla.

—Así que decidiste ayudarlo, ¿no? —exclamó con amargura—. Por mucho que digas, por muchas excusas que te inventes, sólo tiene dieciséis años. ¿Realmente esperabas que su padre fuese a aprobar el que te escapases con él? Creí que tenías un poco más de sentido común.

—¿A qué te refieres con escaparme con él? —preguntó Ashley

frunciendo el ceño.

—Bueno, es lo que hiciste, ¿no? Un investigador que Cas. . que su padre contrató dijo que tomasteis un avión a Milán hace casi una semana.

—¿Y?

—¿Y? ¿Dónde diablos ibais? No estabais en el avión cuando aterrizó en Milán. Lo comprobaron.

Ashley se quedó en silencio por un momento y luego se giró para preparar el té, de modo que Tess se vio obligada a esperar. ¿Qué estaba haciendo? Se preguntaba Tess.

¿Estaría pensando qué excusa inventarse o cuánto contar? No quería saber lo detalles íntimos. Que ni se le ocurriera. Pero quería saber cómo habían evitado que los encontraran.

Tras servirse una taza de té, Ashley cruzó la sala y se sentó en el sofá con un suspiro de alivio. Dio un sorbo y miró de nuevo a Tess.

—No me mires así —exclamó—. No soy una pervertida, si es lo que estás pensando.

Tess apretó los dientes. ¿Cómo podía Ashley hablar de lo que había ocurrido como si no tuviera importancia? Tomó una silla que había junto a la mesa y se sentó en el borde mirando a su hermana.

—Muy bien —dijo—. Cuéntame. ¿Qué ha ocurrido?

—Hemos estado en Génova —contestó Ashley dando otro sorbo al té, y Tess supo que al menos Castelli tenía razón en eso.

—Pero comprasteis billetes a Milán —señaló ella—. Si era un viaje completamente inocente,

¿por qué hacer eso?

—Para despistar a su familia, por supuesto —dijo ella—. No queríamos que apareciese su padre y que arruinara su oportunidad de dar clases por fin. Su padre nunca permitiría que desarrollase su talento. Cuando Marco le dijo que quería irse de vacaciones a pintar, ni lo consideró.

—¿Y crees que su padre estaba al corriente de esto? —¿De su interés por la pintura? Por supuesto. —No de eso —dijo Tess con impaciencia—. De sus vacaciones de pintura o lo que sea eso. Porque yo no lo creo. —Bueno, Marco le habló de ello —dijo Ashley —. Pero decidimos no decirle dónde era por razones evidentes. No quería que enviara a sus gánsteres a buscarnos.

—No lo creo —dijo Tess con incredulidad.

—¿El qué no crees? ¿Que su familia habría intentado detenernos? Venga, Tess, acabas de decir que el padre de Marco había contratado un investigador para seguirnos.

—Porque estaba preocupado por él —dijo Tess vehementemente —. Y por mucho que digas, Marco no le dijo a su padre adonde iba. No creo que le fuese a hablar a su familia sobre unas vacaciones para pintar. Cuando su padre vino a la galería buscándote, te acusó de haber secuestrado a su hijo.

—¡Estás bromeando!

—No, no bromeo —respondió Tess—. Su familia piensa que tenéis una aventura.

Entonces Ashley puso una cara que era difícil de descifrar. Tess pensó que estaba consternada, eso esperaba. Pero había algo extraño en su expresión.

Entonces vio que Tess la estaba observando y meneó la cabeza para dejar de pensar en lo que estuviera pensando.

—No puedes decirlo en serio —dijo mientras se levantaba para ir hacia la ventana—. Por el amor de Dios, Tess, ¿qué crees que soy?

—¿Entonces no es verdad?

—No —dijo Ashley, pero no la estaba mirando a la cara cuando contestó. Parecía estar concentrada en lo que estuviera viendo por la ventana—. No deberías creer todo lo que oyes.

—Sólo te estoy diciendo lo que piensa la familia de Marco —dijo Tess a la defensiva.

Entonces Ashley se volvió hacia ella con las manos en la cintura. Estaba muy bronceada, era alta y tenía unas piernas muy largas, lo cual hacía que Tess se sintiera insignificante a su lado.

—Yo no puedo evitar que ese chico piense que está enamorado de mí.

—¿Quieres decir que tienes un lío con él? —preguntó Tess abriendo mucho los ojos asombrada.

—¿Es que no te he dicho ya que no me interesan los estudiantes? —preguntó Ashley—.

Pero eso no quiere decir que Marco no tenga.. expectativas — dijo, y sonrió malé—

volamente, haciendo que las sospechas de Tess se reavivaran—. Está loco por mí.

Supongo que es por eso por lo que su padre está tan preocupado.

—¿Entonces qué diablos se te pasó por la cabeza para llevártelo de vacaciones? —protestó Tess, molesta por la actitud de su hermana—. Tan pronto como descubriste que estaba detrás de ti, deberías haberte apartado de él.

—¿Por qué? ¿Porque su familia no lo apruebe?

—Porque sólo tiene dieciséis años —repitió Tess—. Por el amor de Dios, Ashley, ¿qué intentas hacer? ¿Convertirlo en un extraño para los Castelli?

—Eso nunca ocurrirá —dijo Ashley agachándose a recoger la taza que había dejado en el suelo al levantarse del sofá—. Como ya habrás visto por ti misma, Marco es la persona más importante en la vida de su padre. Es un divorciado, ya sabes, el *Signor*— di Castelli, y según Marco, no tiene intención de volver a casarse. Así que no habrá más hijos que continúen el nombre de la familia.

Tess se dio cuenta con una punzada de dolor de que lo que había dicho su hermana era cierto, pero Ashley esperaba que dijese algo y no era eso precisamente.

—¿Lo conoces?

—Lo conocí una vez, en la recogida de la uva el año pasado — dijo Ashley confirmando el comentario de Castelli—. Es muy guapo, ¿verdad? ¿O es que no te has dado cuenta?

—Es. . atractivo —contestó Tess, sabiendo que cualquier otra cosa sonaría sospechosa.

—Muy atractivo —agregó Ashley—. Tess, ese hombre está como un tren. ¿Crees que me importaría cuáles fuesen las aspiraciones de Marco si Rafe di Castelli no tuviera interés en mí?

Se terminó el té y llevó la taza a la cocina mientras Tess asimilaba lo que acababa de oír. Pero no fue lo que dijo Ashley lo que la inquietó. Fue lo que no dijo lo que le hizo sentir un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver el *Signor* di Castelli contigo?

—¿No lo adivinas? —preguntó Ashley mirando a su hermana con impaciencia—. Oh, vamos, Tess. ¿De qué crees que va todo esto? No he pasado tiempo con Marco sólo porque sea una buena persona. Y si los Castelli quieren que abandone el pueblo cuando la galería cierre, les va a costar. Eso es todo.

—¿Sabías que la galería iba a cerrar?

—Por supuesto —dijo Ashley complacida—. No soy estúpida. La galería no da dinero, y Scottolino no es nada bondadoso, créeme. No hará nada para amortiguar mi situación.

No cuando llevo trabajando para él menos de un año.

—¿Y crees que los Castelli sí lo harán?

—Estoy segura de ello —asintió Ashley—. Creo que harán cualquier cosa para librarse de mí. Claro que, cuando sugerí lo de esta semana en el estudio de Cario Ravelli, no tenía ni idea de que Marco lo iba a mantener en secreto. Eso es algo extra. La verdad es que me quedé sorprendida al ver que no había más oposición. Pero la verdad es que nadie tenía por qué saber cuándo nos íbamos.

—¿Y no te importa que estuvieran preocupados por Marco?

—Lo siento si he molestado a alguien —dijo Ashley encogiéndose de hombros—. Pero la verdad es que no es mi culpa. Además yo no les debo ningún favor a los Castelli.

Cuando Silvio me llevó a la villa el año pasado, toda la familia se comportó como si ellos fueran los aristócratas y el resto fuéramos los campesinos. .

—¡Ashley!

—Bueno. Es verdad. Son unos arrogantes. Todos excepto Marco. Él y yo conectamos inmediatamente. Fue a la galería a verme al día siguiente.

—¡Y tú lo animaste!

—No necesité hacerlo —dijo mientras se acercaba a la maleta y la agarraba del asa—. Creo que yo fui la primera persona que se tomó sus aspiraciones en serio. Ya has conocido a su padre. No tiene tiempo para su talento, y su abuela lo trata como a un crío.

—Es un crío.

—Es un adolescente —respondió Ashley—. ¿Cuántos adolescentes conoces que tengan que pedirle permiso a sus padres para salir de casa?

—Seguro que exageras.

—¿Ah, sí? Tú no sabes nada de eso. Me sorprende que el padre de Marco contactara contigo personalmente. Normalmente manda a su ayudante para que haga ese tipo de cosas.

—Quizá estaba más preocupado de lo que imaginas —remarcó Tess—. ¿No es verdad que Marco no había mostrado interés por la

pintura hasta que te conoció a ti?

—¿Es eso lo que ha dicho su padre? —preguntó Ashley frunciendo el ceño—. Debe de haber sido muy interesante la conversación. ¿Qué más dijo? ¿Me mencionó?

—¿Importa? —preguntó Tess, que comenzaba a estar un poco harta, mientras se levantaba. Pensó que necesitaba una ducha. Necesitaba comprobar que Castelli no había dejado marcas visibles en su piel—. Quizá deberías llamar a tu madre. Estaba preocupada por ti. Le dije que llamarías tan pronto como llegaras.

—Oh, sí. Encima vas y le das pistas —la acusó Ashley—. ¿No podías haberte guardado tus sospechas para ti?

—No le di pistas —contestó Tess—. Le dije que pensaba que me había equivocado sobre el sitio en el que habías dicho que ibas a estar. No te acusé directamente, aunque no entiendo por qué no.

—Porque me quieres —dijo Ashley finalmente mientras llevaba su maleta hacia el dormitorio—. ¿Sabes? Es agradable estar de vuelta. Ahora voy a darme una ducha larga y fría. Creo que me la merezco, ¿tú no?

—¿Y qué pasa con lo de llamar a tu madre?

—Lo haré más tarde —contestó Ashley sin darle mucha importancia—. ¿Por qué no te vistes y vas a comprar algo de comer?

—Porque yo también necesito una ducha —murmuró Tess mientras Ashley entraba en el dormitorio. Pero tendría que esperar. Al fin y al cabo era el baño de Ashley.

Entonces recordó la cama deshecha y la botella vacía junto a las dos copas en la mesilla de noche. No tuvo tiempo de ver la reacción de su hermana antes de que Ashley diera un grito.

—¿Pero qué diablos. .? —preguntó Ashley volviendo a aparecer en el marco de la puerta sosteniendo la botella de vino, y con cara de ira—. ¿A quién has tenido aquí? —preguntó señalando a su hermana con la botella—, Y no me digas que has estado bebiendo sola.

¡El lugar apesta a alcohol y sexo!

Capítulo 12

LUCIA di Castelli llegó a la villa poco después de las once aquella mañana. Rafe estaba en su estudio tratando de concentrarse en el último lote de ventas cuando su madre irrumpió en la sala.

—Sé dónde están —anunció ella con aire triunfante—. Sé lo que han estado haciendo. Están en Milán, en casa de un pintor llamado Cario Ravelli. Está dando una especie de vacaciones educativas. Ya sabes de qué tipo de cosas hablo. La gente paga por unas clases y el resto son comidas y alojamiento. Una fiesta, en realidad, pero uno paga por ese privilegio.

—Lo sé —dijo Rafe, y Lucia lo miró como si tuviera dos cabezas.

—¿Lo sabes? —repitió ella—. ¿Cómo lo sabes? ¿Desde cuándo? Si has estado ocultándomelo..

—Lo sé porque Marco ha llegado a casa hace media hora. Él y su acompañante volaron a Pisa esta mañana. Podría haber llamado y yo habría ido a buscarlos. Pero cada uno decidió tomar un taxi. Está arriba deshaciendo la maleta.

—¿Así, sin más? —preguntó su madre mientras se sentaba en una silla cercana—. ¿El chico vuelve a casa y no tienes nada que decirle? Te ha desobedecido, Rafe. Nos ha desobedecido a los dos. Espero que no vayas a dejar que se salga con la suya.

—No tengo intención de sacar el látigo, si es lo que esperas —contestó Rafe—. ¿No se te ha ocurrido que puede ser por lo duros que hemos sido con él por lo que sienta esa necesidad de rebeldía?

—Es sólo un crío, Rafe —dijo Lucia furiosa—. Cuando tú tenías su edad aún estabas en la escuela.

—Al igual que Marco —le recordó Rafe—. Sólo porque me negué a que estudiara en Roma, como hice yo, no quiere decir que el colegio al que va aquí sea menos adecuado.

—Lo que quieres decir es que no tenías ninguna intención de que Marco siguiera los pasos del sacerdocio. Sabías que era mi deseo más profundo y me lo arrebataste.

—Los sacerdotes nacen, mamá, no se hacen. La verdad es que no me imagino a Marco abrazando la vida de celibato.

—Bueno, ahora no, desde luego —murmuró su madre—. ¿Y qué pasa con esa mujer con la que se ha marchado? ¿También vas a dejar que se salga con la suya? En realidad no sabemos a lo que han llegado, ¿verdad? Ir a un curso que se imparte en casa de un artista

puede ocultar multitud de pecados.

—Lo sé —dijo Rafe con cierta irritación mientras dejaba el bolígrafo en el escritorio—. Ten por seguro que no voy a dejar que la señorita Daniels se salga con la suya. Ni pretendo ponerle las cosas fáciles. Ahora mismo estará esperando a que me presente en la galería. Pero no haré nada en los próximos dos días. Será bueno para ella que se preo—cupe durante un tiempo. Luego, cuando esté preparado, ejecutaré mi movimiento.

—¿Y en qué consiste ese movimiento, exactamente?

—No lo sé todavía —dijo Rafe recostándose en su silla—. He estado preguntándome qué es lo que la señorita Daniels intentaba sacar de todo esto. Ahora que sabemos que no estaba desatando su lujuria en el cuerpo de Marco, es una pregunta interesante, ¿no?

—¿Cómo sabemos que no estaba.. me niego a utilizar esa palabra que has usado. . cómo sabemos que no lo ha seducido de ninguna forma?

—No lo sabemos —dijo Rafe con sinceridad—. Pero Marco no se comporta como un chico que ha perdido la virginidad.

—¡Raphael!

—Oh, por favor vamos a no utilizar eufemismos, mamá. Marco parece deprimido. Como si hubiera salido decepcionado del amor.

—Bueno, eso suena mejor que perder su. . inocencia —declaró Lucia con firmeza—. Espero que tengas razón y que la señorita Daniels tenga la sensatez de dejarlo en paz a partir de ahora.

—Yo no he dicho eso —dijo Rafe resignado—. He dicho que no creo que ella y Marco se hayan acostado, todavía.

—¿Todavía? —exclamó su madre escandalizada—. No puedes estar pensando en que aún exista esa posibilidad. Está en casa, aparentemente sano y salvo. ¿Qué más puede hacer esa mujer?

—Supongo que eso es lo que tenemos que averiguar —remarcó Rafe—. No creo que no vayamos a saber más de la señorita Daniels, mamá. Por eso digo que voy a darle tiempo para sopesar sus opciones. Siempre es mejor conocer al enemigo. El ataque no siempre es la forma más segura de defensa.

Lucia refunfuñó un poco más pero al final tuvo que admitir que su hijo tenía razón.

Además, se mostraba muy ansiosa por contarle cómo había descubierto dónde estaba Marco.

—Fui a la galería —dijo sin darse cuenta de que los gestos de su hijo se habían endurecido—. Quería hablar con su hermana, pero no tenía nada nuevo que contar.

Insistió en que no sabía dónde estaban. ¿Puedes creerlo? En fin, que fingí que me disgustaba y me invitó a recuperarme en la oficina.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad —prosiguió Lucia—. No me mires así, Raphael. Tengo mis métodos, como ya sabrás. En cualquier caso, la muy estúpida me dejó sola y tuve la oportunidad de registrar los cajones del escritorio. Encontré el folleto de Ravelli entre una pila de folletos similares sobre cursos de pintura en diferentes zonas del país. Así que fui a Pisa a visitar a tu investigador, el *Signor* Verdicci. Le fue muy sencillo llamar a las agencias y saber si la señorita Daniels se había apuntado en alguna de ellas.

—¿Te llevaste un folleto? —preguntó Rafe.

—En realidad me llevé varios —dijo Lucia triunfante—. La mayoría eran de la zona, pero como sabíamos que habían tomado un avión a Milán. No son de ningún valor.

Raphael. Probablemente sean de Augustin Scottolino. No hace falta que me mires así.

No pertenecen a la señorita Daniels.

—Da igual, has robado unos folletos —dijo Rafe rotundamente al imaginarse lo que habría sentido Tess si se hubiese enterado—. Te aprovechaste de la amabilidad de Tess.

Y luego te marchaste como un ladrón en la noche.

—¿Cómo sabes que no puse los folletos en mi bolso y me marché como una persona normal? —preguntó su madre, y Rafe se maldijo por tener una boca tan grande.

—Porque hablé con Tess ayer —dijo—. Me dijo que habías visitado la galería. Me dijo que te habías disgustado, pero ella no lo sabe como lo sé yo ahora.

—Oh, no seas pesado, Raphael —dijo Lucia con impaciencia—. En cualquier caso, parece que te has hecho muy amigo de esa jovencita. ¿Has olvidado que la mujer que secuestró a tu hijo es su hermana, de su misma carne y su misma sangre?

—Creí que había quedado claro que nadie secuestró a Marco —dijo Rafe secamente—. Y

como ya he dicho, Tess no es como su hermana.

—¿Cómo lo sabes? —su madre no estaba dispuesta a dejarlo ahí —. ¿Porque lo dice ella?

—Porque es una persona decente —dijo Rafe severamente—. En cualquier caso, no estábamos hablando de Tess. Estábamos hablando sobre tu comportamiento. Creo que le debes una disculpa, ¿no crees?

Como se imaginaba, Lucia no se quedó mucho tiempo después de aquella sugerencia.

Su madre casi nunca se disculpaba ante nadie y rara vez admitía sus errores. Aunque sus propios padres sólo habían tenido una *taberna,* ella había heredado el aire aristocrático cuando se casó con el padre de Rafe, y con los años había ido dejando esos orígenes humildes de lado.

Rafe suspiró, tratando de no aceptar que la salida de su madre lo había hecho volver a sus temores. Aunque se había sentido relajado tras llegar a la villa, sabía que tarde o temprano su conciencia volvería a renacer. Había conseguido controlar sus pensamientos al principio, y mientras hablaba con Marco tenía cosas más importantes en qué pensar. Pero el letargo había acabado y tuvo que enfrentarse a la realidad de lo que había hecho.

El problema era que no quería darse cuenta de cómo se sentía con respecto a ella. No serviría de nada fingir que no había querido hacer el amor con Tess cuando, desde el momento en que ella había abierto la puerta, aquello había sido lo único que tenía en mente.

Y antes de eso, admitió sabiendo que era absurdo mentirse a sí mismo. No había mentido cuando había dicho que la deseaba desde el primer momento en que la vio. Se daba cuenta de que ésa había sido la razón por la que había sido tan duro con ella al principio. Primero porque la había considerado sólo como la hermana de Ashley, y después porque se había dado cuenta de lo peligrosa que podría ser para su salud mental.

Era la primera mujer que había invadido su conciencia, a la que no podía sacarse de la cabeza. Pensaba en ella, soñaba con ella, sueños que no había tenido desde la adolescencia. Admitió que era peor que Marco. Babeando por una mujer que apenas conocía.

Aunque no parecía eso cuando estaba con ella. Había una familiaridad entre ambos que no había sentido con nadie antes. Su

obsesión era tal que era capaz de quedar como un tonto y decir que la deseaba. Pero, aunque habían hecho el amor, no había avanzado nada para descubrir cómo se sentía ella con respecto a él. Él debería haber tenido más sentido común y haberse mantenido alejado de la tentación. ¿Qué era aquello que había dicho sobre los peligros de una aventura en vacaciones?

Ashley estaba escandalizada porque Tess no le decía con quién había pasado la noche.

Se metió en la ducha y, mientras tanto, Tess estuvo cambiando las sábanas y haciendo la cama. Las cosas que había hecho, como revisar la contabilidad de la galena o limpiar el apartamento, no significaban nada para su hermana. En lo que respectaba a Ashley, Tess se había comportado de forma abominable, y ni su planeada venganza contra los Castelli parecía ser una compensación.

Tampoco es que quisiera desahogarse con ella. Incluso pensar en la galería le traía dolorosos recuerdos de Castelli y del tiempo que habían pasado juntos. Cuando Ashley salió del baño, Tess se dio una ducha fría, se vistió y salió a comprar como había sugerido su hermana.

No mencionó la galería. Si su hermana quería abrir, era su problema. Después de cómo se había comportado, Tess sentía muy poca responsabilidad hacia ella. No iba a sentirse culpable si la galería permanecía cerrada todo el día.

Cuando regresó al apartamento estaba medio preparada para que Ashley hubiera hecho sus maletas en su ausencia. Tess ya había asumido el hecho de que probablemente no volvería a ver a Castelli. Si regresaba a la galería, sería para hablar con Ashley, no con ella.

Entró en el apartamento. Si Ashley seguía allí, no había razón para pensar que Castelli no pudiera estar también. Puede que hubiese ido al apartamento si la galería estaba cerrada.

Pero, aunque Ashley estaba allí, Castelli no. Ni había señales de que hubiera estado allí mientras ella estaba fuera. Para su sorpresa, la actitud de Ashley había cambiado radicalmente. En vez de preguntarle a Tess si había reservado su vuelo de vuelta, le preguntó si quería quedarse unos días más.

—Antes me he comportado fatal —dijo mientras se sentaba en un taburete de la cocina y Tess preparaba una comida ligera con

melón y jamón—. Se me olvidaba que tú tienes tu propia vida. Supongo que estaba celosa. Yo he estado haciendo de niñera con un adolescente enamorado y tú tratando con un italiano sexy.

Tess puso una mueca de dolor. La descripción era muy apropiada y no pudo evitar recordar cómo Castelli la había acorralado la noche anterior en la cocina.

—No importa —dijo Tess mientras sacaba mantequilla del frigorífico. Después, tras sacar cuchillos y tenedores, le dio un plato a Ashley.

—Gracias —dijo Ashley mientras se servía ensalada—. Tiene una pinta deliciosa. Tess. Y

tengo que admitir que me muero de hambre. Nos dieron café en el avión, pero ya sabes cómo es la comida de los aviones.

Tess sonrió y se sentó en el taburete que había enfrente. No sabía lo que había causado ese drástico cambio en su hermana, pero no se fiaba de ella. Algo había ocurrido. O

Castelli había estado allí y Ashley pensaba que necesitaba un guardaespaldas, o había descubierto con quién había pasado la noche Tess e intentaba utilizarlo para sus propios fines.

—No sé si es buena idea que me quede más días —murmuró Tess—. Quiero decir que sólo tienes una habitación, y el apartamento sólo es para uno.

—Es una cama doble —señaló Ashley—. Por lo que supongo que te sentiste agradecida la noche pasada. Además, tú y yo ya hemos compartido cama antes.

Tess apretó los labios. La tentación de quedarse unos días más era muy atractiva, pero se estaba engañando a sí misma si pensaba que volver a ver a Castelli sería algo inteligente por su parte. ¿Acaso no era ya lo suficientemente doloroso'? ¿Y estaba segura de querer involucrarse en cualquiera que fuera el plan que Ashley tenía en mente?

—Es muy amable de tu parte —comenzó a decir, pero Ashley la interrumpió.

—No irás a decirme que no, ¿verdad? —protestó—. Por favor, tienes que darme la oportunidad de arreglar las cosas.

—No es eso. Tengo que volver al colegio el próximo jueves —dijo Tess—. Y tengo cosas que hacer, asuntos que resolver, lavar y esas cosas cuando llegue a casa.

—Entonces quédate hasta el martes —insistió Ashley—. Puedes hacer la colada en cualquier momento.

—Ashley. .

—Tienes que quedarte —dijo Ashley cambiando de nuevo el tono—. Te necesito. No puedo nacerme cargo de esto yo sola.

—Te has hecho cargo de todo muy bien hasta ahora —observó Tess, negándose a ser compasiva—. No quiero meterme en esto, Ash. No tenemos ese tipo de relación.

—Y nunca la tendremos si tú no dejas que pase —contestó su hermana—. ¿Qué pasa contigo? Te estoy ofreciendo unas vacaciones y las rechazas.

—Lo siento..

—Muy bien, muy bien —dijo Ashley—. Hay otra razón por la que quiero que te quedes.

Llamé a mi madre mientras estabas fuera y sugirió venir a hacerme una visita. No la quiero aquí ahora. Lo entiendes, ¿verdad? Así que le dije que te ibas a quedar más tiempo y no tenía espacio.

—¡Ashley!

—Bueno, fue lo único que se me ocurrió. Y, si regresas a Inglaterra ahora, seguro que lo descubre.

—¿Cómo? —preguntó Tess—. Nunca nos vemos.

—Oh, no sé —dijo Ashley extendiendo las manos expresivamente—. No me extrañaría que comprobase si has llegado. Sobre todo después de que llamaras preguntando si yo estaba allí.

—Lo que me recuerda, ¿le dijiste tú que yo te había sugerido aceptar este trabajo en Italia? —preguntó Tess al recordar la acusación de Andrea.

—Puede —dijo Ashley encogiéndose de hombros—. Ya sabes que la pobre siempre quiere saber lo que hago. Como yo no podía permitirme un sitio para mí sola, me pareció buena idea decir que tú estabas a favor.

—Me alucinas. De verdad que sí. ¿Alguna vez piensas en alguien que no seas tú?

—Oh, venga, Tess. No soy tan mala. Por favor, di que te quedarás.

—Pero tu madre no se pondrá en contacto conmigo. Ya sabe que has vuelto.

—Sí, pero aún sospecha. Tuve que decirle que mi móvil estaba

fuera de cobertura para explicarle por qué no había podido localizarme.

—¿Y dónde le dijiste que habías estado? —dijo Tess—. Por si me pregunta.

—En Venecia —dijo Ashley—. Le dije que el *Signar* Scottolino me había pedido que le hiciera una visita a uno de sus artistas mientras estaba allí.

—Las mentiras te salen solas de la boca, ¿verdad?

—Pienso en mi bienestar, eso es todo. Como ya te he dicho, no puedo permitirme que mi madre venga aquí.

—¿Y crees que unos días más cambiarán algo?

—He pensado en otra cosa —dijo Ashley—. Siempre puedo decirle que voy a perder el trabajo, ¿recuerdas? Si le digo que volveré a Inglaterra pronto, no querrá gastarse el dinero para venir aquí.

—No tienes escrúpulos, ¿verdad?

—Yo lo llamo ser práctica. No llegas a ninguna parte si no te haces valer, Tess. Pero no espero que lo comprendas.

Aunque lo comprendía. Tess inclinó la cabeza sobre la comida y pinchó un pedazo de jamón. Si no se hubiera hecho valer la noche anterior, Castelli se habría marchado sin tocarla. Era ella la que había decidido ser indulgente consigo misma por una vez.

¿Y quedarse no sería otra forma de autoindulgencia? Sabía que no se podía confiar en Ashley. Debía tomar el siguiente vuelo a Londres. Era absurdo pensar que pudiera ejercer alguna influencia sobre su hermana. Y Castelli no la perdonaría por formar parte del plan de Ashley.

¿Entonces por qué estaba considerando la oferta de su hermana? No era por el bien de Ashley. Lo que decía lo decía en serio. Ashley podía cuidar de sí misma. Y claramente no pensaba que Castelli quisiera su compasión. En cuanto Ashley le comunicara lo que tenía en mente, no querría tener nada más que ver con ninguna de las dos.

—Lo siento —dijo Tess finalmente poniendo su plato a un lado —. No quiero involucrarme en tus planes.

—No lo harás —aseguró Ashley—. ¿Por qué deberías? El *Signor* di Castelli querrá verme a mí, no a ti. Probablemente irá a la galería mañana. Tú puedes estar bronceándote en la playa mientras yo me

enfrento a él.

—Ashley —dijo Tess con un suspiro.

—Di que te quedarás hasta el lunes por lo menos —le rogó Ashley—. ¿Qué son unos pocos días más? Me estarás haciendo un gran favor y, ¿qué mal puede hacerte? No es como si hubieras reservado el vuelo y, si yo no hubiera regresado, te quedarías de todas formas. Un fin de semana más. Por favor. Entonces podrás volver a tu aburrida vida en Buxton.

Tess objetó que su vida fuese aburrida. Aunque tenía que admitir que, comparada con la vida que llevaba Ashley, la suya parecía más bien sosa. Pero segura. Y predecible.

Esos días en Porto San Michele habían sido excitantes, pero ella prefería una existencia más tranquila. ¿Verdad?

Capítulo 13

FINALMENTE Tess no pudo reservar un vuelo hasta el martes. Era casi el final de las vacaciones de Semana Santa y todos los vuelos estaban completos. Ella estaba en lista de espera y le dijeron que llamara al aeropuerto el martes por la mañana para ver si había plazas.

Pero Tess se negaba a pensar lo que haría si no había tomado un vuelo antes del jueves.

Podía imaginarse lo que diría la señora Peacock, su jefa, si no estaba allí para el inicio del trimestre. La señora Peacock vivía y respiraba para el East Vale Comprehensive y, por desgracia, esperaba que su personal hiciera lo mismo.

Ashley, por supuesto, estaba encantada. Aunque su placer había desaparecido cuando finalizó el lunes, pues no había sabido nada de Marco ni de su padre.

—Lo están reteniendo —dijo furiosa mientras entraba en el apartamento tras haber cerrado la galería—. Bueno, pues que no piensen que se van a salir con la suya. Pienso ir a la villa. Marco tiene derecho a ver a quien le plazca.

—No es a Marco a quien quieres ver, ¿verdad? —preguntó Tess —. La verdad es que creo que tienes suerte de que su padre no haya llamado a la policía. Apartar a un menor de su familia aquí debe de ser una ofensa, al igual que en casa.

—¡Eso es una tontería! —exclamó Ashley, que no quería escuchar los argumentos de Tess—. Marco vino conmigo por voluntad propia. Su padre sabe eso tanto como tú.

—Da igual.

—Muy bien, muy bien. Puede que tengas un poco de razón. Pero eso sigue sin cambiar lo que Marco siente por mí. De algún modo tengo que verlo y hablar con él. Quizá si tú pudieras ponerte en contactó con su padre. . ¡No! —dijo Tess escandalizada—. Te he dicho que no quería involucrarme en tus planes.

—Y no te involucrarás —dijo Ashley—. Venga, Tess. Lo único que tienes que hacer es pedirle que vaya a la galería. A partir de ahí me ocupo yo. Creo que me lo debes.

Estabas decidida a marcharte, pero sigues aquí, disfrutando de mi hospitalidad. Podía haberte echado.

—No —dijo Tess, y en ese momento alguien llamó a la puerta—.

Creo que tienes visita. —

¡Por fin!

Tess apenas tuvo tiempo de ocultarse en el dormitorio antes de que Ashley abriera la puerta. Trató de no escuchar, pero no podía negar el deseo que tenía de volver a oír la voz de Castelli. Pero la voz era más joven, no era la voz de un hombre. Pensó que se trataba de Marco.

Se sentó en la cama y se preparó para una larga espera, pero la puerta se abrió sólo unos momentos después. Ashley entró en la habitación llevando un sobre blanco.

—Es para ti —dijo ella lanzándole el sobre a su hermana—. Lo acaban de traer. Tiene el logo del viñedo detrás. Así que dime por qué el *Signar* di Castelli te escribiría a ti. A Tess le dio un vuelco el corazón. —No sé —y la verdad era ésa, aunque dudaba que Ashley fuera a creerla. Le dio la vuelta al sobre y leyó—. Señorita Teresa Daniels.

—Ábrelo —dijo Ashley irritada, sin ser consciente de la ambivalencia de la carta. No tenía modo de saber que la carta había llenado a Tess de expectación y pánico. Había imaginado que podría hacerse cargo de los sentimientos que tenía hacia Castelli, pero el modo en que se sentía en ese instante demostró que no era cierto. Y temía la decepción que sentiría seguro después de leer la carta—. Rápido —insistió Ashley.

Probablemente habla de mí. Quiero saber qué mentiras están contando sobre mí. ¿Y

cómo es que sabían que seguías aquí?

—Bueno, yo no se lo dije —dijo Tess mientras abría el sobre—. No tengo ni idea de por qué alguien de los Castelli querría escribirme.

—Ábrelo, Tess —dijo Ashley con impaciencia mientras su hermana desdoblaba la carta—.

¿Qué dice?

Tess leyó las palabras una vez, luego volvió a leerlas, incapaz de creer lo que estaba viendo.

—Me. . nos han invitado a una cena en la Villa Castelli. Mañana por la noche.

—¿De verdad? —dijo Ashley sin ocultar su sarcasmo. Entonces se colocó junto a su hermana para leer ella la carta—, ¿Qué te

parece? Sabía que querrían verme de nuevo.

—Bueno, yo no puedo ir.

—¿Por qué no?

—Porque regreso a Inglaterra mañana —contestó Tess—. Según la línea aérea, puede que tenga plaza para algún vuelo de por la tarde.

—¡No puedes hablar en serio! —exclamó Ashley con incredulidad—. Si crees que voy a perder la oportunidad de hablar con el padre de Marco porque piensas que regresar a tu aburrido trabajo es más importante, te equivocas.

—No te estoy impidiendo hacerlo —protestó Tess a la defensiva.

—Te la han enviado a ti. ¿Cómo crees que se lo tomarán si no apareces?

Tess se dijo a sí misma que no le importaba. No sabía la razón de la invitación, pero dudaba que fuese a ser una reunión social. Lo de la cena era sólo una excusa, un in—centivo para Ashley. Castelli no tenía intención de dejar que saliese impune con lo que había hecho.

—No puedo ir —repitió Tess doblando de nuevo la carta y metiéndola en el sobre—. Tengo que volver a Inglaterra. No puedo permitirme perder mi trabajo.

—Si te vas, nunca te lo perdonaré —dijo Ashley desesperada—. Haré algo terrible y mi madre seguro que te culpa a ti.

—Pues adelante —dijo Tess desafiante—. Ashley, si piensas que voy a ir a la villa sabiendo que tienes intención de pedir dinero, olvídalo. Te he apoyado hasta ahora pero se acabó.

—¡Tess!

Los gritos de angustia de Ashley quedaron en segundo plano cuando comenzó a sonar su móvil y salió corriendo hacia el dormitorio para contestar.

—¿Marco? —dijo desde la habitación—. Oh, entiendo. Sí. Está aquí —para cuando Tess llegó a la puerta del dormitorio. Ashley ya se dirigía a salir—. Es el padre de Marco. Si lo estropeas, Tess, te prometo que te arrepentirás —añadió tapando el auricular con la mano.

Tess tomó el teléfono temblorosa.

—Hola —dijo y, como se negaba a que Ashley la intimidara, le cerró la puerta en las narices—. *¿Signor* di Castelli? —dijo

humedeciéndose los labios—. ¿Qué quieres?

—Oh, *cara.* ¿Es ésa manera de saludar a un amante? —bromeó él, y ella estuvo tentada de colgar el teléfono en ese momento. El no tenía ningún derecho a llamarla ni a mandarle ninguna invitación. ¿A qué estaba jugando? ¿Divide y vencerás?

—He recibido tu invitación —dijo tajantemente—. Lo siento, pero vuelo a Inglaterra mañana.

—No creo —dijo él con voz profunda e inquietante que reavivó los recuerdos en la mente de Tess—. Quiero verte de nuevo. No me digas que tú no quieres verme a mí.

—Creo que la persona a la que quieres ver es Ashley —dijo ella haciendo un esfuerzo por mantener la voz firme—. Y ella quiere verte a ti. Yo no quiero involucrarme. No tiene nada que ver conmigo. Yo tengo que regresar a Inglaterra. Siento si esto estropea tus planes, pero creo que es lo mejor, ¿no?

—No puedo creer que desprecies la noche que pasamos juntos como si no hubiera ocurrido —dijo él con suavidad.

—No debería haber ocurrido —respondió Tess.

—¿No? Yo no lo creo. Yo recuerdo cada momento de la noche, *cara.* Lo que sentí al tocarte, lo que sentí al poseerte. .

—¡Para! —no podía seguir escuchando y sabiendo que no sentía nada de lo que decía.

Sabía que aquello no era más que un truco para hacer que acompañara a Ashley a la villa—. Quedamos en que nada de compromisos, por parte de ninguno. Fue divertido, pero no significó nada. Lo sabes.

—Me haces daño, *cara* —dijo él con voz extrañamente áspera—. Y no quedamos en nada, que yo recuerde. Sólo te dije que no podía ofrecerte una aventura para las vacaciones.

—Da igual —dijo Tess, negándose a que la convenciera de que aquella noche había significado algo para él cuando no había sabido nada de él en los últimos tres días—. Sé que me estás utilizando para llegar hasta Ashley. Pues ella puede cuidarse sola. No necesita que yo la lleve de la mano.

—Probablemente estés preocupada porque te está costando conseguir vuelo de vuelta a Inglaterra —dijo él como si ella no hubiese dicho nada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tess. Pero no le contestó.

—Tienes miedo de no regresar a tiempo para el comienzo de las clases. Puedo asegurarte que si acompañas a tu hermana a la villa, al día siguiente te podrás marchar.

—¡No! —exclamó Tess. No iba a dejarse manipular de aquella manera.

—*Moho bene* —su tono se había endurecido y cuando volvió a hablar, no había expresividad en su voz—. Si insistes en adoptar esa actitud, me veré obligado a utilizar métodos más drásticos. Si no aceptas mi invitación, no me quedará más remedio que llamar a la policía.

Castelli había dicho que enviaría un coche a buscarlas, y la limusina negra llegó puntual a las siete y media. Tess había pensado en protestar y decir que Ashley tenía coche propio y que podrían ir ellas solas, pero decidió no molestarse. ¿De qué serviría?

Dijera lo que dijera, él haría lo que quisiera. Por primera vez comenzaba a ver a lo que se había estado enfrentando Ashley.

Claro que no iba a perdonar a su hermana por involucrarla en eso. Ni siquiera la afirmación de Ashley de que Castelli se merecía todo lo que le pasara era compensación suficiente. Pero su hermana tenía razón en una cosa: los Castelli tenían sus propias leyes. Si querían algo, lo conseguían y, a pesar de lo que pensaba Ashley, ella dudaba que fuera a ser una velada fácil.

En cualquier caso, Ashley se había quedado encantada al saber que iba a ir con ella a la villa. No le importaban los pequeños detalles, como que Castelli había amenazado con denunciarlas si no obedecían sus órdenes.

—Nunca lo haría —dijo cuando Tess le explicó sus dudas ante los acontecimientos—.

Bueno, puede. Pero supongo que no podemos darle la oportunidad de hacerlo, ¿no?

Como consecuencia, Ashley se había pasado el día buscando un vestido apropiado que ponerse. Le había sugerido a su hermana que hiciera lo mismo, pero Tess se había negado a gastar tiempo y dinero en aquello. Estaba convencida de que la velada iba a ser un desastre. ¿Por qué arreglarse?

Pero, mientras iban en la limusina y, al ver el vestido de Ashley, Tess se dio cuenta de que nunca podría competir con ella.

Había unos treinta kilómetros desde el apartamento hasta la

Villa Castelli. El chófer les indicó que tardarían una media hora.

Cuando llegaron, Tess se dio cuenta de que no importaba lo preparada que estuviera, pues la villa era mucho más de lo que había imaginado. Parecía flotar sobre el valle, donde la neblina que se elevaba desde el lago que había oculto entre los árboles daba una sensación escalofriante. La casa parecía más un palacio de cuento de hadas que una casa.

—¿Qué piensas? —preguntó Ashley mientras la limusina atravesaba los portones de madera y subía la pendiente hacia la casa.

—Es impresionante —dijo Tess—. ¿A ti te lo parece?

—Olvidas que yo ya había estado aquí —dijo Ashley—. No entré, pero me quedé alucinada con el exterior.

—Hmm.

Pero Tess se sentía cada vez más aprensiva. La belleza del lugar era intimidante, y nada iba a hacerle cambiar de opinión. Aquello no era para ellas.

—Eso que hay junto a la casa es la logia. Ahí Marco y yo tomamos una copa de vino. Me estaba enseñando las vistas —dijo Ashley con un suspiro—. Es muy dulce, a su manera.

Podría acostumbrarme a vivir así.

—No es por eso por lo que estamos aquí —dijo Tess.

—Lo sé. Pero puedo soñar, ¿no? —contestó Ashley—. En cualquier caso, probablemente me aburriría enseguida. Pero el dinero estaría bien.

A medida que el coche iba parando, Tess se ponía cada vez más nerviosa. Por una vez le hubiera gustado ser más como su hermana. Ashley estaba disfrutando de aquello, incluso quería encontrarse cara a cara con Castelli.

Cuando se bajó del coche, Tess se quedó asombrada por los techos altos. Había una larga barandilla que daba acceso al recibidor, lleno de jarrones con flores.

El suelo del recibidor estaba embaldosado con blanco y oro y lleno de sillas y sofás de los mismos tonos. Un sirviente uniformado las había recibido a la llegada y fue quien las condujo dentro. Una vez dentro se disculpó y las dejó un momento mientras iba a buscar a su jefe.

Se oyeron pisadas en las escaleras que daban al recibidor y Tess

giró la cabeza de golpe. Pero no fue Castelli quien apareció. Era alguien mucho más joven. Era alto y delgado, y se parecía tanto a su padre, que Tess dedujo que se trataba de Marco.

—Hola —dijo Ashley mientras se dirigía a saludarlo—. Vaya sitio —exclamó al darse cuenta de que él no parecía muy contento de verla—. No tenía ni idea de que fuese tan. .

grande.

—¿Ah, no? —dijo Marco con una breve sonrisa. Luego se giró hacia Tess y le tendió la mano—. Usted debe de ser la otra señorita Daniels. Mi padre me ha pedido que os reciba. Ha tenido que atender una llamada pero se unirá a nosotros en breve.

—Eres Marco, sin duda. Te pareces mucho a tu padre —dijo Tess tras darle la mano.

—Claro que es Marco —dijo Ashley, que no soportaba ser ignorada, e inmediatamente se colocó al lado del chico y le pasó el brazo bajo el suyo—. ¿Estás bien, cariño? Me han dicho que no le habías hablado a tu padre de nuestro viaje.

—No, fue un error —dijo él apartándose educadamente de ella —. *Adesso,* ¿venís conmigo?

Hay bebidas en la logia.

Tess notó que Ashley estaba desconcertada. No pudo evitar pensar que quizá su hermana se había equivocado con respecto a los sentimientos de Marco hacia ella. A no ser que el viaje, o su padre, le hubieran abierto los ojos.

Capítulo 14

PASARON por el elegante salón y llegaron a otra sala de recepción con el techo alto y el suelo de mármol. Los muebles eran un poco menos formales allí. Había unas puertas de cristal abiertas al aire libre, cubiertas con pantallas de malla par evitar que los mosquitos entrasen atraídos por las lámparas que había a los lados del piano, pero Marco retiró las mallas para poder acceder a la logia.

La primera persona a la que vio Tess fue Lucia di **Cas**telli. Tan pronto como Marco volvió a cerrar las mallas, Tess vio a la madre de Castelli observándolas desde la co—modidad de una silla. No estaba sola, el caballero que estaba a su lado se levantó educadamente para saludar. Su sonrisa era agradable, no como la de Lucia, que parecía más bien fingida.

Chie a questo? Dijo el hablando con Marco y Marco comenzó las presentaciones,

—Éste es un amigo de mi abuela, el conde Vittorio di Manzini —luego se dirigió al hombre—. Éstas son las señoritas Daniels de la que te hablábamos antes, tío Vittorio. ¡Un conde! Tess tuvo que asimilar aquello mientras él le daba la mano.

—Placeré, signorine —dijo él—. Bienvenidas a Italia. ¿Están disfrutando de su visita a San Michele?

—Tess está de visita. Yo vivo aquí—señaló Ashley antes *de que Marco pudiera explicar la situación—. Y usted* debe de ser la *Signora* di Castelli, la abuela de Marco. ¿Tengo razón?

—Soy Lucia di Castelli, sí —dijo Lucia mientras se levantaba—. Imagino que es usted la mujer que trabaja para Augustin Scottolino.

La omisión de ninguna otra referencia fue poco menos que llamativa. Con aquellas pocas palabras, la madre de Castelli había omitido cualquier relación de Ashley con su nieto.

—¿No les vas a ofrecer a nuestras invitadas una copa, Marco? —preguntó Lucia—, Espero que tu padre no tarde mucho. Parece que hace más frío esta noche. ¿No crees, Vittorio?

El conde asintió mientras Marco decía:

—Ésa era mi intención, abuela—y señaló la bandeja con bebidas que había en el mueble bar—. ¿Qué quiere beber, señorita Daniels? —le preguntó a Tess—. ¿Le apetece vino o prefiere un cocktail? O quizá prefiera algo más fuerte.

—Creo que Tess prefiere vino, Marco —dijo otra voz desde detrás de ellos. Tess se dio la vuelta y vio a Castelli—. Vino blanco, ¿verdad? —preguntó, haciendo que Ashley mirara escandalizada a su hermana—. Siento no haber estado aquí para recibiros. Mi abogado llamó en mal momento.

Tess no sabía si la mención del abogado era deliberada o no. No sabía qué pensar con él mirándola de aquella manera.

—No importa —dijo Tess—. Y una copa de vino estaría bien —hizo una pausa y luego continuó—. Pero prefiero Chianti. El vino blanco me da dolor de cabeza.

Ashley entornó los ojos al oír eso y Tess se dio cuenta de la imprudencia de sus palabras. Al fin y al cabo, su hermana había encontrado una botella de vino blanco vacía en su habitación. Ya sólo faltaba que Ashley hiciera la asociación.

—*¿Veramente?* —Tess dio gracias a que estuviera anocheciendo, de modo que el arco que formaron las cejas de Castelli fue casi imperceptible—. *Bene, Marco. Chianti per la signorina, perfavore. E Ashley? Un bicchiere di vino, si?*

—No, gracias —dijo Ashley—. Prefiero un gin tonic, si hay. Simplemente muéstrale la tónica a la ginebra, Marco. Ya sabes como me gusta.

La insinuación fue clara y Tess aceptó el vaso que Marco le ofreció. Lucia y el conde habían vuelto a sus asientos y estaban hablando, así que se dirigió al borde de la logia para admirar el paisaje.

Incluso aunque estaba anocheciendo, el lago brillaba como una joya entre los árboles.

Una polilla cruzó por delante de ella y se dirigió hacia las docenas de velas que iluminaban la terraza.

—¿Te gusta? —murmuró Castelli, que se había puesto a su lado. Llevaba pantalones negros y camisa de seda también negra. Si Tess se sintió sorprendida de que mostrara su interés por ella de forma tan descarada, no dijo nada. Tenía que recordar que aquélla no sería más que otra manera de enfadar a Ashley.

—Es precioso —contestó ella con frialdad—. ¿Por qué me has traído aquí *Signor* di Castelli?

Y, por favor, no insultes mi inteligencia fingiendo que querías verme otra vez.

—Pero sí quería —le dijo él suavemente mientras apoyaba su cadera en la balaustrada de piedra—. Y mi nombre es Rafe, como ya te he dicho varias veces. Venga, *cara.* Di que te alegras de verme. ¿No es una mejor manera de pasar la velada que intercambiar insultos?

—No lo comprendo —dijo ella, deseando que dejara de mirarla de aquel modo.

—Lo comprenderás en su momento —dijo él, levantó una mano y le acarició el brazo—.

Tienes frío. ¿Quieres que vayamos dentro?

—Lo que quiero es que dejes de tratarme como a una idiota —exclamó ella en voz baja—.

No tienes derecho a tocarme, derecho a.. dejarme por tonta sólo para anotarte tantos

—tragó saliva y dejó la copa a un lado, admitiendo que el Chianti no le gustaba en exceso—, ¿Por qué nos has invitado a cenar? Sé que no nos quieres aquí.

—Te quiero aquí —la contradijo—. Si para conseguirlo tengo que ser amable con tu hermana, entonces así será.

—No —insistió ella—. Maldita sea. No sabes nada de mí.

—Pero quiero saber más. Quiero poseerte, *cara.* No sólo tu cuerpo, sino también tu alma.

Tess comenzó a temblar. El estómago se le contrajo. ¿Acaso sabía él cómo se sentía?

Seguramente.

Una leve brisa llevó a la logia el aroma de los pinos, y la corriente le hizo ser consciente a Tess del calor que emitía el cuerpo de Rafe. A pesar de lo que había dicho, no pudo evitar reconocer el olor de su loción. Le resultaba demasiado familiar. Por mucho que lo deseara, no se atrevía a mirarlo por debajo de la cintura.

Tenía que escapar de él antes de hacer alguna estupidez como agarrarlo de la camisa y acercarlo a ella.

—Hazlo —dijo él con voz áspera, y ella se dio cuenta de que llevaba mirándolo casi medio minuto. La verdad era que parecía que pudiera leerle el pensamiento.

—Vete al infierno —contestó ella, tomó su copa de nuevo y se dirigió hacia donde estaba Ashley, que seguía hablando con Marco.

Marco pareció alegrarse de ver a Tess y le preguntó si quería

otra copa.

—Nada más, gracias —contestó ella mientras Ashley se daba la vuelta para mirarla acusadoramente—. No suelo beber. Sólo una copa de vino de vez en cuando.

—Excepto cuando tiene compañía masculina —dijo Ashley maliciosamente tras acabarse su copa y ofrecer su vaso para que se lo rellenaran—. ¿No es verdad, Tess? Incluso tú has roto tus propias reglas.

—Eso espero —dijo Tess—. Tienes una casa preciosa, Marco. ¿El paisaje inspiró tu deseo de pintar?

—Oh, yo no diría eso —murmuró el chico mientras colocaba las botellas en la bandeja.

—Marco ha decidido que no tiene lo necesario para ser pintor —dijo Ashley—. O quizá lo haya decidido su padre. ¿Quién sabe?

—Marco sabe que si quiere seguir sus estudios de pintura, tiene mi permiso —dijo Castelli, que se había unido a ellos—, Y ahora, sugiero que vayamos a cenar. Antonio lleva diez minutos tratando de llamar mi atención, ¿entramos?

El comedor que utilizaron era más pequeño de lo que Tess había imaginado, aunque sospechaba que no sería el único comedor que había en una casa tan grande. Una lámpara de araña colgaba sobre la mesa de ébano, haciendo que destacara la cubertería de plata y el cristal veneciano.

La lámpara, sin embargo, no estaba encendida. Había unos candelabros encendidos a cada lado de la mesa que proporcionaban una luz más íntima. La mesa estaba preparada para seis personas, y Tess se sintió aliviada al ver que Marco se sentaba a su lado. Castelli y su madre ocuparon cada uno un extremo de la mesa, y Ashley y el conde estaban sentados enfrente. Habría sido una situación muy agradable, pero Tess estaba en tensión y le amenazaba un dolor de cabeza. Sólo el conde parecía no darse cuenta de la situación, y Castelli, que parecía poder abstraerse de cualquier situación.

La comida fue exquisita: tortellini rellenos y pollo aderezado con salsa de limón.

También hubo una ensalada antes de que les ofrecieran una gran selección de pasteles y quesos italianos. Todo acompañado con todo el vino que Tess pudo beber, que no fue mucho.

De hecho, Tess comió muy poco. Era consciente de que tanto

Castelli como su madre la estaban mirando, y Ashley parecía estar disfrutando con la situación mientras le pedía al hombre encargado de ello que le rellenara la copa. Tess esperaba que su hermana no bebiera demasiado y dijera algo embarazoso para todos.

Marco habló poco, contestando a su abuela cuando le preguntaba qué día tenía que volver a la escuela e intercambiando unas pocas palabras con el conde. Cuando Ashley se dirigía a él, se mostraba evasivo, lo cual obviamente la desconcertaba.

Justo cuando Tess comenzaba a pensar que la cena iba a acabar sin ninguna escena, Ashley se giró hacia su anfitrión y dijo:

—Supongo que se cree usted muy listo, ¿verdad?

—¡Ashley! —exclamó Tess horrorizada. Era evidente que el vino le había soltado la lengua.

Pero, aunque a Lucia di Castelli casi le dio algo, Castelli permaneció imperturbable.

—No me siento listo en absoluto —contestó él mientras se levantaba de la mesa—. Pero si desea hablar conmigo le ruego que lo haga donde no avergüence a mis invitados.

—Apuesto a que sí —dijo Ashley sin ninguna intención de levantarse de la mesa. Marco le dirigió a su padre una mirada de preocupación.

—Creo que Ashley ha tomado demasiado vino —dijo Marco—. ¿Quieres ir a tomar el aire?

—¿Contigo? —preguntó Ashley entornando los ojos, y Tess quiso morirse en ese instante.

Sabía que aquello iba a llegar, pero no podía hacer nada por evitarlo.

—Sí, conmigo —dijo Marco mientras se levantaba de la mesa.

—Pero prefiero que me acompañe tu padre —declaró Ashley—. ¿Qué le parece, *Signor* di Castelli?¿Querría enseñarme los jardines a la luz de la luna?

—¡Papá!

—¡Ashley!

Marco y Tess hablaron casi simultáneamente, pero Castelli ya estaba ayudando a Ashley a levantarse de la silla.

—Estaré encantado de enseñarle los jardines, si su hermana accede a acompañarnos.

Tess miró hacia arriba, justo a sus ojos, y sintió cómo se le

aceleraba el corazón. ¿Por qué estaba haciendo eso? ¿Por qué la estaba atormentando de ese modo?

—No necesito carabina, *signore* —dijo Ashley mientras tomaba a Castelli por el brazo.

—Pero yo sí —dijo él—. Tess, ¿vienes con nosotros?

Tess apretó los labios por un momento, luego asintió y se levantó.

—Si insistes —dijo ella, evitando la mirada de odio que su hermana le dirigía.

—¿Puedo ir yo también, papá?

—Oh, claro —dijo Ashley—. ¿Por qué no hacemos de esto una fiesta familiar? ¿Viene usted, Lucia? ¿Conde? Vamos todos fuera a hacer una orgía —dijo carcajeándose—. Es todo un plan.

A Tess le iba a dar algo. No tenía ni idea de que el vino pudiera causar eso efectos en su hermana.

Castelli no dijo nada. Sólo tomó a Ashley por el brazo y la guió por la habitación.

—Papá..

Marco habló de nuevo y Tess se dio cuenta de que no sabía cómo actuar en esos casos.

—Pide café —dijo su padre—. Tess, ¿vienes?

¿Qué otra opción tenía?, pensó Tess mientras le dirigía una mirada de disculpa a Lucia y al conde.

—Discúlpenme —dijo, y salió detrás de Castelli y su hermana.

Volvieron a salir a la logia, pero Castelli condujo a Ashley por unos escalones que bajaban a los jardines que rodeaban la casa. El aire de la noche era frío y olía a naranja.

Al menos el aire pareció hacerle recobrar a Ashley el sentido. Cuando estuvieron lejos de la villa, Ashley finalmente pudo soltarse del brazo de Castelli, y acto seguido los miró a los dos.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Qué sabes tú que yo no sepa, Tess? Insististe en que no querías venir, así que no creo que pintes mucho en esta conspiración, ¿verdad?

—No hay ninguna conspiración, señorita Daniels —dijo Castelli apoyándose en una fuente de piedra que había junto a ellos—. Pensé que era importante que escuchara lo que Marco tenía que decir. No lo he amenazado ni la estoy amenazando a usted. He sido muy tolerante. Y su hermana está aquí porque yo la invité. Quería

que ella escuchara lo que teníamos que decirnos usted y yo.

—¿Ah, sí? —dijo Ashley—. ¿De qué tiene miedo, *signore?* ¿No cree que sea usted mayorcito para enfrentarse a una mujer de mi edad?

—No tengo intención de enfrentarme con usted en absoluto —dijo Castelli encogiéndose de hombros—, Pero no confío en usted. Creo que no tiene usted escrúpulos para conseguir aquello que se proponga.

—Suena como si usted pensara que voy a denunciarlo por acoso —contestó Ashley—. No es mala idea, acusar al arrogante Rafe di Castelli de violación —dijo, y miró a Tess, que tenía la boca abierta ante la sorpresa—. ¿Cómo sabe que ella no me apoyará? Piense en lo convincente que sería si las dos contáramos la misma idea.

—¡Por el amor de Dios, Ashley!

Tess comenzó a protestar, pero las palabras de Castelli la detuvieron.

—Tess no haría eso —dijo él—. Y creo que incluso usted tiene un poco más de sentido común. Esto no es un juego, señorita Daniels. Es la vida de mi hijo con la que ha estado jugando. Y debo decirle que está usted aquí sólo porque no quiero herir a su hermana.

—Así que Tess está implicada —dijo Ashley sorprendida—. Debería haberlo imaginado.

¿Qué ha estado diciéndole de mí? ¿Que yo no tocaría a su preciado niño aunque tuviera la oportunidad?

—Yo no he dicho nada —dijo Tess asombrada por la facilidad que tenía su hermana para echarle la culpa—. Vamos a casa, Ash. ¿No ves que estás malgastando tu tiempo?

—Todavía no —dijo Castelli, y las dos se giraron para mirarlo—. Creo que ya es hora de que vaya al grano de la discusión.

—Me encantaría —dijo Ashley ignorando a su hermana—. El pobre Marco querrá saber dónde estoy. El hecho de que haya decidido que no tiene talento como pintor no quiere decir que no podamos seguir viéndonos. Ha estado un poco contenido esta noche.

Creo que ya es hora de que le enseñe cómo pasar un buen rato.

—Creo que Marco se ha dado cuenta de que cometió un error yéndose con usted —dijo Castelli—. Me ha contado que usted y ese

hombre. Cario Ravelli, han llegado a conocerse muy bien —Tess se sorprendió y miró a su hermana, pero Castelli aún no había terminado—. Marco no es tonto, señorita Daniels. Puede que usted se crea muy discreta, pero él no es tan joven como para no saber lo que ocurría.

—¿Quiere decir que ese mocoso me ha estado espiando? —preguntó Ashley furiosa.

—No, espiando no —dijo Castelli—. Pero, como ya sabrá, Marco estaba enamorado de usted. ¿Lo culpa usted de preocuparse al ver que Ravelli era cada vez más familiar?

Quería protegerla, señorita Daniels. Pensaba que ese hombre la estaba molestando.

Imagínese su sorpresa al descubrir que había dormido en su cama.

—Se equivocó —dijo Ashley—. Cario sólo fingía estar interesado en mí.

—Oh, la creo. Imagino que un hombre como Ravelli tiene muchas conquistas. Usted sólo fue una más. Pero también cometió un error, señorita Daniels. Justo ahora, cuando ha dicho que Marco la estaría echando de menos, sabía que no era cierto. Los sentimientos de un jovencito son fáciles de herir. Y usted ha herido a Marco. Lo ha hecho quedar como un tonto. Nunca la perdonará por eso.

—Quiere decir que usted no se lo permitirá —añadió Ashley, y Tess pudo ver cómo los planes de su hermana se iban por el desagüe —. Bueno, ya lo veremos, *Signor* di Castelli.

No pienso irme a ninguna parte. Puede que Marco cambie de idea cuando se lo explique.

—No creo que tenga tiempo de explicarle nada a Marco. No se quedará en San Michele, señorita Daniels —dijo él—, ya que la galería cierra mañana. He hablado con Augustin Scottolino y me ha dado su palabra.

—Usted. . usted es. .

—Cuidado, *signorina.* Aún no ha oído todo lo que tengo que decir, y puede que se arrepienta de su ira. Estoy dispuesto a hacer que su despido sea más. . tolerable. Si accede a dejar San Michele y volver a Inglaterra, ingresaré cuarenta mil libras en su cuenta bancaria. No todo de golpe, por supuesto, sino a plazos. Diez mil

libras al año durante los próximos cuatro años.

Capítulo 15

TESS estaba dando clase a unos niños de nueve años cuando la señora Peacock mandó ir a buscarla. Una de las secretarias fue a darle un mensaje y Tess tuvo inmediatamente un sentimiento de pánico. La señora Peacock nunca sacaba a un profesor de una clase a no ser que hubiera ocurrido algo malo. Quizá Ashley o su madrastra estaban enfermas o habían tenido un accidente. Si no era eso, no se le ocurría nada que pudiera haber hecho mal.

A pesar de que el jet privado de los Castelli la había devuelto a casa a tiempo, la señora Peacock se había puesto furiosa diciéndole que no había estado disponible en todas las vacaciones. Había dicho que había intentado localizarla. Al parecer no se habían entregado unos trabajos al final del trimestre anterior y había decidido que Tess sabría el motivo. Cuando Tess le había dicho que los tenía ella y que los tenía que corregir, no le había sentado nada bien.

En cualquier caso, aquello había sido hacía tres semanas. Desde entonces Tess había hecho todo lo posible por ponerse al día. Comenzaba a pensar que no estaba hecha para ser profesora.

Decidió que probablemente el haber estado al cargo de la galería en Semana Santa la había descolocado. No podía pensar en aquello sin arrepentirse. Se arrepentía por Marco y por ella misma, por dejar que Ashley le arruinara la vida.

Mientras se dirigía hacia el despacho de la señora Peacock, pensaba en la locura que había sido todo lo de Rafe di Castelli. Lo había dejado acercarse demasiado y, finalmente, cuando lo inevitable había ocurrido y habían hecho el amor, se había permitido el lujo de enamorarse.

Aquello sonaba patético.

El único consuelo fue que su hermana no hubiese descubierto nada, o quizá había tenido mejores cosas que hacer cuando regresaban de la villa aquella noche, como pensar en que con el dinero de Castelli podría alquilar un piso en Londres y dejar de vivir con su madre.

Por su parte, Tess estaba demasiado decepcionada como para hablar. Supuso que Ashley se dio cuenta de que era por su culpa por lo que estaba así, por su manera de aceptar la oferta. También era culpa de Castelli, claro, por haberle hecho presenciar la codicia de Ashley.

Cuando regresó a la casa a por sus pertenencias, él intentó hablar con ella pero ella se negaba. Finalmente él estalló.

—Dios mío, Tess, ¿qué querías que hiciera?

—No quiero hablar de ello —dijo ella—. No veo por qué tenías que involucrarme en este asunto. ¿Realmente pensabas que Ashley iba a acusarte de acoso si hablabas con ella a solas? ¿O sólo querías que viera por mí misma lo desagradable que puedes llegar a ser?

—¿Desagradable? No.

—Astuto, entonces —dijo ella, negándose a sentir compasión—. Darle el dinero a Ashley en cuatro plazos. Supongo que esperas que cuando Marco tenga veintiún años tenga más sensatez como para no volver a relacionarse con ella.

—No creo que Marco fuera tan tonto como para preocuparse por lo que tu hermana haga con el dinero o sin él. No estoy comprando la libertad de Marco, Tess. Sólo esperaba que el problema de Ashley desapareciera. Y pensé que sería más fácil si ella se creía que había ganado.

Tess no supo qué pensar entonces, excepto que era más listo de lo que había imaginado.

Cuando Tess llegó a la casa, Ashley la estaba esperando y la *Signora* di Castelli estaba encantada de decirle al chófer que las llevara de vuelta a Porto San Michele. Sólo Marco pareció preocupado de que su padre no estuviera allí para despedirse.

Desde entonces, Tess había pasado muchas noches sin dormir preguntándose por qué se había empeñado en pensar tan mal de él. Quizá había sido la única manera de salir de allí sin derrumbarse del todo.

Mientras ella caminaba por el pasillo del colegio, llovía fuera. Había estado así toda la semana. East Vale estaba al norte, en las afueras de Buxton, y a Tess antes le gustaba vivir allí. Pero en ese momento su trabajo se había convertido en su única preocupación en el futuro. En un futuro que se abría ante ella, frío y desolador.

La puerta de la señora Peacock estaba medio abierta y Tess se detuvo. Aquella mujer era una adicta al protocolo y siempre tenía la puerta cerrada. Le gustaba que sus empleados llamaran a la puerta.

—¿Señora Peacock? —dijo Tess mientras empujaba la puerta. Su alarma se incrementó al ver a un hombre de pie junto a la ventana. Estaba de espaldas a ella y por un momento se preguntó si sería un

intruso. Pero había algo familiar en él.

—Pasa, Tess —dijo él sin darse la vuelta. A Tess le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de que era Castelli.

—¿Dónde está la señora Peacock? —preguntó ella. Fue una pregunta estúpida, pero lo único que se le ocurrió. Las verdaderas preguntas eran « ¿Por qué estás aquí? ¿Qué quieres?».

—Ha ido a por café —dijo él mientras se daba la vuelta—. ¿Qué tal, Tess? Tienes buen aspecto. Te estás dejando crecer el pelo.

—Sí —dijo ella tocándose la cabeza—. Antes era largo, pero me lo corté antes de Semana Santa. ¿Cómo estás? ¿Qué tal está Marco? ¿Y tu madre?

—Marco ha vuelto a la escuela. Mi madre se fue con Vittorio a un crucero. Y yo, sobrevivo. Creo que ésa es la expresión.

—¿Sobrevives? No creo que estés en peligro de extinción.

—¿No crees?

—No estás enfermo, ¿verdad? —preguntó Tess acercándose al escritorio.

—¿Cambiaría eso algo para ti? —contestó él sin ninguna intención de abandonar su posición.

—Claro que sí —dijo ella—, Pero no estás enfermo, ¿verdad? Era sólo una pregunta con truco. ¿Qué estás haciendo aquí, Castelli? Si estás buscando a Ashley, ya te he dicho que no vive cerca de mí.

—No he venido aquí a buscar a tu hermana —dijo él molesto—. ¿Es que el nombre de esa mujer tiene que salir en todas las conversaciones? A riesgo de quedar en ridículo otra vez, he venido a verte a ti. A mi ayudante y a mí no nos ha sido fácil encontrarte.

¿Sabes cuántas escuelas hay en la zona de Buxton? Bastantes.

Tess miró hacia atrás, temiendo que la señora Peacock pudiera aparecer en cualquier momento.

—No va a volver —dijo él—. Estamos solos, Tess. Ahora quizá me digas cómo te has sentido cuando me has visto aquí.

—Sorprendida.

—¿Sorprendida? —preguntó él arqueando las cejas—. ¿Entonces ya no me odias?

—Nunca te he odiado —dijo ella—. Nunca he dicho que te odiara.

—Pero cuando abandonaste la villa no te caía muy simpático. Me he dado cuenta de que es difícil vivir con eso.

—Lo siento —dijo ella sin saber qué contestarle—. Supongo que, después de lo que ocurrió, me sentía humillada. Pero, después de todo, comprendí que pensabas que estabas protegiendo a tu hijo.

—Mi hijo puede cuidarse solo —dijo Castelli pasándose una mano por el pelo—. Era por ti por quien estaba preocupado. Por eso quería asegurarme de que no abandonaras Italia antes de haber tenido la oportunidad de hablar contigo. Parecías tan fiel, tan vulnerable. Quería comprobar los pocos escrúpulos que tenía tu hermana y lo estropeé todo.

Tess no sabía qué decir y lo único que se le ocurrió fue menear la cabeza. Era evidente que se culpaba a sí mismo por lo que había ocurrido.

—No importa —dijo ella finalmente—. Ya lo he superado. ¿Vas a quedarte mucho en Inglaterra?

—Ésa es la cuestión, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo voy a quedarme? ¿Qué debería decir? ¿El tiempo que tarde en convencerte para que vuelvas a Italia en verano?

—Bueno, me gustaría visitar Italia otra vez —comenzó Tess.

—Quizá no me he explicado correctamente —dijo él—. Quiero que vuelvas a la Toscana y te quedes en la villa conmigo. Marco va a pasar el verano en Francia, trabajando en un viñedo en el valle del Loira. Estaremos completamente solos y, si te da miedo, le pediré a mi madre que haga de carabina.

—¿Por qué ibas a querer que me quede en la villa?

—Lucia piensa que estoy loco si pienso que vas a aceptar. Dice que sólo me ves como el padre de Marco, que ya soy mayor para estas tonterías. Y sé que tiene razón, pero aun así tenía que venir.

—¿Por qué quieres que me quede en la villa? —repitió Tess—. Castelli, Rafe, ¿qué me estás ofreciendo exactamente? ¿Unas vacaciones al sol o una compensación por lo que crees que creo que hiciste con Ashley?

—No ofrezco ninguna de esas cosas —dijo él con voz grave—. Es la extraña manera que tengo de pedirte que me des otra oportunidad.

—¿Otra oportunidad para qué? —preguntó Tess temblorosa.

—Para demostrarte lo mucho que me importas —dijo él—. Para darme tiempo de demostrar que no soy el tonto arrogante que piensas.

Tess no podía creer lo que estaba oyendo. Estaba segura de que su confusión se mostraba en su cara, pero el sexto sentido de Castelli falló en esa ocasión, puesto que continuó hablando.

—Si piensas que soy demasiado mayor para ti, como dice mi madre, entonces estaré de acuerdo contigo. O a lo mejor hay en Inglaterra otro hombre que también requiere tus afectos. Si es así, ¿qué se le va a hacer? Pero comprende que tenía que venir. Tenía que saber. .

—¡No! —exclamó ella—. Por favor, Rafe, no sigas.

—¿No? —preguntó él—. *Bene.* Al menos eso es sincero. Quizá puedas darle las gracias de mi parte a la señora Peacock por dejarme utilizar su despacho.

—No, no lo comprendes —dijo ella. Tenía que detenerlo antes de que saliera de la habitación, y de su vida. Así que rodeó el escritorio y se puso en su camino—. Dios, Rafe, pensé que no iba a volver a verte más.

Él pareció sorprendido entonces y la miró como si no pudiese creer lo que estaba oyendo.

—¿Quieres decir que vendrás a la villa? —preguntó Rafe, y cuando asintió, Tess pudo ver cómo le temblaban las manos.

La hizo desear tocarlo y silenciar todas sus dudas con un beso. La idea de besarlo aún desencadenaba en su estómago un sinfín de sensaciones. Lo deseaba desesperadamente y no podía creerse que él también la deseara.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —preguntó él.

—¿Cuánto tiempo quieres que me quede? —contestó ella

—Para siempre —sugirió él, y luego sacudió la cabeza y cambió la respuesta—. Tienes seis semanas de vacaciones, ¿no? Entonces si digo cuatro semanas. .

Tess casi no podía hablar. Realmente Rafe quería que viviera con él en la villa. Se dio cuenta de que los próximos minutos iban a ser los más importantes de su vida.

—Para siempre suena mejor.

—¿Quieres decir que realmente quieres vivir conmigo?

—Siempre y cuando quieras tenerme —susurró ella mientras levantaba una mano para acariciarle la mejilla—. ¿Es eso lo que querías oír?

—*Dio, mi amore.* Claro que es lo que quería oír —dijo él justo

antes de besarla.

Tess agarró los lados del abrigo de Rafe y se acercó más a él. Podía sentir su corazón martilleándole en el pecho.

Él se echó hacia atrás y colocó las manos sobre sus pechos. Se le pusieron los pezones erectos al primer roce de sus dedos. Deseaba desesperadamente que le quitara la blusa y así poder sentir su piel. Y cuando él se apartó, Tess no pudo evitar emitir un gemido de protesta.

—Rafe. .

—*Cara,* te deseo —le dijo con fiereza—. ¿Cómo puedes dudarlo? Pero no aquí. No en este despacho. Creo que eso sería demasiado para la señora Peacock. ¿No? Vamos, muéstrame dónde vives. Dijiste que tenías un apartamento. ¿no?

El apartamento de Tess ocupaba la planta baja de un edificio Victoriano que estaba a media milla de la escuela. Para su sorpresa descubrió que Castelli había alquilado un coche, uno compacto, muy diferente a los coches a lo que estaba acostumbrado.

—Conozco el distrito Peak un poco —dijo él mientras recorrían la corta distancia hacia Hawthorn Terrace—. Hice espeleología aquí cuando era joven.

—Aún eres joven —dijo Tess—. Aún no puedo creer que seas real, que hayas recorrido todo este trayecto sólo para verme.

—No sólo para verte —la corrigió Castelli—. Para decirte que te quiero en mi vida.

Una vez que estuvieron dentro del apartamento, Tess se lanzó en sus brazos automáticamente. El beso que intercambiaron fue demasiado corto.

—Enséñame dónde vives —dijo él.

Ella lo condujo por el dormitorio y el salón hasta llegar a la cocina.

—He vivido aquí durante casi nueve años —dijo ella—. Soy responsable de la decoración.

La pinté yo misma. ¿Y te gustan mis plantas?

—Son geniales —dijo él y, aunque no era a lo que él estaba acostumbrado, Tess supo que lo decía en serio—. He tratado de imaginarme tu casa muchas veces. Sabía que sería tan ordenada y eficiente como tú.

—Haces que parezca que soy una aburrida —dijo ella mientras

se daba la vuelta para encender la luz. De pronto pensó que llevarlo allí había sido un error, pues parecía haber duda entre ellos, y ella no sabía cómo solucionarlo. Pero, mientras buscaba tazas para preparar café, él se acercó por detrás. Mientras rodeaba su cintura con las manos, Tess notó que se había quitado el abrigo.

—*Cara* —dijo él con voz profunda—. No hay nada aburrido en ti. Eres todo lo que siempre he deseado en una mujer. ¿Pero estás dispuesta a dejar tu vida en Inglaterra y venirte a vivir conmigo?

—Creí que ya había dejado claro que sí —dijo Tess retorciéndose en sus brazos hasta que estuvieron cara a cara. Le rodeó la cara con las manos y añadió—. Haré lo que quieras.

Lo sabes.

—Pero es un gran paso —dijo él.

—Si me quieres soy tuya —dijo ella dejando sus dudas a un lado. Si vivía con ese hombre un año, un mes o una semana, nunca sería suficiente. Así que aceptaría lo que le viniera y se sentiría agradecida.

—*Mío amore!*

Mientras él buscaba la boca de Tess con la suya propia, ella le desabrochó la camisa y se acercó a él para sentir su piel.

—*Dio,* Tess, han sido las tres semanas más largas de mi vida —murmuró él mientras le desabrochaba la camisa con los dedos temblorosos y luego observó su sujetador—.

Bellísima —añadió mientras hundía su cara entre sus pechos—. Eres tan hermosa, *innamorata.*

Rafe miró hacia atrás y vio una silla del comedor justo tras él. Se sentó con evidente alivio y sentó a Tess encima, de modo que podía sentir su erección bajo ella. Le levantó la falda mientras ella se pegaba más a él.

Le quitó el sujetador y apretó los dientes de placer al verle los pechos, pero ella sabía que se debía a sus deseos por estar con ella. Él tenía la camisa abierta y Tess se la quitó mientras recorría su piel con su lengua caliente, disfrutando de su sabor. Aquello la excitó aún más. Tanto que no pudo evitar desabrocharle el cinturón y bajarle la cremallera.

—Tess —gimió él, pero no la detuvo. Aunque cuando empezó a acariciarlo, tuvo que protestar—. Recuerda que soy humano y que te deseo con todas mis fuerzas —dijo—. A no ser que no quieras que

esté dentro de ti cuando llegue al clímax, será mejor que dejes de tocarme de ese modo.

Tess dudó un momento y luego se levantó y, sin pensárselo dos veces, se quitó la falda y las bragas y las dejó caer al suelo.

—¿Esto está mejor? —preguntó ella. Luego se colocó cuidadosamente encima de él.

—*Moho meglio.* Mucho mejor —dijo él casi sin aliento.

—¿Y esto? —añadió Tess. Entonces se elevó de nuevo y, colocándole las manos en sus caderas, lo guió mientras la penetraba lentamente. Él asintió y hundió la cara entre sus pechos, incapaz de decir palabra.

Poco después ya se había acabado y, cuando estaban los dos sin aliento, agotados por la pasión, Castelli selló la ocasión con un tierno beso.

—*Ti amo.* Te quiero —dijo con voz profunda—. Quiero que vuelvas a Italia conmigo. No puedo esperar dos meses antes de volver a verte.

Epílogo

TRES meses después Tess ya se había acostumbrado a vivir en la Villa Castelli. Marco parecía contento de tenerla cerca y, aunque María aún tenía sus reservas, había decidido darle el beneficio de la duda ya que había hecho feliz a su padre.

La madre de Castelli era otra historia. Tess sabía que no aprobaba el que su hijo viviera con una mujer que no era su esposa. Pero tendría que asumir que su hijo estaba enamorado.

Por su parte, Tess no miraba hacia el futuro. Ya era suficiente estar allí. Y, si en algún momento se le pasaba por la cabeza la idea de que Rafe se pudiera cansar de ella, trataba por todos los medios de apartarla de su cabeza.

Viajar de vuelta a Italia con él había sido muy excitante. Al principio ella no sabía lo que había hecho él para convencer a la señora Peacock para dejarla marchar a mitad de trimestre, pero luego Rafe le confesó que había hecho una donación a la escuela y que no se lo había dicho por miedo a que no lo aprobara.

Dejar su apartamento había sido más difícil pero, como había dicho Rafe, no tenía sentido seguir pagando alquiler cuando no iba a volver.

Al menos no inmediatamente, pensó mientras se despertaba una mañana y descubría que no había nadie en la cama junto a ella. Ella y Rafe tenían su propia suite de habitaciones, así que salió de la cama y caminó desnuda hacia el baño sin miedo a que nadie la viera. ¿Quién sabía lo que le depararía el futuro? Al menos ya llevaba allí más tiempo de lo que había imaginado su madrastra, Andrea, cuando se lo contó.

Ashley estaba en Estados Unidos. Aunque también se había mostrado reticente cuando se lo contó, estaba demasiado ocupada con su nueva carrera en publicidad como para preocuparse. Tess sospechaba que el trabajo de su hermana no era tan glamoroso como pretendía hacerles creer, pero le deseaba todo el éxito del mundo.

Tess estaba en la ducha cuando vio una sombra en el baño y no se sorprendió cuando Castelli abrió la puerta de la ducha momentos después.

—No esperaba que estuvieras ya levantada —dijo él y ella observó que sólo llevaba puestos sus bóxers—. Estaba abajo sacando

algo de la caja fuerte.

—Pensé que te habías ido a trabajar —dijo ella. Rafe pasaba casi todas las mañanas en su oficina, y Tess se había acostumbrado a dar clases de inglés a los hijos de los hombres que trabajaban en la finca mientras él estaba fuera.

—Es sábado —dijo él.

—Todavía estoy medio dormida —dijo ella—. Por eso me estaba dando una ducha.

—Ya nos ducharemos los dos más tarde —dijo Rafe mientras volvía a entrar en el dormitorio. Tess lo siguió sintiendo un cosquilleo en el estómago. No la había besado.

No había hecho ningún intento de tocarla. Cualquier otra mañana se habría metido con ella en la ducha.

Entonces recordó sus palabras. Estaba abajo sacando algo de la caja fuerte. ¿Acaso iba a saldar sus deudas con ella y la iba a mandar de vuelta a casa? Estaba temblando. Había sido demasiado optimista, imaginando que su relación era permanente.

Al entrar en el dormitorio vio que la sirvienta ya había dejado en el balcón el zumo de naranja y el café. Pero Rafe no salió al balcón. Se sentó en un lado de la cama y le indicó a Tess que se sentara a su lado. Ella se apretó contra el cuerpo la toalla que llevaba enrollada y se sintió tímida de pronto. Si iba a mandarla de vuelta a casa, desde luego no quería su dinero.

—Tengo algo que decirte —dijo él finalmente—. Iba a hacerlo anoche pero, en el último minuto me eché para atrás.

Tess estaba segura de saber lo que iba a decir. La noche anterior habían tenido una cena romántica en la logia y luego habían bailado mientras unos músicos, que trabajaban en la finca, tocaban. Había tenido todos los ingredientes de una ocasión especial, o de una última velada.

Debió haberse dado cuenta de que había algo distinto. Quizá sería más fácil para él si ella le decía que quería irse. Pero no. Tenía que escucharlo de sus labios. Incluso aunque fuera lo último que le decía.

—Continúa —dijo ella aguantándose las lágrimas—. ¿Qué quieres decir?

—No es fácil —dijo él inclinando la cabeza—. Sabes que te quiero, ¿verdad? Bueno, pues creo que no es suficiente.

—¿No?

—No. Me doy cuenta de que estos meses juntos han sido mágicos pero.. quiero más.

Necesito saber que eres mía. No sólo física sino también espiritualmente.

—No sé lo que quieres decir —dijo Tess.

—Por eso he bajado a la caja fuerte —dijo él mientras sacaba una pequeña caja de debajo de la colcha—. Es un anillo, *cara.* Perteneció a mi abuela. Quiero que lo lleves tú. Es un anillo de pedida, claro, y sé lo que eso significa.

—¿Significa que quieres que me case contigo? —preguntó con incredulidad. Él asintió.

—Pero lo comprenderé si dices que no —dijo él mientras le tomaba la mano para llevársela a los labios—. *Cara,* sé que nunca habíamos hablado de matrimonio y que será un paso muy importante para ti, pero me gustaría que lo considerases. No tienes que decidirte ahora —añadió él—. Puedes tomarte todo el tiempo del mundo. Bueno, al menos el resto del día.

— ¡Oh, Rafe! —exclamó Tess echándose en sus brazos—. Creí que ibas a romper conmigo.

No se me ocurría otra cosa que quisieras decirme.

—¿Romper contigo? Llevo pensando en pedirte que te cases conmigo no semanas, sino meses. Pero quería darte tiempo para que estuvieras segura de que era lo que querías.

—¡Oh, Rafe! —exclamó ella, lo besó y luego se apartó para que le pusiera el anillo en el dedo. Encajaba a la perfección.

—Tenía tomada la medida —admitió Rafe y ella recordó cómo una vez él había fingido admirar su anillo de sello—. ¿Entonces, te casarás conmigo, *mi amore?* ¿Quieres vivir conmigo y ser mi amor?

Y, por supuesto, ella dijo que sí.